MAUPASSANT

ROLLO

DE MANTE

PQ2349
R68

1020026657

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS COMPLETAS

DE

GUY DE MAUPASSANT

(EDICIÓN ILUSTRADA)

Núm. Clas CC
Núm. Autor M452ro
Núm. Adg. 30514
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen á D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme á un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de París, editor de las Œuvres completes illustrées de Guy de Maupassant.

Obras completas de Guy de Maupassant.

Versión castellana de Luis Ruiz Contreras.

Rollo de Manteca

(54 dibujos de Jeanniot, grabados en madera por Lemaire.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Madrid 1905

"Ediciones literarias y Artísticas,

099760

30514

8/3
M.
PQ2349
R68

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO ... COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado. Teléfono 1.977.

ROLLO DE MANTECA

DURANTE muchos días consecutivos, pasaron por la ciudad restos del ejército derrotado. Más que tropas regulares, parecían hordas en dispersión. Los soldados llevaban las barbas crecidas y sucias, los uniformes hechos jirones, y llegaban con apariencia de cansancio, sin bandera, sin disciplina. Todos parecían abrumados y derrengados, incapaces de concebir una idea ó de tomar una resolución, andando sólo por costumbre y cayéndose muertos de fatiga en cuanto se paraban. La mayoría eran movilizados, hombres pacíficos, muchos de los cuales no habiendo hecho en su vida otra cosa que vivir de sus rentas, inclinábanse al peso del fusil, ó jóvenes voluntarios, impresionables, prontos al terror y al entusiasmo, dispuestos fácilmente á huir ó acometer; y mezclados con ellos algunos veteranos aguerridos, restos de una división destrozada en un terrible combate: artilleros de uniforme

obscuro alineados con pistolos de varias procedencias, entre los cuales aparecía también algún brillante casco de un dragón tardo en el andar, que seguía difícilmente la marcha ligera de los de infantería.

Compañías de tiradores francos, bautizadas con epítetos heroicos: «Los Vengadores de la Derrota», «Los Ciudadanos de la Tumba», «Los Compañeros de la Muerte» aparecían á su vez con aspecto de facinerosos, capitaneados por antiguos almacenistas de paños ó de cereales, bravos de ocasión, convertidos en jefes gracias á su dinero—cuando no al tamaño de las guías de sus bigotes—cargados de armas, de abrigos y de galones, hablando con voz campanuda, proyectando planes de campaña y pretendiendo ser los únicos cimientos, el único sostén de la Francia agonizante cuyo peso moral gravitaba todo entero sobre sus hombros de fanfarrones; pero temían acaso hasta de sus propios soldados, gentes del bronce, con frecuencia valerosos, pero también foragidos y truhanes.

Díjose por entonces que los prusianos iban á entrar en Rouen.

La Guardia Nacional que desde dos meses atrás practicaba con gran lujo de precauciones prudentes reconocimientos en los bosques vecinos, fusilando á veces á sus propios centinelas y apresándose al combate cuando un gazapillo hacía crujir la hojarasca, se retiró á sus hogares. Las armas, los uniformes, todos los mortíferos arreos que hasta entonces derramaron el terror sobre las carreteras nacionales en tres leguas á la redonda, desaparecieron de repente.

Los últimos soldados franceses acababan de atravesar el Sena buscando el camino de Pont-Audemer por Saint-Sever y Bourg-Achard; y su general tras ellos, desesperado, no pudiendo intentar nada con los jirones de un ejército deshecho, enloquecido también por el terrible desastre de un pueblo acostumbrado á vencer y espantosamente vencido, á pesar de su bravura legendaria, iba mohino, entre dos de sus ayudantes, á pie.

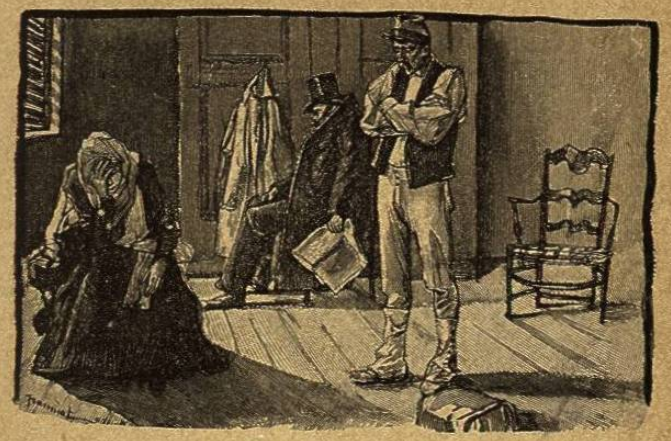
Luego, una calma profunda, una terrible y silenciosa inquietud, abrumaron la población. Muchos burgueses acomodados, envilecidos en el comercio, esperaban ansiosamente á los enemigos, con el temor de que juzgasen armas de combate los asadores ó los grandes cuchillos de cocina.

La vida se paralizó, se cerraron las tiendas, las calles enmudecieron. De tarde en tarde, un transeunte, acobardado por aquel mortal silencio, se deslizaba rápidamente, adosado á las paredes.

La zozobra, la incertidumbre, les hicieron al fin desear que llegase de una vez el invasor.

En la tarde del día que siguió á la marcha de las tropas francesas, algunos hulanos, apareciendo sin que nadie se diese cuenta de cómo ni por dónde, atravesaron á galope la ciudad. Luego una masa negra presentóse por Santa Catalina, en tanto que otras dos oleadas de alemanes aparecían por los caminos de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos se reunieron á una hora fija en la plaza del Ayuntamiento, y por todas las calles próximas afluyó el ejército victorioso desplegando sus batallones, que hacían resonar en el empedrado el compás de su paso rítmico y recio.

Las voces de mando, chilladas guturalmente, repercutían á lo largo de los edificios que parecían muertos y abandonados, mientras que detrás de los postigos entornados algunos ojos inquietos observaban á los invasores, dueños de la ciudad y de vidas y haciendas por «*derecho de conquista*». Los habitantes, á obscuras en sus viviendas, sentían la desesperación que producen los cataclismos, los grandes trastornos asoladores de la tierra, contra los cuales toda precaución y toda energía son estériles. La misma sensación se reproduce cada vez que se altera el orden establecido, cada vez que deja de existir la seguridad personal y todo lo que protegen las leyes de los hombres ó de la Naturaleza, se pone á merced de una brutalidad inconsciente y feroz. Un terremoto aplastando entre los escombros de las casas á todo el vecindario; un río desbordado que arrastra los cadáveres de los campesinos ahogados, junto á los de sus bueyes y las vigas de sus viviendas, ó un ejército victorioso acuchillando á los que se defienden, haciendo á los demás prisioneros y saqueando en nombre de las armas vencedoras, ofreciendo sus preces á un Dios al compás de los cañonazos, son otros tantos azotes horribles que destruyen toda creencia en la eterna justicia, toda la confianza que



nos han enseñado á tener en la protección del cielo y en el juicio humano.

Acercábase á cada puerta un grupo de alemanes llamando y distribuyéndose así entre todas las casas. Después del triunfo, la ocupación. Veíanse obligados los vencidos á mostrarse atentos con los vencedores.

Al cabo de algunos días, y disipado ya el temor del principio, restablecióse la calma. En muchas casas el oficial prusiano comía en la mesa con la familia. Algunos bien educados, ó por delicadeza, compadecían á Francia, manifestando que les repugnó verse obligados á tomar parte activa en la guerra. Se les agradecían esas demostraciones de aprecio, pensando, además, que alguna vez sería necesaria su protección. Adulándoles, acaso evitarían el trastorno y el gasto de más alojamientos. ¿A qué hubiera conducido herir á los poderosos, de quienes dependían?

Obrar así fuera más temerario que patriótico. Y la temeridad no es un defecto de los burgueses de Rouen, como lo había sido en aquellos tiempos de heroicas defensas, que glorificaron y dieron lustre á la ciudad. Se razonaba—escudándose para ello en la caballerosidad francesa—que no podía juzgarse un desdoro extremar dentro de casa las atenciones, mientras en público se manifestase cada cual poco deferente con el soldado extranjero. En la calle, como si no se conocieran; pero en casa era muy distinto, y de tal modo le trataban, que retenían todas las noches á *su alemán* de tertulia junto al hogar, en familia.

La ciudad recobraba poco á poco su aspecto exterior. Los franceses no salían mucho aún, pero los soldados prusianos transitaban por las calles á todas horas. Al fin y al cabo, los oficiales de húsares azules que arrastraban con arrogancia sus chafarotes por las aceras, no demostraban á los humildes ciudadanos mayor desprecio del que les habían manifestado el año anterior los oficiales de cazadores franceses que frecuentaban los mismos cafés.

Había, sin embargo, un algo especial en el ambiente; algo sutil y desconocido; una atmósfera extraña é intolerable, como una peste difundida: la peste de la invasión. Esa peste saturaba las viviendas, las plazas públicas, trocaba el sabor de los alimentos, produciendo la impresión sentida cuando se viaja lejos, muy lejos del propio país, entre bárbaras y amenazadoras tribus.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban sin chistar: eran ricos. Pero cuanto más opulento es el negociante normando,

más le hace sufrir verse obligado á sacrificar una parte, por pequeña que sea, de su fortuna, poniéndola en manos de otro.

A pesar de la sumisión aparente, á dos ó tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río, hacia Croiset, Dieppedalle ó Biessart, los marineros y los pescadores con frecuencia sacaban del agua el cadáver de algún alemán, abotagado, muerto de una cuchillada ó de un garrotazo, con la cabeza aplastada por una piedra ó lanzado al agua de un empujón desde lo alto de un puente. El fango del río amortajaba esas obscuras venganzas, salvajes y legítimas represalias, desconocidos heroísmos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas campales y sin el estruendo glorioso.

Porque los odios que inspira el invasor arman siempre los brazos de algunos intrépidos, resignados á morir por una idea.

Pero como los vencedores, á pesar de haber sometido la ciudad al rigor de su disciplina inflexible, no habían cometido ninguna de las brutalidades que les atribuían, afirmando su fama de crueles en el curso de su marcha triunfal, se rehicieron los ánimos de los vencidos, y la conveniencia del negocio reinó de nuevo entre los comerciantes de la región. Algunos tenían planteados asuntos de importancia

en el Havre, ocupado todavía por el ejército francés, y se propusieron hacer una intentona para llegar á ese puerto, yendo en coche á Dieppe, donde podrían embarcar.

Aprovechando la influencia de los oficiales alemanes á los que trataban amistosamente, obtuvieron del general un salvoconducto para el viaje.

Así, pues, habíase prevenido una espaciosa diligencia de cuatro caballos para diez personas previamente inscritas en el establecimiento de un alquilador de coches, y se fijó la salida para un martes, muy temprano, evitando así la curiosidad y aglomeración de transeuntes.

Días antes, las heladas habían endurecido ya la tierra, y el lunes, á eso de las tres, densos nubarrones, empujados por un viento Norte, descargaron una tremenda nevada que duró toda la tarde y toda la noche.

A eso de las cuatro y media de la madugada los viajeros se reunieron en el patio de la Posada Normanda, en cuyo patio debían tomar el coche.

Llegaban muertos de sueño y tiritando de frío, envueltos en sus mantas de viaje. Apenas se distinguían en la obscuridad, y la superposición de pesados abrigos, daba el aspecto, á todas aquellas personas, de sacerdotes barrigudos, vestidos con

sus largas sotanas. Dos de los viajeros se reconocieron; otro les abordó, y hablaron.

—Voy con mi mujer—dijo uno.

—Yo también.

—Y yo.

El primero añadió:

—No pensamos volver á Rouen, y si los prusianos se acercan al Havre, nos embarcaremos para Inglaterra.

Los tres eran de naturaleza semejante, y sin duda por eso tenían aspiraciones idénticas.

Aún estaba el coche sin enganchar. Un farolito,

llevado por un mozo de cuadra, de vez en cuando aparecía en una puerta obscura, para desaparecer inmediatamente por otra. Los caballos herían con los cascos el suelo, produciendo un ruido amortiguado por la paja de sus camas, y se oía una voz de hombre, dirigiéndose á las bestias, á intervalos razonable ó blasfemadora. Un ligero rumor de cascabeles anunciaba el manejo de los arneses, cuyo rumor se convirtió bien pronto en un tintineo claro y continuo, regulado por los movimientos de una bestia, cesando á veces y volviendo á producirse de pronto con una brusca sacudida, acompañado por el ruido seco de las herraduras al chocar en las piedras.

Cerróse de pronto la puerta. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, ya no hablaban, permaneciendo inmóviles y rígidos.

Una espesa cortina de copos blancos desplegábase continuamente abrillantada y temblorosa, cubriendo la tierra, sumergiéndolo todo en una espuma helada, y sólo se oía en el profundo silencio de la ciudad el roce vago, inexplicable, tenue de la nieve al caer, sensación más que ruido, entrecruzamiento de átomos ligeros que parecen llenar el espacio, cubrir el mundo.

El hombre reapareció, con su linterna, tirando de

un ronzal sujeto á la boca de un rocín que le seguía de mala gana. Lo arrimó á la lanza, enganchó los tiros, dió varias vueltas en torno, asegurando los arneses, haciéndolo todo con una sola mano, sin dejar el farol que llevaba en la otra. Cuando iba de nuevo al establo para sacar la segunda bestia, reparó en los inmóviles viajeros, blanqueados ya por la nieve, y les dijo:

—¿Por qué no suben al coche y estarán resguardados al menos?

No se les había ocurrido, sin duda, y se precipitaron á ocupar sus asientos. Los tres maridos, habiendo instalado á sus mujeres en la parte anterior, subieron; después, otras formas, borrosas y arropadas, fueron instalándose como podían, sin hablar ni una palabra.

En el carruaje había una buena porción de paja, entre la cual se hundían los pies. Las señoras que habían entrado primero llevaban caloríferos de cobre con un carbón químico, y mientras los preparaban, charlaron á media voz, cambiando impresiones acerca del buen resultado de aquellos aparatos, repitiendo cosas que de puro sabidas debían tener olvidadas.

Por fin, una vez enganchados en la diligencia seis rocines en vez de cuatro, porque las dificultades aumentaban con el mal tiempo, una voz desde el pescante preguntó:

—¿Han subido ya todos?

Otra contestó desde dentro:

—Sí; no falta ninguno.

Y el coche se puso en marcha.

Avanzaba lentamente, lentamente, á paso corto. Las ruedas se hundían en la nieve, la caja entera crujía con sordos rechinamientos; los animales resbalaban, resollaban, humeaban; y el gigantesco látigo del cochero restallaba sin reposo, volteaba en todos sentidos, arrollándose y desarrollándose como una delgada culebra, y azotando bruscamente la grupa de algún caballo que se agarraba entonces mejor, gracias á un esfuerzo más grande.

La claridad aumentaba imperceptiblemente. Aquellos ligeros copos que un viajero culto, natural de Rouen precisamente, había comparado á una lluvia de algodón, luego dejaron de caer. Un resplandor amarillento se filtraba entre los nubarrones pesados y obscuros, bajo cuya sombra resaltaba más la resplandeciente blancura del campo donde aparecían, ya una hilera de árboles cubiertos de blanquísima escarcha, ya una choza con una caperuza de nieve.

A la triste claridad de aurora lívida los viajeros empezaron á mirarse curiosamente.

Ocupando los mejores asientos de la parte anterior, dormitaban, uno frente á otro, el señor y la señora Loiseau, almacenistas de vinos en la calle de Grand Port.

Antiguo dependiente de un vinatero, hizo fortuna continuando por su cuenta el negocio que había sido la ruina de su principal. Vendiendo barato un vino malísimo á los taberneros rurales, adquirió fama de pícaro redomado, y era un verdadero normando rebosante de astucia y jovialidad.

Tanto como sus bribonadas, comentábanse también sus agudezas, no siempre cultas, y sus bromas de todo género; nadie podía referirse á él, sin añadir como un estribillo necesario: «Ese Loiseau, es insubstituíble».

De poca estatura, realzaba la pequeñez de su cuerpo con una barriga hinchada como un globo, al que servía de remate una faz arrebolada entre dos patillas canosas.

Alta, robusta, decidida, con mucha entereza en la voz y seguridad en sus juicios, era su mujer el orden, el cálculo aritmético de los negocios de la casa, mientras que Loiseau atraía con su actividad bulliciosa.

Junto á ellos, iban sentados en la diligencia, muy dignos, como vástagos de una casta elegida, el señor Carré-Lamadon y su esposa. Era el señor Carré-Lamadon un hombre acaudalado, enriquecido en la industria algodonera, dueño de tres fábricas, caballero de la Legión de honor y diputado provincial. Se mantuvo siempre contrario al Imperio, y capitaneaba un grupo de oposición tolerante, sin más objeto que hacerse valer sus condescendencias acerca del Gobierno, al cual había combatido siempre «con armas corteses», que así calificaba él mismo su política. La señora Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los militares distinguidos, mozos y arrogantes, que iban de guarnición á Rouen.

Sentada frente á su esposo, junto á la señora de Loiseau, menuda, bonita, envuelta en su abrigo de pieles, contemplaba con ojos lastimosos el interior lamentable de la diligencia.

Inmediatamente á ellos hallábanse instalados el conde y la condesa Hubert de Breville, descendientes de uno de los más nobles y antiguos linajes de Normandía. El conde, viejo aristócrata, de gallardo continente, hacía lo posible para exagerar, con los artificios de su tocado, su natural semejanza con el rey Enrique IV, quien, según una leyenda gloriosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MÉXICO

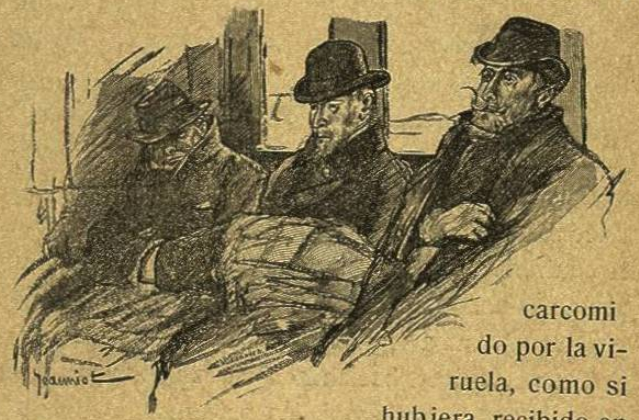
de la familia, gozó, dándole fruto de bendición, á una señora de Breville, cuyo marido fué, por esta honra singular, nombrado conde y gobernador de provincia.

Colega del señor Carré-Lamadon, en la Diputación Provincial, representaba en el departamento al partido orleanista. Su enlace con la hija de un humilde consignatario de Nantes fué incomprensible, y continuaba pareciendo misterioso. Pero como la condesa lució desde un principio aristocráticas maneras, recibiendo en su casa con una distinción que se hizo proverbial, y hasta dió que decir sobre si estuvo en relaciones amorosas con un hijo de Luis Felipe, agasajáronla mucho las damas de más noble alcurnia, sus reuniones fueron las más brillantes y encopetadas, las únicas donde se conservaron tradiciones de rancia etiqueta, y en las cuales era difícil ser admitido.

Las posesiones de los Breville producían—al decir de las gentes—unos quinientos mil francos de renta.

Por una casualidad imprevista, las señoras de aquellos tres caballeros acaudalados, representantes de la sociedad serena y fuerte, personas distinguidas y sensatas que veneran la religión y los principios, hallábanse juntas á un mismo lado, cu-

yos otros dos asientos ocupaban dos monjas, que sin cesar hacían correr entre sus dedos las cuentas de los rosarios, desgranando *padre nuestros y avemarías*. Una era vieja, con el rostro descarnado,



carcomido por la viruela, como si hubiera recibido en plena faz una perdigonada. La otra, muy endeble, inclinaba sobre su pecho de tísica una cabeza primorosa y febril, consumida por la fe devoradora de las mártires y de las iluminadas.

Frente á las monjas, un hombre y una mujer atraían todas las miradas.

El hombre, muy conocido en todas partes, era Cornudet, fiero demócrata y terror de las gentes respetables. Hacía veinte años que salpicaba su barba rubia con la cerveza de todos los cafés popu-

lares. Había derrochado en francachelas una regular fortuna que le dejó su padre, antiguo confitero, y aguardaba con impaciencia el triunfo de la República, para obtener al fin el puesto merecido por los innumerables tragos que le impusieron sus ideas revolucionarias. El día 4 de Septiembre, al caer el Gobierno, á causa de un error—ó de una broma dispuesta intencionadamente—, creyóse nombrado prefecto; pero al ir á tomar posesión del cargo, los ordenanzas de la prefectura, únicos empleados que allí quedaban, se negaron á reconocer su autoridad, y eso le contrarió, hasta el punto de renunciar para siempre á sus ambiciones políticas. Buenazo, inofensivo y servicial, había organizado la defensa con un ardor incomparable, haciendo abrir zanjas en las llanuras, talando las arboledas próximas, poniendo cepos en todos los caminos; y al aproximarse los invasores, orgulloso de su obra, retiróse más que á paso hacia la ciudad. Luego, sin duda, supuso que su presencia sería más provechosa en el Havre, necesitado tal vez de nuevos atrincheramientos.

La mujer que á su lado iba era una de las que se llaman galantes, famosa por su abultamiento prematuro, que la valió el sobrenombre de *Rollo de manteca*. Bajita, regordeta, mantecosa, con las manos abotagadas y los dedos estrangulados en las

falanges—como rosarios de salchichas gordas y enanas—, con una piel estirada y lustrosa, con un pecho enorme, rebosante: de tal modo complacía su frescura, que todos la deseaban, creyéndola suave y apetitosa. Su rostro era como una manzanita colorada, como un capullo de amapola en el momento de reventar, donde se abrían dos ojos negros, magníficos, velados por grandes pestañas, y una boca provocativa, pequeña, húmeda, palpitante de besos, con unos dientecitos apretados, resplandecientes de blancura.

Poseía también—á juicio de algunos—ciertas cualidades muy estimadas.

En cuanto la reconocieron las señoras que iban en la diligencia, comenzaron á murmurar, y las frases «vergüenza pública», «mujer prostituída», fueron pronunciadas con tal descaro, que la hicieron levantar la cabeza. Fijó en sus compañeros de viaje una mirada tan provocadora y arrogante, que impuso de pronto silencio, y todos bajaron la vista, excepto Loiseau, en cuyos ojos asomaba más deseo reprimido que disgusto exaltado.

Pronto la conversación se rehizo entre las tres damas, cuya recíproca simpatía se aumentaba por instantes con la presencia de la moza, convirtiéndose casi en intimidad. Creíanse obligadas á estre-

charse, á protegerse, á reunir su honradez de mujeres legales, contra la vendedora de amor, contra la desvergonzada que ofrecía sus atractivos á cambio de algún dinero; porque acostumbra el amor legal á ponerse muy fosco y malhumorado en presencia de un compañero libre.

También los tres hombres, agrupados por sus instintos conservadores en oposición á las ideas de Cornudet, hablaban de intereses con alardes fatuos y desdeñosos ofensivos para los pobres. El conde Hubert hacía relación de las pérdidas que le ocasionaban los prusianos, las que sumarían las reses robadas y las cosechas abandonadas con altivez de señorón diez veces millonario en cuya fortuna tantos desastres no lograban hacer mella. El señor Carré-Lamadon, precavido iudustrial, se había curado en salud, enviando á Inglaterra seiscientos mil francos, una bicoca de que podía disponer á cualquiera instante. Y Loiseau dejaba ya vendido á la Intendencia del ejército francés, todo el vino de sus bodegas, de manera que le debía el Estado una suma de importancia que haría efectiva en el Havre.

Se miraban los tres con benevolencia y agrado; aun cuando su calidad era muy distinta, los hermanaba el dinero, perteneciendo los tres á la francmasonería de los pudientes que hacen sonar el oro

al meter las manos en los bolsillos del pantalón.

El coche avanzaba tan lentamente que no había recorrido aún, á las diez de la mañana, cuatro leguas. Habíanse apeado varias veces los hombres para subir, haciendo ejercicio, algunos repechos. Comenzaban á intranquilizarse, porque salieron con la idea de almorzar en Totes, y no era ya posible que llegaran hasta el anochecer. Miraban á lo lejos, con ansia de adivinar una posada en la carretera, cuando el coche se atascó en la nieve y estuvieron dos horas detenidos.

Aumentaba el hambre, perturbando las inteligencias; nadie podía socorrerlos, porque la temida invasión de los prusianos y el paso del ejército francés habían hecho imposibles todas las industrias.

Los caballeros corrían en busca de provisiones, de cortijo en cortijo, acercándose á todos los que veían próximos á la carretera; pero no pudieron conseguir ni un pedazo de pan, absolutamente nada, porque los campesinos, desconfiados y recelosos, ocultaban sus provisiones temiendo que al pasar el ejército francés, falto de víveres, cogiera cuanto encontrara.

Era poco más de la una cuando Loiseau anunció que sentía un gran vacío en el estómago. A todos los demás les ocurría otro tanto, y la invencible ne-

cesidad, manifestándose á cada instante con más fuerza, hizo languidecer horriblemente las conversaciones, imponiendo, al fin, un silencio absoluto.

De cuando en cuando alguien bostezaba; otro le seguía inmediatamente, y todos, cada uno conforme á su calidad, á su carácter, á su educación, abrían la boca, ostensible ó disimuladamente, cubriendo

con la mano las fauces ansiosas que despedían un aliento de angustia.

Rollo de manteca, varias veces, inclinóse como si buscase alguna cosa debajo de sus faldas. Vacilaba un momento, contemplando á sus compañeros de viaje; luego, erguíase tranquilamente. Los rostros íbanse poniendo pálidos y crispados. Loiseau

aseguraba que pagaría mil francos por un jamoncito. Su esposa dió un respingo en señal de protesta; pero al punto se calmó. Era para la señora un martirio solamente la idea de un derroche, y no comprendía que, ni en broma, se dijeran semejantes atrocidades.

—La verdad es que me siento desmayado—advirtió el conde—. ¿Cómo no traje provisiones?

Cada uno hacía reflexiones análogas.

Cornudet llevaba un frasquito de ron. Ofreciólo, y rehusaron secamente. Pero Loiseau, menos aparatoso, decidióse á beber unas gotas, y devolviendo el frasquito, agradeció el obsequio:

—Al fin y al cabo, calienta el estómago y distrae un poco el hambre.

Reanimóse y propuso alegremente que, ante la necesidad apremiante, debían, como los náufragos de la vieja canción, comerse al más gordo. Esta broma, en que se aludía muy directamente á *Rollo de manteca*, fué mal recibida por los viajeros bien educados. Nadie le contestó, y solamente Cornudet sonreía. Las dos monjas acabaron de mascullar oraciones, y, con las manos hundidas en sus anchurosas mangas, permanecían inmóviles, bajando los ojos obstinadamente, ofreciendo al cielo, sin duda, el sufrimiento que las enviaba.

Por fin, á las tres de la tarde, mientras atravesaba la diligencia llanuras interminables y solitarias, lejos de toda población, *Rollo de manteca* se inclinó resueltamente para sacar de debajo del asiento una cesta.

Tomó primero un plato de fina loza, luego un vasito de plata y después un cacharro donde había dos pollos asados, ya despedazados y cubiertos de gelatina, dejando aún en la cesta otros manjares y golosinas, apetitosos, envueltos cuidadosamente: pasteles, quesos, frutas; las provisiones dispuestas para un viaje de tres días, con objeto de no comer en las posadas. Cuatro botellas asomaban el cuello entre los paquetes.

Rollo de manteca cogió un ala de pollo y se puso á comerla con mucha pulcritud, sobre medio panecillo de los que llaman «regencias» en Normandía.

El perfume de las viandas estimuló el deseo de los otros, agravando la situación, produciéndoles abundante saliva y contrayendo sus mandíbulas dolorosamente. Rayó en ferocidad el desprecio que á las viajeras inspiraba la moza; la hubieran asesinado, arrojándola por una ventanilla con su cubierto, su vaso de plata, su cesta y sus provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos el cacharro de los pollos. Y dijo:

—La señora fué más precavida que nosotros. Hay gentes que no descuidan jamás ningún detalle.

Rollo de manteca hizo un ofrecimiento amable:

—¿Usted gusta? ¿Le apetece algo, caballero? Es penoso pasar todo un día sin comer.

Loiseau hizo una reverencia de hombre agradecido:

—Francamente, acepto; el hambre me obliga mucho. En la guerra como en la guerra. ¿No es cierto, señora?

Y lanzando en torno una mirada, prosiguió:

—En momentos difíciles como el presente, consuela encontrar almas generosas.

Llevaba en el bolsillo un periódico y lo extendió sobre sus muslos para no mancharse los pantalones, y con la punta de un cortaplumas, pinchó una pata de pollo, muy lustrosa, recubierta de gelatina. Dióle un bocado, y comenzó á comer, tan complacido, que aumentó con su alegría la desventura de los demás, que no pudieron suprimir un suspiro angustioso.

Con palabras cariñosas y humildes, *Rollo de manteca* propuso á las monjitas que tomaran algún alimento. Las dos aceptaron sin hacerse rogar, y con los ojos bajos, pusiéronse á comer de prisa, después de pronunciar á media voz una frase de cor-

tesía. Tampoco se mostró esquivo Cornudet á las insinuaciones de la moza, y con ella y las monjitas, tendiendo un periódico sobre las rodillas de los cuatro, formaron, en la parte posterior del coche, una especie de mesa donde servirse.

Las mandíbulas trabajaban sin descanso; abríanse y cerrábanse las bocas hambrientas y feroces. Loiseau, en un rinconcito, se despachaba muy á su gusto, queriendo convencer á su esposa para que se decidiera á imitarle. Resistíase la señora; pero, al fin, víctima de un estremecimiento doloroso como un calambre, accedió. Entonces el marido, con floreos retóricos, pidióle permiso á «su encantadora compañera de viaje» para servir á la dama una tajadita.

Rollo de manteca se apresuró á decir:

—Todo lo que usted quiera.

Y sonriéndole con amabilidad, le alargó el cacharro.

Al destaparse la primera botella de burdeos, presentóse un conflicto. Sólo había un vaso, el vaso de plata. Se lo iban pasando el uno al otro, después de restregar el borde con una servilleta. Cornudet, por galantería, sin duda, quiso aplicar sus labios donde los había puesto la moza.

Envueltos por la satisfacción ajena, y sumidos

en la propia necesidad, ahogados por las emanaciones provocadoras y excitantes de la comida, el conde y la condesa de Breville, y el señor y la señora Carré-Lamadon, padecieron el suplicio espantoso que ha inmortalizado el nombre de Tántalo. De pronto, la monísima esposa del fabricante, lanzó un suspiro que atrajo todas las miradas; su rostro estaba tan pálido como la nieve que sin cesar caía; se cerraron sus ojos, y su cuerpo languideció; desmayóse. Muy emocionado el marido, imploraba un socorro que los demás, aturdidos á su vez, no sabían cómo procurarle, hasta que la mayor de las monjitas, apoyando la cabeza de la señora sobre su hombro, aplicó á sus labios el vaso de plata lleno de vino. La enferma se repuso; abrió los ojos, volvieron sus mejillas á colorearse, y dijo sonriendo, que se hallaba mejor que nunca; pero lo dijo con la voz desfallecida. Entonces la monjita, insistiendo para que agotara el burdeos que había en el vaso, advirtió:

—Es hambre, señora; es hambre lo que tiene usted.

Rollo de manteca, desconcertada, ruborosa, dirigiéndose á los cuatro viajeros que no comían, balbució:

—Yo les ofrecería con mucho gusto...

Interrumpióse, temiendo herir con sus palabras la susceptibilidad exquisita de aquellas nobles personas; Loiseau completó la invitación á su manera, librándoles del apuro á todos:

—¡Eh! ¡Caracoles!, hay que amoldarse á las circunstancias. ¿No somos hermanos todos los hombres, hijos de Adán, criaturas de Dios? Basta de cumplidos, y á remediarse caritativamente. Acaso no encontremos ni un refugio para dormir esta noche. Al paso que vamos, ya será mañana muy entrado el día cuando lleguemos á Totes.

Los cuatro dudaban, silenciosos, no queriendo asumir ninguno la responsabilidad que sobre un «sí» pesaría.

El conde transigió. Dirigiéndose á la tímida moza y dando á sus palabras un tono solemne, dijo:

—Aceptamos, agradeciendo su mucha cortesía.

Lo difícil era el primer envite. Una vez pasado el Rubicón, todo fué como un guante. Vaciaron la cesta. Comieron, además de los pollos, una terrina de *foie-gras*, una empanada, un pedazo de lengua, frutas, dulces, un frasco de pepinillos y cebollitas en vinagre.

Imposible devorar las viandas y no mostrarse atentos con la moza. Era necesario hablar, y al principio les violentaba un poco; pero la discreción de *Rollo de manteca* les condujo insensiblemente á una confianza que hizo desvanecer todas las prevenciones. Las señoras de Breville y de Carré-Lamadon, que tenían un trato muy exquisito, mostráronse afectuosas y delicadas. Principalmente la condesa lució esa dulzura suave de gran señora que á todo puede arriesgarse, porque no hay en el mundo miseria que lograra manchar el rancio lustre de su alcurnia. Estuvo deliciosa. Pero, en cambio, la señora Loiseau, que tenía un alma de gendarme, no se doblegó, hablando poco y comiendo mucho.

Trataron de la guerra, naturalmente. Adujeron infamias de los prusianos y heroicidades realizadas por los franceses; todas aquellas personas que huían el peligro, alababan el valor.

Arrastrada por las historias que unos y otros referían, la moza contó, emocionada y humilde, los motivos que la obligaban á marcharse de Rouen:

—Al principio creí que me sería fácil permanecer en la ciudad vencida, ocupada por el enemigo. Había en mi casa muchas provisiones, y supuse más cómodo mantener á unos cuantos alemanes que abandonar mi patria. Pero cuando los vi, no pude contenerme; su presencia me alteró; me descompuse, y lloré de vergüenza todo el día. ¡Oh!

¡Quisiera ser hombre para vengarme! Pobre mujer, con lágrimas en los ojos, los veía pasar, veía sus corpachones de cerdo y sus cascos puntiagudos, y mi criada tuvo que sujetarme para que no les tirase á la cabeza los tiestos de los balcones. Después fueron alojados, y al ver en mi casa, junto á mí, aquella gentuza, ya no pude contenerme y me arrojé al cuello de uno para estrangularlo. ¡No son más duros que los otros, no! ¡Se hundían bien mis dedos en su garganta! Y le hubiera muerto si entre todos no me lo quitan. Ignoro cómo salí, cómo pude salvarme. Unos vecinos me ocultaron, y, al fin, me dijeron que podía irme al Havre... Así vengo.

La felicitaron; aquel patriotismo que ninguno de los viajeros fué capaz de sentir, agigantaba, sin embargo, la figura de la moza; y Cornudet, oyéndola, sonreía, con una sonrisa complaciente y protectora de apóstol; así oye un sacerdote á un penitente alabar á Dios; porque los revolucionarios barbudos monopolizan el patriotismo, como los clérigos monopolizan la religión. Luego habló doctrinalmente, con énfasis aprendida en las proclamas que á diario pone alguno en cada esquina, y remató su discurso con un párrafo magistral.

Pero *Rollo de manteca* exaltóse, contradiciéndole. No, no pensaba como él; era bonapartista, y

su indignación arrebolaba su rostro cuando balbucía:

—¡Yo hubiera querido veros á todos en su lugar! ¡A ver qué haríais! ¡Vosotros tenéis la culpa! ¡El emperador es vuestra víctima! ¡Con un Gobierno de gandules, como vosotros ¡daría gusto vivir! ¡Pobre Francia!

Cornudet, impasible, sonreía desdeñosamente; pero el asunto tomaba ya un cariz alarmante, cuando el conde intervino, esforzándose por calmar á la moza exasperada. Consiguiólo á duras penas, pro-

clamando, en frases corteses, que son respetables todas las opiniones.

Mientras, la condesa y la esposa del industrial, que profesaban á la República el odio implacable de las gentes distinguidas, reverenciando con instinto femenil todos los gobiernos altivos y despóticos, involuntariamente sentíanse atraídas hacia la prostituta, cuyas opiniones eran semejantes á las más prudentes y encopetadas.

Habíase vaciado la cesta. Repartida entre diez personas, aún pareció escasez su abundancia, y casi todos lamentaron prudentemente que no hubiera más. La conversación proseguía menos viva en cuanto no hubo nada que mascar.

Cerraba la noche. La obscuridad era cada vez más densa, y el frío punzante penetraba y estremecía el cuerpo de *Rollo de manteca*, á pesar de su gordura. La señora condesa de Breville ofrecióla su rejilla, cuyo carbón químico había sido renovado ya varias veces, y la moza se lo agradeció mucho, porque tenía los pies helados. Las señoras Carré-Lamadon y Loiseau corrieron las suyas hasta los pies de las monjas.

El mayoral había encendido los faroles, que alumbraban con vivo resplandor las ancas de los jamelgos y, á uno y otro lado, la nieve del camino

que parecía desarrollarse bajo los reflejos temblorosos.

En el interior del coche nada se veía; pero de pronto se pudo notar un manoteo entre *Rollo de manteca* y Cornudet. Loiseau, que disfrutaba de una vista penetrante, creyó ver al hombre barbudo apartando rápidamente la cabeza, como si huyera el castigo de un puño cerrado y certero.

En el camino se distinguían unos puntos luminosos. Llegaban á Totes por fin. Después de catorce horas de viaje la diligencia se detuvo frente á la Posada del Comercio.

Abrieron la portezuela y algo terrible hizo estremecer á los viajeros: eran los tropezones de la vaina de un sable cencerreando contra las losas. Al punto se oyeron unas palabras dichas por un alemán.

La diligencia no se movía, pero nadie se apeaba, como si temieran ser acuchillados al salir. Luego apareció el mayoral con un farol en la mano.

El mayoral acercóse, alzando el farol, y alumbró súbitamente las dos hileras de rostros pálidos, cuyas bocas abiertas y cuyos ojos turbios, denotaban la sorpresa y el espanto. Junto al mayoral, recibiendo también el chorro de luz, aparecía un oficial prusiano, joven, excesivamente delgado y rubio, con el

uniforme ajustado, como un corsé, llevando ladeada la gorra de plato, que le daba el aspecto de un recadero de fonda inglesa. Muy largas y tiesas las guías del bigote—disminuyendo indefinidamente hasta rematar en un solo pelo rubio, tan delgado, que no podía verse dónde terminaba—, parecían tener las mejillas tirantes con su peso, violentando también las cisuras de la boca.

En francés-alsaciano indicó á los viajeros que se apearan.

Las dos monjitas

obedecieron las primeras con una santa docilidad propia de las personas acostumbradas á la sumisión. Luego, el conde y la condesa; en seguida el fabricante y su esposa. Loiseau hizo pasar delante á su cara mitad, y al poner los pies en tierra, dijo al oficial:

—Buenas noches, caballero.

El prusiano, insolente como todos los poderosos, ni se dignó contestar.

Rollo de manteca y Cornudet, aun cuando se hallaban más próximos á la portezuela que todos los demás, apeáronse los últimos, erguidos y altaneros en presencia del enemigo. La moza trataba de contenerse y mostrarse tranquila; el revolucionario resobábase la barba rubicunda con mano inquieta y algo temblona. Los dos querían mostrarse dignos, imaginando que representa cada cual á su patria en situaciones tan desagradables; y de un modo semejante, fustigados por la frivolidad acomodaticia de sus compañeros, la moza estuvo más altiva que las mujeres honradas, y el otro, decidido á dar ejemplo, reflejaba en su actitud la misión de indómita resistencia que ya lució abriendo zanjas, talando bosques y minando caminos.

Entraron en la espaciosa cocina de la posada y el prusiano, después de pedir el salvoconducto

firmado por el general en jefe, donde constaban los nombres de todos los viajeros, detallando su profesión y estado, los examinó detenidamente, comparando las personas con las referencias escritas.

Luego dijo, en tono brusco:

—Está bien.

Y se retiró.

Respiraron todos. Aún tenían hambre, y pidieron de cenar. Tardarían media hora en poder sentarse á la mesa, y mientras las criadas hacían los preparativos, los viajeros curiosearon las habitaciones que les destinaban. Abrían sus puertas á un largo pasillo, al extremo del cual una mampara de cristales raspados lucía un expresivo número.

Iban á sentarse á la mesa, cuando se presentó el posadero. Era un antiguo chalán, asmático y obeso, que padecía constantes ahogos, con resoplidos, ronqueras y estertores. De su padre había heredado el nombre de Follenvie.

Al entrar, hizo esta pregunta:

—¿La señorita Isabel Rousset?

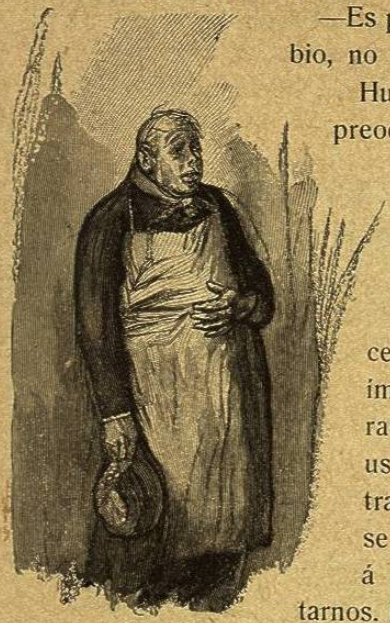
Rollo de manteca, sobresaltándose, dijo:

—¿Qué ocurre?

—Señorita: el oficial prusiano quiere hablar con usted ahora mismo.

—¿Para qué?

—Lo ignoro, pero quiere hablarla.



—Es posible. Yo, en cambio, no quiero hablar con él.

Hubo un momento de preocupación; todos querían adivinar el motivo de aquella orden. El conde se acercó á la moza:

—Señorita: es necesario reprimir ciertos impetus. Una intemperancia por parte de usted, podría originar trastornos graves. No se debe nunca resistir á quien puede aplastarnos. La entrevista no revestirá importancia, y sin duda tiene por objeto aclarar algún error deslizado en el documento.

Los demás, adhiriéndose á una opinión tan razonable, instaron, suplicaron, sermonearon y, al fin, la convencieron, porque todos temían las complicaciones que pudieran sobrevenir. La moza dijo:

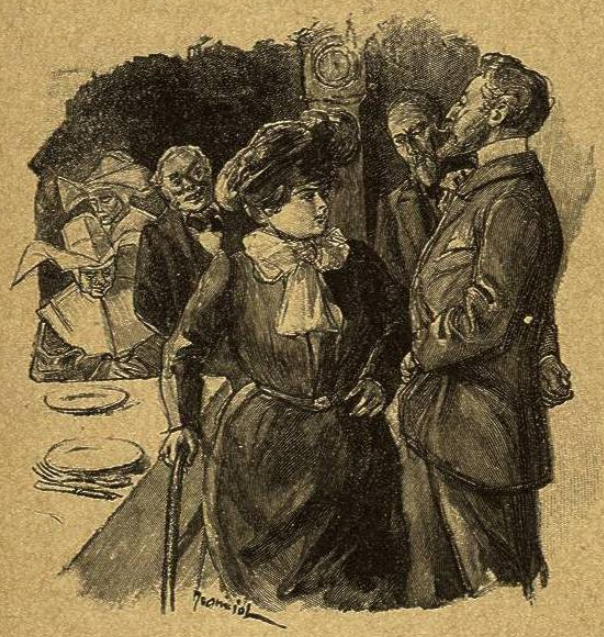
—Lo hago por complacer á ustedes nada más.

La condesa la cogió la mano, asegurando:

30514
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—Agradecemos el sacrificio.

Rollo de manteca salió; y aguardaron á servir la comida para cuando volviera.



Todos hubieran preferido ser los llamados, temerosos de que la moza irascible cometiera una indiscreción, y cada cual preparaba en su magín varias insulseces para el caso de com arecer.

Pero á los cinco minutos la moza reapareció, encendida, exasperada, balbuceando:

—¡Miserable! ¡Ah, miserable!

Todos quisieron averiguar; pero ella no respondió á las preguntas que la dirigían, limitándose á repetir:

—Es un asunto mío, sólo mío, y á nadie le importa.

No mostrando trazas la moza de ser más explícita, se hizo un silencio en torno de la sopera humeante. Cenaron bien y alegremente, á pesar de los malos augurios. Como era muy aceptable la sidra, el matrimonio Loiseau y las monjas la tomaron, para economizar. Los otros pidieron vino, exceptuando á Cornudet, que pidió cerveza. Tenía una manera especial de descorchar la botella, de hacer espuma, de contemplarla, inclinando el vaso, y de alzarlo para observar al trasluz su transparencia. Cuando bebía, sus barbazas—que tenían el color de su brebaje predilecto—, estremecíanse de placer; guiñaba los ojos para no perder su vaso de vista, y sorbía tan solemnemente como si aquella fuese la única misión de su vida. Hubiérase dicho que parangonaba en su espíritu, hermanándolas, confundiéndolas en una, sus dos grandes pasiones: la cerveza y la Revolución; y seguramente no

pudiera paladear aquélla sin pensar en ésta.

El posadero y su mujer comían al otro extremo de la mesa. El señor Follenvie, resoplando como una locomotora esportillada, tenía demasiado estertor para poder hablar comiendo; pero ella no callaba ni un solo instante. Refería todas sus impresiones desde que vió á los prusianos por vez primera, lo que hacían, lo que decían los invasores, maldiciéndolos y odiándolos al principio, en primer lugar porque le costaba dinero mantenerlos, y también porque tenía un hijo soldado. Se dirigía siempre á la condesa, orgullosa de que la oyese una dama de tanto fuste.

Luego bajaba la voz para comunicar apreciaciones comprometidas; y su marido, interrumpiéndola de cuando en cuando, aconsejaba:

—Más prudente fuera que te callases

Pero ella, sin hacer caso, proseguía:

—Sí, señora; esos hombres no hacen más que atracarse de cerdo y de patatas, de patatas y de cerdo. Y no crea usted que son pulcros. ¡Oh, nada pulcros! Todo lo ensucian; y donde les apura... lo sueltan, con perdón sea dicho. Hacen el ejercicio durante algunas horas, todos los días, y anda por arriba, y anda por abajo, y vuelve á la derecha y vuelve á la izquierda. ¡Si labrasen los campos ó trabajasen en las carreteras de su país! Pero no, señora; esos militares no sirven para nada. El pobre pueblo tiene que alimentarlos mientras aprenden á destruir. Yo soy una vieja sin estudios; á mí no me han educado, es cierto; pero al ver que se fatigan y se revientan yendo y viniendo mañana y tarde, me digo: Habiendo tantas gentes que trabajan para ser útiles á los demás, ¿por qué otros procuran, á fuerza de tanto sacrificio, ser perjudiciales? ¿No es una compasión que se maten los hombres, ya sean prusianos ó ingleses, ó poloneses ó franceses? Vengarse de uno que nos hizo daño, es punible, y el juez lo condena, pero si degüellan á nuestros hijos, como reses llevadas al matadero, no es punible, no se castiga; se dan condecoraciones al que destruye más. ¿No es cierto? Nada sé, nada me han enseñado; tal vez por mi falta de instruc-

ción ignoro ciertas cosas, y me parecen injusticias.

Cornudet habló campanudamente, diciendo:

—La guerra es una salvajada cuando se hace contra un pueblo tranquilo; es una obligación cuando sirve para defender la patria.

La vieja murmuró:

—Sí; defenderse, ya es otra cosa. Pero ¿no deberíamos antes ahorcar á todos los reyes que tienen la culpa?

Los ojos de Cornudet se abrillantaron:

—¡Magnífico, ciudadana!

El señor Carré-Lamadon reflexionaba. Sí; era fanático por la gloria y el heroísmo de los famosos capitanes; pero el sentido práctico de aquella vieja le hacía calcular el provecho que reportarían al mundo todos los brazos invertidos en el manejo de las armas, todas las fuerzas improductivas consagradas á preparar y sostener las guerras, cuando se aplicasen á industrias que necesitan siglos de actividad.

Loiseau, levantándose, acercóse al fondista y le habló en voz baja. Oyéndole Follenvie, reía, tosía, escupía; su enorme vientre rebotaba gozoso con las guasas del forastero; y le compró seis barriles de burdeos para la primavera, cuandó se hubiesen retirado los invasores.

Acabada la cena, como era mucho el cansancio que sentían, se fueron todos á sus habitaciones.

Pero Loiseau, observador minucioso y sagaz,

cuando su mujer se hubo acostado, aplicó los ojos y el oído alternativamente al agujero de la cerradura, para descubrir lo que llamaba «misterios de pasillo».

Al cabo de una hora, próximamente, vió pasar á *Rollo de manteca,* más rolliza que nunca, rebosando en su peinador de cachemira con blondas blancas. Alumbrábase con una palmatoria, dirigiéndose á la mampara de cristales raspados, en donde lucía un expresivo número. Y cuando la moza volvía, minutos después, abriendo su puerta Cornudet, siguióla en calzoncillos.

Hablaban, y al mismo tiempo *Rollo de manteca* defendía enérgicamente la entrada de su alcoba. Loiseau, á pesar de sus esfuerzos, no pudo comprender lo que decían; pero al fin, como levantaron la voz, cogió al vuelo algunas frases. Cornudet, obstinado, resuelto, decía:

—¿Por qué no quieres? ¿Qué te importa?

Ella, tomando una indignada y arrogante apostura, le respondió:

—Amigo mío: hay circunstancias que obligan mucho; no siempre se puede hacer todo, y además, aquí sería una vergüenza.

Sin duda Cornudet no comprendió, y como se obstinase, insistiendo en sus pretensiones, la moza, más arrogante aún y en voz más recia, le dijo:

—¿No comprende por qué? ¿Habiendo prusianos en la casa, tal vez pared por medio?

Y calló. Ese pudor patriótico de cantinera que no permite libertades frente al enemigo, debió reanimar la desfallecida fortaleza del revolucionario, quien, después de besarla para despedirse afectuosamente, retiróse á paso de lobo hasta su alcoba.

Loiseau, bastante alterado, abandonó su observatorio, hizo unas cabriolas, y subiéndose á la cama despertó á su antigua y correosa compañera, besándola y diciéndole al oído:

—¿Me quieres mucho, vida mía?

Reinó el silencio en toda la casa. Y al poco rato alzóse, resonando en todas partes, un ronquido, que bien pudiera salir de la cueva ó del desván, un ronquido alarmante, monstruoso, acompasado, interminable, con estremecimientos de caldera en ebullición. El señor Follenvie dormía.

Como habían convenido proseguir el viaje á las ocho de la mañana, todos bajaron temprano á la cocina; pero la diligencia, enfundada por la nieve, permanecía en el patio, solitaria, sin caballos y sin mayoral. En vano le buscaban en los graneros, en los corrales, en los pesebres. No encontrándole dentro de casa, decididos á buscarle, salieron, y se ha-

llaron de pronto en la plaza, frente á la iglesia, entre casucas de un solo piso, donde se veían soldados alemanes; uno, mondando patatas; otro, muy barbudo y grandón, acariciando á una criaturita de pecho que lloraba y meciéndola sobre sus rodillas para que se consolase ó se durmiese; y las campesinas, cuyos maridos y cuyos hijos estaban «en las tropas de la guerra», indicaban por signos á los vencedores, obedientes, los trabajos que debían hacer: cortar leña, encender lumbre, moler café. Uno lavaba la ropa de su patrona, pobre vieja impedida.

El conde, sorprendido, preguntó al sacristán, que salía del presbiterio. El acartonado murciélago le respondió:

—¡Ah! Esos no son dañinos; creo que no son prusianos; vienen de más lejos; ignoro de qué país; y todos han dejado en su pueblo un hogar, una mujer, unos hijos; la guerra no les divierte. Juraría que también sus familias lloran mucho, que también se perdieron sus cosechas por falta de brazos, que allí como aquí, á los vencedores como á los vencidos, amenaza una espantosa miseria. Después de todo, en este pueblo no podemos quejarnos, porque no maltratan á nadie y nos ayudan trabajando como si estuvieran en su casa. Ya ve usted, caballero, entre

los pobres hay siempre caridad... Son los ricos, los que hacen las guerras crueles.

Cornudet, indignado por la recíproca y cordial condescendencia establecida entre vencedores y vencidos, volvió á la fonda, prefiriendo encerrarse aislado en su habitación á ver tales oprobios. Loiseau tuvo, como siempre, una frase oportuna y graciosa: «Repueblan», y el señor Carré-Lamadon pronunció una solemne frase: «Restituyen».

Pero no encontraban al mayoral. Después de muchas indagaciones, lo descubrieron sentado, tranquilamente, con el ordenanza del oficial prusiano, en una taberna.

El conde le interrogó:

—¿No le habían mandado enganchar á las ocho?

—Sí; pero después me dieron otra orden.

—¿Cuál?

—No enganchar.

—¿Quién?

—El comandante prusiano.

—¿Por qué motivo?

—Lo ignoro. Pregúnteselo. Yo no soy curioso. Me prohiben enganchar y no engancho. Ni más ni menos.

—Pero ¿le ha dado esa orden el mismo comandante?

—No; el posadero en su nombre.

—¿Cuándo?

—Anoche, al retirarme.

Los tres caballeros volvieron á la posada bastante intranquilos.

Preguntaron por Follenvie y la criada les dijo que no se levantaba el señor hasta muy tarde, porque apenas le dejaba dormir el asma; tenía terminantemente prohibido que le llamasen antes de las diez, como no fuera en caso de incendio.

Quisieron ver al oficial, pero tampoco era posible, aun cuando se hospedaba en la casa, porque únicamente Follenvie podía tratar con él asuntos civiles.

Mientras los maridos aguardaban en la cocina, las mujeres volvieron á sus habitaciones, ocupándose en menudencias de su tocado.

Cornudet se instaló bajo la saliente campana de hogar, donde ardía un buen leño. Mandó que le acercaran un veladorcito de hierro y que le sirvieran un jarro de cerveza; sacó la pipa, que gozaba entre los demócratas casi tanta consideración como el personaje que chupaba en ella—una pipa que parecía servir á la patria sirviendo á Cornudet—, y se puso á fumar entre sorbo y sorbo, chupada tras chupada.

Era una hermosa pipa de espuma, primorosamente culotada, tan negra como los dientes que la oprimían, pero brillante, perfumada, con una curvatura favorable á la mano, de una forma tan discreta, que parecía una facción más de su dueño.

Y Cornudet, inmóvil, tan pronto fijaba los ojos en las llamas del hogar como en la espuma del jarro; después de cada sorbo, acariciaba satisfecho con su mano flaca su cabellera sucia, cruzando vellones de humo blanco en las marañas de sus bigotes macilentos.

Loiseau, con el pretexto de salir á estirar las piernas, recorrió el pueblo negociando sus vinos en todos los comercios. El conde y el industrial hablaban de política, profetizando el porvenir de Francia. Según el uno, todo lo remediaría el advenimiento de los Orleans; el otro, solamente confiaba

en un redentor ignorado, un héroe que aparecería cuando todo agonizase: un Duguesclín, una Juana de Arco y, ¿por qué no un invencible Napoleón I? ¡Ah! ¡Si el príncipe imperial no fuese demasiado joven! Oyéndolos, Cornudet sonreía como quien ya conoce los misterios del futuro. Y su pipa embalsamaba el ambiente.

A las diez bajó Follenvie. Le hicieron varias preguntas apremiantes, pero él sólo pudo contestar:

—El comandante me dijo: «Señor Follenvie: No permita usted que mañana enganchen la diligencia. Esos viajeros no saldrán de aquí hasta que yo lo disponga».

Entonces resolvieron avistarse con el oficial prusiano. El conde le hizo pasar una tarjeta en la cual escribió Carré-Lamadon su nombre y sus títulos.

El prusiano les hizo decir que los recibiría cuando hubiese almorzado. Faltaba una hora.

Ellos y ellas comieron, á pesar de su inquietud. *Rollo de manteca* estaba febril y extraordinariamente desconcertada.

Cuando hubieron tomado el café, les avisó el ordenanza.

Loiseau agregóse á la comisión; pero cuando intentaron arrastrar á Cornudet, éste dijo que no entraba en sus cálculos pactar con los enemigos. Y

volvió á instalarse cerca del fuego, ante otro jarro de cerveza.

Los tres caballeros entraron en la mejor habitación de la casa, donde los recibió el oficial tendido en un sillón, con los pies encima de la chimenea, fumando en una larga pipa de loza, y envuelto en una espléndida bata, re-

cogida tal vez en la residencia campestre de algún ricacho de poco gusto. No se levantó, ni saludó, ni los miró siquiera, presentando un magnífico ejemplar de la soberbia desfachatez acostumbrada entre los militares victoriosos.

Luego, dijo:

—¿Qué desean ustedes?

El conde tomó la palabra:

—Deseamos proseguir nuestro viaje, caballero.

—No.

—¿Sería usted bastante bondadoso para comunicarnos la causa de tan imprevista detención?

—Mi voluntad.

—Me atrevo á recordarle respetuosamente que traemos un salvoconducto firmado por el general en jefe, permitiéndonos llegar á Dieppe. Y supongo que nada justifica tales rigores.

—Nada más que mi voluntad. Pueden ustedes retirarse.

Haciendo una reverencia, se retiraron.

La tarde fué desastrosa para ellos; no sabían cómo explicar el capricho del prusiano, y les preocupaban las ocurrencias más inverosímiles. Todos en la cocina se torturaban imaginando cuál pudiera ser el motivo de su detención. ¿Los conservarían como rehenes? ¿Por qué? ¿Los llevarían prisioneros? ¿Pedirían por su libertad un rescate de importancia? Un pánico los enloqueció. Los más ricos amilanábanse con ese pensamiento, creyéndose ya obligados, para salvar la vida en aquel trance, á derramar tesoros en las manos de un militar insolente. Se derretían la sesera inventando embustes creíbles, fingimientos engañosos que salvaran su dinero del peligro en que lo veían, haciéndolos aparecer como pobres, muy pobres. Loiseau, disimuladamente, guardó en el bolsillo la pesada cadena de oro que llevaba en el reloj. Al obscurecer, aumentaron sus aprensiones. Encendieron el quinqué, y como aún faltaban dos horas para la comida, resolvieron jugar á la treinta y una. Cornudet, hasta el propio Cornudet, apagando su pipa, finamente, acercóse á la mesa.

El conde cogió los naipes. *Rollo de manteca* hizo treinta y una. El interés del juego ahuyentaba los temores.

Cornudet pudo advertir que la señora y el señor Loiseau, de común acuerdo, hacían trampas.

Cuando iban á servir la comida, Follenvie apareció, y dijo:

—El oficial prusiano pregunta si la señorita Isabel Rousset se ha decidido ya.

Rollo de manteca, de pie, al principio descolorida, luego arrebatada, sintió un impulso de cólera tan grande que, de pronto, no la fué posible hablar. Después, dijo:

—Contéstele á ese canalla, sucio y repugnante, que nunca me decidiré á eso. ¡Nunca, nunca, nunca!

El posadero se retiró. Todos rodearon á *Rollo de manteca*, solicitada, interrogada por todos para revelar el misterio de su entrevista. Negóse al principio, hasta que reventó, exasperada:

—¿Qué quiere? ¿Qué quiere? ¿Qué quiere?... ¡Nada! ¡*Estar* conmigo!

La indignación instantánea no tuvo límites. Alzóse un clamoreo de protesta contra semejante iniquidad. Cornudet rompió un vaso. Emocionábanse todos como si á todos alcanzara el sacrificio que á la moza exigían. El conde manifestó que los invasores inspiraban más repugnancia que terror, portándose como los antiguos bárbaros. Las mujeres prodigaban á *Rollo de manteca* una piedad noble y cariñosa. Las monjitas callaban, con los ojos bajos.

Cuando la efervescencia hubo pasado, comieron. Hablóse poco. Meditaban.

Se retiraron pronto las señoras, y los caballeros organizaron una partida de *ecarté*, invitando á Follenvie con el propósito de sondearle hábilmente, averiguando los recursos más convenientes para vencer la obstinación del prusiano. Pero Follenvie sólo pensaba en sus descartes, ajeno á cuanto le decían y sin contestar á las preguntas, limitándose á repetir:

—Al juego, al juego, señores.

Fijaba tan profundamente su atención en los naipes, que hasta de escupir se olvidaba, respirando con un estertor angustioso. Resoplando, sus pulmones producían todos los registros del asma, desde los más graves y profundos á los chillidos roncos y destemplados que lanzan los pollos cuando aprenden á cantar.

No quiso retirarse cuando su mujer, muerta de sueño, bajó en su busca, y la vieja se volvió sola, porque madrugaba por costumbre, levantándose con el sol, mientras que su marido tenía naturaleza trasnochadora, siempre dispuesto á no acostarse hasta el alba.

Cuando se convencieron de que no era posible arrancarle ni media palabra, le dejaron para irse cada cual á su alcoba.

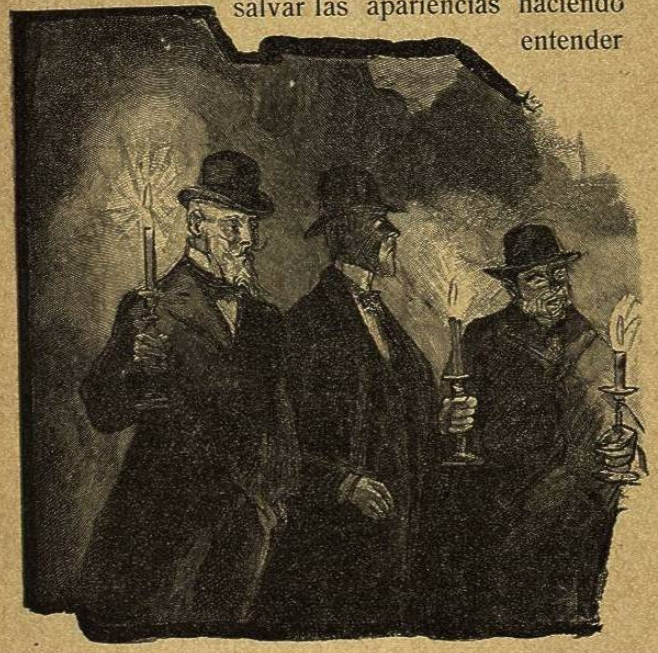
Tampoco fueron perezosos para levantarse al otro día, con la esperanza que les hacía concebir su deseo cada vez mayor de verse libres y en camino.

¡Ay! Los caballos descansaban en los pesebres; el mayoral no comparecía. Entretuviéronse, dando paseos en torno de la diligencia.

Almorzaron silenciosos, indiferentes para con *Rollo de manteca*; las reflexiones de la noche habían modificado sus juicios. Ya casi odiaban á la moza por no haberse decidido á buscar en secreto al

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
TERMA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

prusiano preparando un alegre despertar, una sorpresa muy agradable á sus compañeros. ¿Había nada más justo? ¿Quién lo hubiera sabido? Pudo salvar las apariencias haciendo entender



al oficial prusiano que cedía para no perjudicar á tan ilustres personajes. ¿Qué importancia hubiera tenido aquello para una moza como *Rollo de manteca?*

Todos reflexionaban así, pero ninguno declaraba tales pensamientos

Al medio día, para distraer el aburrimiento, propuso el conde que diesen un paseo por las afueras. Abrigáronse bien y salieron, á excepción de Cornudet que prefirió quedarse junto á la lumbre, y las dos monjas que pasaban el día en la iglesia ó en casa del párroco.

El frío, cada vez más intenso, les pellizcaba las orejas y las narices; los pies les dolían al andar; cada paso era un martirio. Y al descubrir la campiña les pareció tan horrorosamente lúgubre su blancura ilimitada, que todos á la vez retrocedieron con el corazón oprimido y el alma helada.

Las cuatro señoras iban delante y seguíanlas á corta distancia los tres caballeros.

Loiseau, adivinando que los otros pensaban como él, preguntó si aquella *mala pécora* no daba señales de acceder, evitándoles que se prolongase indefinidamente su detención. El conde, siempre cortés, dijo que no podía exigírsele á una mujer sacrificio tan humillante cuando ella no se lanzaba por impulso propio.

El señor Carré-Lamadon hizo notar que si los franceses, como estaba proyectado, tomaran de nuevo la ofensiva por Dieppe, la batalla probablemente se desarrollaría en Totes. Puso á los otros dos en cuidado semejante reflexión.

—¿Y si huyéramos á pie?—dijo Loiseau.

—¿Cómo es posible, pisando nieve y con las señoras?—reflexionó el conde—. Además, nos perseguirían, juzgándonos ya después como prisioneros de guerra.

—Es cierto; no hay escape.

Y callaron.

Las señoras hablaban de vestidos; pero en su ligera conversación flotaba una inquietud que las hacía opinar de opuestos modos.

Cuando apenas le recordaban, apareció el oficial prusiano en el extremo de la calle. Sobre la nieve que cerraba el horizonte perfilaba su talle oprimido y separaba las rodillas al andar, con ese movimiento propio de los militares que procuran salvar del barro las botas primorosamente charoladas.

Inclinóse al pasar junto á las damas y miró despreciativo á los caballeros, los cuales tuvieron suficiente coraje para no descubrirse, aun cuando Loiseau echase mano al sombrero.

La moza ruborizóse hasta las orejas y las tres señoras casadas padecieron la humillación de que las viera el prusiano en la calle con la mujer á la cual trataba él tan groseramente.

Y hablaron de su empaque, de su rostro. La señora Carré-Lamadon, que habiendo sido amiga de

muchos oficiales podía opinar con fundamento, juzgó al prusiano aceptable, hasta doliéndose de que no fuera francés, muy segura de que luciría el uniforme de húsar enloqueciendo á no pocas mujeres.

Ya en casa, no se habló más del asunto. Cruzáronse algunas acritudes con motivos insignificantes. La comida, silenciosa, terminó pronto, y cada uno fué á su alcoba con ánimo de buscar en el sueño un recurso contra el hastío.

Bajaron por la mañana con los rostros fatigosos, mostrándose irascibles, y las damas apenas dirigían alguna frase á *Rollo de manteca*.

Oyóse la campana de la iglesia, tocando á gloria. La muchacha recordó al pronto su casi olvidada maternidad—pues tenía una criatura en casa de unos labradores de Yvetot—. Pensando en el bautizo, enterneciόse y se dispuso á presenciar la ceremonia.

Viéndose libres y reunidos todos, agrupáronse, comprendiendo que tenían algo que decirse, algo que precisar. Ocurriósele á Loiseau proponer al comandante que se quedara con la moza y dejase á los demás proseguir tranquilamente su viaje.

Follenvie llevó la embajada, volviendo al punto, porque sin oirle siquiera el oficial, repitió que nin-

guno se iría mientras él no quedara complacido.

Entonces el carácter populachero de la señora Loiseau, la hizo prorrumpir, estallando:

—No podemos envejecer aquí. ¿No es el oficio de la moza complacer á todos los hombres? ¿Cómo se permite rechazar á uno? ¡Si la conoceremos! En Rouen lo arrebaña todo; hasta los cocheros tienen que ver con ella; sí, señora; el cochero de la prefectura. Lo sé de buena tinta; como que toman vino de casa. Y hoy, que podría sacarnos de un apuro, sin la menor violencia, ¡hoy, hace dengues, la muy zorra! En mi opinión, ese prusiano es un hombre muy correcto. Ha vivido sin trato de mujeres muchos días; hubiera preferido, seguramente, á cualquiera de nosotras; pero se contenta, para no abusar de nadie, con la que pertenece á todo el mundo. Respeta el matrimonio, la virtud. ¡Siendo el amo! ¡el señor! Le bastaría decir: «Esta quiero», y obligar á viva fuerza, entre soldados, á la elegida.

Estremeciéronse las damas. Los ojos de la señora Carré-Lamadon, brillaron; sus mejillas palidecieron, como si ya se viera forzada por el prusiano.

Los hombres, discutiendo aparte, llegaron á un acuerdo.

Al principio Loiseau, furibundo, quería entregar

á *la miserable* atada de pies y manos. Pero el conde, fruto de tres abuelos diplomáticos, prefería tratar el asunto hábilmente y propuso:

—Decidámosla.

Entonces, conspiraron.

Uniéronse á las damas. La discusión se hizo general. Todos opinaban sin esforzar la voz, con mesura. Ellas principalmente, proponían el asunto rebuscando frases cultas, rodeos encantadores, para no proferir palabras vulgares.

Alguien que de pronto las hubiera oído sin duda no sospechara el argumento de la conversación; de tal modo se cubrían con flores las torpezas audaces. Pero como el baño de pudor que defiende á las damas distinguidas en sociedad es muy tenue, aquella brutal aventura las divertía y esponjaba, sintiéndose á gusto, en su elemento, gachupeando en un lance de amor, con la sensualidad propia de un cocinero goloso que prepara una cena exquisita sin poder probarla siquiera.

Se alegraron, porque la historia les hacía mucha gracia. El conde se permitió alusiones bastante atrevidas—pero decorosamente apuntadas—que hicieron sonreir. Loiseau estuvo menos correcto; y sus audacias no lastimaron los oídos pulcros de sus oyentes. La idea, expresada brutalmente por

su mujer, persistía en los razonamientos de todos: «¿No es el oficio de la moza complacer á los hombres? ¿Cómo se permite rechazar á uno?» La delicada señora Carré-Lamadon imaginaba tal vez que, puesta en tan duro trance, rechazaría menos al prusiano que á otro cualquiera.

Prepararon el bloqueo, lo que tenía que decir cada uno y las maniobras correspondientes; quedó en regla el plan de ataque, los amaños y astucias que debieran abrir la ciudadela viviente al enemigo.

Cornudet no entraba en la discusión, completamente ajeno al asunto.

Estaban todos tan preocupados que no sintieron llegar á *Rollo de manteca;* pero el conde, advertido al punto, hizo una señal que los demás comprendieron.

Callaron, y la sorpresa prolongó aquel silencio, no permitiéndoles de pronto hablar. La condesa, más versada en disimulos y tretas de salón, dirigióse á la moza, preguntando:

—¿Estuvo muy bien ese bautizo?

Rollo de manteca, emocionada, dió cuenta de todo, acabando con esta frase:

—Algunas veces consuela mucho rezar.

Hasta la hora del almuerzo, se limitaron á mos-

trarse amables con ella, para inspirarla confianza y docilidad á sus consejos.

Ya en la mesa, comenzaron la conquista. Primero, una conversación superficial acerca del sacrificio. Se citaron ejemplos: Judith y Holofernes; y sin venir al caso, Lucrecia y Sextus. Cleopatra, esclavizando con los placeres de su lecho á todos los generales enemigos. Y apareció una historia fantaseada por aquellos millonarios ignorantes, conforme á la cual iban á Capua las matronas romanas adormeciendo entre sus brazos amorosos al fiero Aníbal, á sus tenientes y á sus falanges de mercenarios. Citaron á todas las mujeres que han detenido á los conquistadores ofreciendo sus encantos para dominar, como un arma poderosa é irresistible; que vencieron con sus caricias heroicas á monstruos repulsivos y odiados; que sacrificaron su castidad á la venganza ó á la sublime abnegación.

Discretamente, mencionóse la inglesa linajuda que se mandó inocular una horrible y contagiosa podredumbre para transmitírsela con fingido amor á Bonaparte, quien se libró milagrosamente, gracias á una flojera repentina en el momento fatal.

Y todo se decía con delicadeza y moderación, ofreciéndose de cuando en cuando un entusiasta elogio, que provocase la curiosidad heroica.

De todos aquellos rasgos ejemplares, pudiera deducirse, que la misión de la mujer en la tierra se reducía solamente á sacrificar su cuerpo, abandonándolo de continuo entre la soldadesca lujuriosa.

Las dos monjitas no atendieron, y es posible que ni se dieran cuenta de lo que decían los otros, ensimismadas en más íntimas reflexiones. *Rollo de manteca* no despegaba sus labios.

Dejáronla reflexionar toda la tarde.

Cuando iban á sentarse á la mesa para comer, Follenvie apareció, repitiendo la frase de la víspera.

Rollo de manteca respondió ásperamente:

—Nunca me decidiré á eso. ¡Nunca, nunca!

Durante la comida, los aliados tuvieron poca suerte. Loiseau dijo tres impertinencias. Devanábanse los sesos para descubrir nuevas heroicidades —y sin que saltase al paso ninguna—, cuando la condesa, tal vez sin premeditarlo, sintiendo una irresistible comezón de rendir á la iglesia un homenaje, dirigióse á una de las monjas—la más respetable por su edad—, rogándola que refiriese algunos actos heroicos de la historia de los santos que habían cometido excesos, criminales para humanos ojos y apetecidos por la Divina Piedad que los juzgaba conforme á la intención, sabedora de que se ofrecían á la gloria de Dios ó á la salud y provecho del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

prójimo. Era un argumento contundente; la condesa lo advirtió, y, fuese por una tácita condescendencia natural en todos los que visten hábitos religiosos, ó sencillamente por una casualidad afortunada, lo cierto es que la monja contribuyó al triunfo de los aliados con un formidable refuerzo. Habíanla juzgado tímida, y se mostró arrogante, violenta, elocuente. No tropezaba en incertidumbres casuísticas; era su doctrina como una barra de acero; su fe no vacilaba jamás, y no enturbiaba su conciencia ningún escrúpulo. Parecíale sencillo el sacrificio de Abraham; también ella hubiese matado á su padre y á su madre por obedecer un mandato divino; y en su concepto, nada podía desagradar al Señor cuando las intenciones eran laudables. Aprovechando la condesa tan favorable argumentación de su improvisada cómplice, la condujo á parafrasear un edificante axioma, «el fin justifica los medios», preguntando:

—¿Supone usted, hermana, que Dios acepta cualquier camino y perdona siempre, cuando la intención es honrada?

—¿Quién lo duda, señora? Un acto punible puede con frecuencia ser meritorio por la idea que lo inspire.

Y continuaron así, discurriendo acerca de las decisiones recónditas atribuídas á Dios, creyéndole interesado en sucesos que, á la verdad, no deben importarle mucho.

La conversación iba tomando, conducida por la condesa, un giro hábil y discreto. Cada frase de la monja contribuía poderosamente á vencer la resistencia de la cortesana. Luego, apartándose del asunto ya de sobra repetido, la monja hizo mención de varias fundaciones de su Orden; habló de la superiora, de sí misma, de la hermana San Sulpicio, su acompañante. Iban llamadas al Havre para asistir á cientos de soldados variolosos. Detalló las miserias de tan cruel enfermedad, lamentándose de que, mientras inútilmente las retenía el capricho de un oficial prusiano, algunos franceses podían morir en el hospital, faltos de auxilio. Su especialidad fué siempre asistir al soldado; estuvo en Crimea, en Italia, en Austria, y refería los azares de la guerra, mostrándose de pronto como una Hermana de la Caridad belicosa y entusiasta, sólo nacida para recoger heridos en lo más recio del combate, una especie de sor María Rataplán, cuyo rostro descarnado y descolorido era la imagen de las devastaciones de la guerra.

Cuando hubo terminado, el silencio de todos afirmó la oportunidad de sus palabras.

Después de comer, fuése cada cual á su alcoba, y al día siguiente no se reunieron hasta la hora de almorzar.

La condesa propuso, mientras almorzaban, que debieran ir de paseo por la tarde. Y el conde ofreció el brazo á la moza en aquella excursión, rezagándose.. Todo convenido.

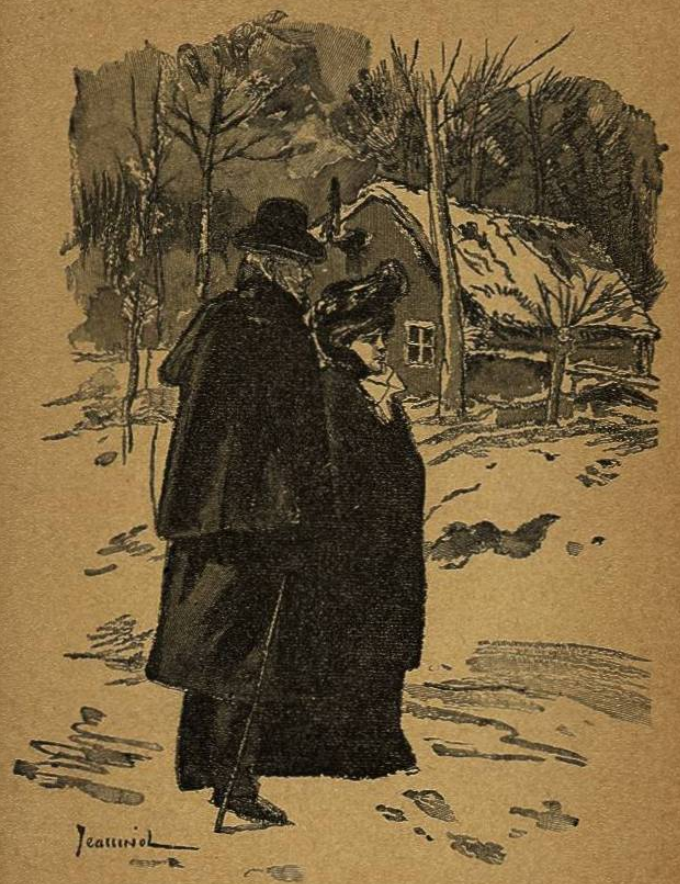
Empleando el tono paternal, franco y un poquito displicente, propio de un «hombre serio» que se dirige á un pobre ser, la llamó «niña», tratándola con dulzura desde su elevada posición social y su honradez indiscutible. Sin preámbulos, metióse de lleno en el asunto.

—¿Prefiere vernos aquí, víctimas del enemigo, y expuestos á sus violencias, á las represalias que seguirían indudablemente á una derrota, que doblegarse á una... liberalidad, muchas veces por usted consentida?

La moza callaba.

El conde insistía, razonable y atento, sin dejar de ser «el señor conde», pero expresándose con galantería, con afabilidad, hasta con ternura, si la frase lo exigía. Exaltó la importancia del servicio, y el «imborrable agradecimiento». Después comenzó á tutearla de pronto, alegremente:

—No seas tirana; permite al infeliz que se vana-



glorie de haber gozado á una criatura como no debe haberla en su país.

La moza, sin despegar sus labios, fué á reunirse con el grupo de señoras.

Ya en casa, retiróse á su cuarto, sin comparecer ni á la hora de la comida. La esperaban con inquietud. ¿Qué decidiría?

Se presentó Follenvie, advirtiendo que la señorita Isabel se hallaba indispuesta, que no la esperasen. Todos aguzaron el oído. El conde, acercándose al posadero, le preguntó en voz baja:

—¿Ya está?

—Sí.

Por decoro no dijo nada más, dedicando una mueca de satisfacción á sus compañeros. Respiraron satisfechos, y reflejóse una retozona sonrisa en los rostros.

Loiseau no pudo contenerse:

—¡Caramba! Convido á champagne, para celebrarlo.

Y se le amargaron á la señora Loiseau aquellas alegrías, viendo aparecer á Follenvie con cuatro botellas.

Mostrábanse á cuál más comunicativos y bulliciosos, rebosando en sus almas un goce fecundo. El conde reparó que la señora Carré-Lamadon era

muy apetecible, y el industrial tuvo frases insinuantes para la condesa. La conversación chisporroteaba, graciosa, vivaracha, jovial.

De pronto, Loiseau, abriendo mucho los ojos y levantando los brazos, aulló:

—¡Silencio!

Todos callaron estremecidos.

—¡Chist!... —ordenaba el vinatero, arqueando mucho las cejas.

Y al poco rato, decía con suma naturalidad:

—Tranquilícense. Va como una seda.

Pasado ya el susto, le rieron la gracia.

Luego, repitió la broma:

—¡Chist!...

Y cada quince minutos, insistía. Como si hablara con alguien del piso alto, daba consejos de doble sentido. Ponía de pronto la cara larga, suspirando, para decir:

—¡Pobrecita!

O mascullaba una frase rabiosa:

—¡Prusiano asqueroso!

Cuando estaban distraídos, gritaba:

—¡No más! ¡no más!

Y como si reflexionase, añadía entre dientes:

—¡Con tal que volvamos á verla!

De gusto deplorable, divertían sin embargo

aquellas bromas; á nadie molestaron, porque la indignación, como todo, es relativa y conforme al medio en que se produce. Y allí respiraban un aire infestado por todo género de malicias impúdicas.

Al fin, hasta las damas hacían alusiones ingeniosas y discretas. Habíase bebido mucho, y los ojos, encandilados, chisporroteaban. El conde, que hasta en sus abandonos, conservaba su respetable apariencia, tuvo una graciosa oportunidad, comparando su goce al que pueden sentir los exploradores polares, bloqueados por el hielo, cuando ven abrirse un camino hacia el Sur.

Loiseau, alborotado, levantóse á brindar:

—¡Por nuestro rescate!

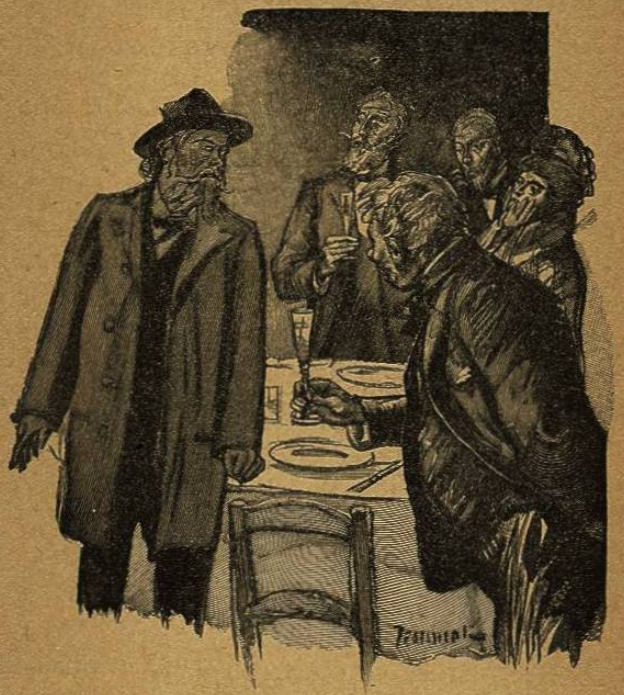
De pie, le aclamaban todos, y hasta las monjitas, cediendo á la general alegría, humedecían sus labios en aquel vino espumoso que no habían probado jamás. Parecióles algo así como limonada gaseosa, pero más fino.

Loiseau advertía:

—¡Qué lástima! Si hubiera un piano, podríamos bailar un rigodón.

Cornudet, que no había dicho ni media palabra, hizo un gesto desapacible. Parecía sumergido en pensamientos graves, y de vez en cuando estirábase las barbas con violencia, como si quisiera alargarlas más aún.

Hacia media noche, al despedirse, Loiseau, que



se tambaleaba, le dió un manotazo en la barriga, tartamudeando:

—¿No está usted satisfecho? ¿No se le ocurre decir nada?

Cornudet, irguiendo el rostro y encarándose con todos, como si quisiera retarlos con una mirada terrible, respondió:

—Sí, por cierto. Se me ocurre decir á ustedes que han fraguado una bellaquería.

Levantóse y se fué, repitiendo:

—¡Una bellaquería!

Era como un jarro de agua. Loiseau quedóse confundido; pero reponiéndose con rapidez, soltó la carcajada, exclamando:

—Están verdes; para usted... están verdes.

No lo comprendían, y explicó los «misterios del pasillo». Entonces rieron desaforadamente, como si se hubieran vuelto locos. El conde y el señor Carré-Lamadon, lloraban de tanto reir. ¡Qué historia! ¡Era increíble!

—Pero ¿está usted seguro?

—¡Tan seguro! Como que lo vi.

—Y ella se negaba...

—Por la proximidad... vergonzosa, del prusiano.

—¿Es cierto?

—¡Certísimo! Pudiera jurarlo.

El conde se ahogaba de risa; el industrial tuvo que sujetarse con las manos el vientre para no estallar.

Loiseau insistía:

—Y ahora comprenderán ustedes que no le divierta lo que pasa esta noche.

Reían sin fuerzas ya, fatigados, aturdidos.

Acabó la tertulia. «Felices noches».

La señora Loiseau, que tenía el carácter como una ortiga, hizo notar á su marido, cuando se acostaban, que la señora Carré-Lamadon, «la muy fantasmona», rió de mala gana, porque pensando en lo de arriba, se la pusieron los dientes largos.

—El uniforme las vuelve locas. Francés ó prusiano, ¿qué más da? ¡Mientras haya galones! ¡Dios mío! ¡Es una compasión; cómo está el mundo!

Y durante la noche resonaron continuamente, á lo largo del obscuro pasillo, estremecimientos, rumores tenues apenas perceptibles, roces de pies desnudos, alientos entrecortados y crujir de faldas. Ninguno durmió, y por debajo de todas las puertas asomaron, casi hasta el amanecer, pálidos reflejos de las bujías.

El champagne suele producir tales consecuencias, y según dicen, da un sueño intranquilo.

Por la mañana, un claro sol de invierno hacía brillar la nieve deslumbradora.

La diligencia, ya enganchada, revivía para proseguir el viaje, mientras las palomas de blanco plumaje y ojos rosados, con las pupilas muy negras,

picoteaban el estiércol, andando erguidas y oscilantes entre las patas de los caballos.

El mayoral, con su zamarra de piel, subido en el pescante llenaba su pipa; los viajeros, ufanos, veían cómo les empaquetaban las provisiones para el resto del viaje.

Sólo faltaba *Rollo de manteca*. Y al fin compareció.

Presentóse algo inquieta y avergonzada; cuando se detuvo para saludar á sus compañeros, hubiérase dicho que ninguno la veía, que ninguno reparaba en ella. El conde ofreció el brazo á su mujer, alejándola de un contacto impuro.

La moza quedó aturdida; pero, sacando fuerzas de flaqueza, dirigió á la esposa del industrial un saludo humildemente pronunciado. La otra limitóse á una leve inclinación de cabeza, imperceptible casi, á la que siguió una mirada muy altiva, como de virtud que se rebela rechazando una humillación que no perdona. Todos parecían violentados y despreciativos á la vez, como si la moza llevara una infección purulenta que pudiera comunicárseles.

Fueron acomodándose ya en la diligencia, y la moza entró después de todos, para ocupar su asiento.

Como si no la conocieran. Pero la señora Loiseau, mirándola de reojo, sobresaltada, indicó á su marido:

—Menos mal que no estoy á su lado.

El coche arrancó. Proseguían el viaje.

Al principio nadie hablaba. *Rollo de manteca* ni se atrevió á levantar los ojos. A la vez, sentíase indignada contra sus compañeros, arrepentida por haber cedido á sus peticiones y manchada por las caricias del prusiano, á cuyos brazos la empujaron todos hipócritamente.

Pronto la condesa, dirigiéndose á la señora Carré-Lamadon, puso fin al silencio angustioso:

—¿Conoce usted á la señora de Etrelles?

—¡Vaya! Es amiga mía.

—¡Qué mujer tan agradable!

—Sí; es encantadora; excepcional. Todo lo hace bien: toca el piano, canta, dibuja, pinta... Una maravilla.

El industrial hablaba con el conde, y confundidas con el estrepitoso crujir de cristales, hierros y maderas, oíanse algunas de sus palabras: «...Cupón... Vencimiento... Prima... Plazo...»

Loiseau, que había escamoteado los naipes de la Posada, engrasados por tres años de servicio sobre mesas nada limpias, comenzó á jugar al *besigue* con su mujer.

Las monjitas, agarrándose al grueso rosario pendiente de su cintura, hicieron la señal de la cruz, y de pronto sus labios cada vez más presurosos, en un suave murmurio, parecían haberse lanzado á una carrera de *oremus;* de cuando en cuando besaban una medallita, se persignaban de nuevo y proseguían su especie de gruñir continuo y rápido.

Cornudet, inmóvil, reflexionaba.

Después de tres horas de camino, Loiseau, recogiendo las cartas, dijo:

—Hay gazuza.

Y su mujer alcanzó un paquete atado con un bramante, del cual sacó un trozo de carne asada. Partiólo en lonchas finas, con pulso firme, y ella y su marido comenzaron á comer tranquilamente.

—Un ejemplo digno de ser imitado—advirtió la condesa.

Y comenzó á desenvolver las provisiones preparadas para los dos matrimonios. Venían metidas en un cacharro de los que tienen para pomo en la tapadera una cabeza de liebre, indicando su contenido: un suculento pastelón de liebre, cuya carne sabrosa, hecha picadillo, está cruzada por collares de fina manteca y otras agradables añadiduras. Un buen pedazo de queso, liado en un papel de periódico, lucía la palabra «Sucesos» en una de sus caras.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Las monjitas comieron una longaniza, que olía mucho á especias, y Cornudet, sumergiendo ambas manos en los bolsillos de su gabán, sacó del uno cuatro huevos duros, y del otro media libreta. Mondó uno de los huevos, dejando caer en el suelo el cascarón y partículas de yema sobre sus barbas.

Rollo de manteca, en el azoramiento de su triste despertar, no había dispuesto ni pedido merienda, y exasperada, iracunda, veía cómo sus compañeros mascaban plácidamente. Al principio, la crispó un arranque tumultuoso de cólera, y estuvo á punto de arrojar sobre aquellas gentes un chorro de injurias que se la venían á los labios; pero tanto era su desconsuelo, que ni pudo hablar, acongojándose.

Ninguno la miró ni se preocupó de su presencia; sentíase la infeliz sumergida en el desprecio de la turba *honrada*, que la obligó á sacrificarse, y después la rechazó como un objeto inservible y asqueroso. No pudo menos de recordar su hermosa cesta de provisiones, devoradas por aquellas gentes; los dos pollos bañados en su propia gelatina, los pasteles y la fruta y las cuatro botellas de burdeos. Pero sus furores cedieron de pronto, como una cuerda tirante que se rompe, y sintió pujos de llanto. Hizo esfuerzos terribles para vencerse; irguióse, tragó sus lágrimas como los niños, pero asomaron

al fin á sus ojos y cayeron por sus mejillas. Una tras otra cayeron lentamente, como las gotas de agua que se filtran á través de una piedra; y rebotaban en la curva oscilante de su pecho. Mirando á todos resuelta y valiente, pálido y rígido el rostro, se mantuvo erguida, con la esperanza de que no la vieran llorar.

Pero la condesa, notándolo, hizo al conde una señal. Encogióse de hombros el caballero, como si quisiera decir: «No es mía la culpa.»

La señora Loiseau, con una sonrisita maliciosa y triunfante, murmuró:

—Se avergüenza, y llora.

Las monjitas rezaban ya otra vez, habiendo arrollado en un papelucho el sobrante de longaniza.

Y entonces Cornudet—que digería los cuatro huevos duros—, metiendo sus largas piernas bajo el asiento frontero, reclinóse, cruzó los brazos, y sonriente, como un hombre que acierta con una

broma pesada, comenzó á canturrear *La Marsellesa.*

En todos los rostros pudo advertirse que no era el himno revolucionario del gusto de los viajeros. Nerviosos, desconcertados, intranquilos, removíanse, manoteaban; ya solamente les faltó aullar como los perros al oir un organillo.

Y el demócrata, en vez de callarse, amenizó el bromazo, añadiendo á la música su letra:

Patrio amor, que á los hombres encanta,
conduce nuestros brazos vengadores;
libertad, libertad sacrosanta,
combate por tus fieles defensores.

Avanzaba mucho la diligencia sobre la nieve, ya endurecida, y hasta Dieppe, durante las eternas horas de aquel viaje, sobre los baches del camino, bajo el cielo pálido y triste del anochecer, en la obscuridad lóbrega del coche, proseguía con una obstinación rabiosa el canturreo vengativo y monótono, obligando á sus irascibles oyentes á rimar sus crispaciones con la medida y los compases del odioso cántico.

Y como la moza lloraba sin cesar, á veces un sollozo, que no pudo contener, mezclábase con las notas del himno entre las tinieblas de la noche.

ESPECULACIONES AMOROSAS

QUÉ se hizo Leremy?

—Es capitán en el sexto de dragones.

—¿Y Puisón?

—Suprefecto.

—¿Y Racollet?

—Murió.

Buscábamos otros nombres que nos recordaran á los compañeros de nuestra juventud á los cuales no habíamos visto en muchos años.

A otros los encontrábamos con frecuencia, ya calvos ó encanecidos, con mujer propia y abundante familia, cosa que nos estremecía desagradablemente, mostrándonos cuán frágil es la existencia y cuán pronto cambia y envejece todo.

Mi amigo preguntó:

—¿Y Prudencio, el gran Prudencio?

Lancé una especie de alarido:

—¡Ah! En cuanto á ese... La historia es larga. Escucha. Estaba yo, hace cuatro años, haciendo la visita de inspección en Limoges, y mientras aguardaba la hora de comer me aburría solemnemente, sentado en el café de la plaza del Teatro. Los comerciantes entraban por grupos de dos, tres ó cuatro, á tomar el vermut ó el ajenjo, hablando en voz alta de los negocios, riendo estrepitosamente, bajando el tono para comunicarse cosas importantes ó delicadas.

Yo me decía: «¿Qué haré después de comer?» Y me horrorizaba pensando en lo interminables que resultan las noches en una provincia, en el vagar pausado y siniestro á través de las calles desconocidas, en la tristeza abrumadora que al viajero solitario comunican los transeuntes, extraños á él en todo y por todo: por la hechura del traje, por la forma del sombrero, por sus costumbres y por su pronunciación; tristeza penetrante que se desprende también de las casas, de las tiendas, de los coches, de los ruidos ordinarios del tráfico; tristeza desgarradora que nos hace apresurar poco á poco el paso, como si estuviésemos perdidos en un país peligroso y opresor, que nos hace desear el hotel, el abominable hotel, cuyas habitaciones guardan un vaho pestilente, cuyo lecho hace reflexionar y estremecer, cuyos lavabos conservan cabellos y grasa de otros huéspedes.

Pensando en todo esto, veía encender las luces de gas y sentía en aumento mi desolación y angustia á medida que cerraba la noche. ¿Qué haría yo después de comer? Me hallaba solo, enteramente solo y despistado.

Un señor gordo fué á sentarse junto á la mesa próxima, y ordenó con voz formidable:

—Mozo, mi witter.

El *mí*, sonaba en la frase como un cañonazo. Comprendí en seguida que todo era suyo, muy suyo en la existencia, y no de otro; que tenía *su carácter, su apetito, su pantalón, su «no importa qué»*, de un modo especial, absoluto, propio, más completo que cualquiera. Luego, miró en torno, con expresión de hombre satisfecho. Le trajeron su witter, y pidió:

—Mi periódico.

Yo me preguntaba: «¿Cuál puede ser su periódico?» El título bastaría para revelarme sus opiniones, sus teorías, sus principios, sus manías y sus simplezas.

El mozo le llevó *El Tiempo* y quedé sorprendido, porque *El Tiempo* es un diario serio, doctrinal, reposado. Y pensé: «Será un hombre prudente de

buenas costumbres, de hábitos regulares, un buen burgués al fin.»

Montó en su nariz sus lentes de oro, y antes de

comenzar su lectura, extendió de nuevo la mirada en torno suyo. Reparando en mí, se puso á examinarme con tal insistencia que ya me iba cargando; y me disponía á interrogarle duramente cuando exclamó:

—¡Caracoles! Me parece tener delante á Gontran Lardoys.

Le respondí:

—Sí, caballero; soy ese que usted nombra.

Se levantó bruscamente, acercándose con los brazos extendidos.

—¡Tanto tiempo sin verte! ¿Cómo estás?

Algo sorprendido, sin reconocerle, dije:

—Bien... gracias... ¿Y usted?

Soltó la carcajada.

—Juraría que no me recuerdas.

—No... la verdad... Y sin embargo, me parece..

Me puso una mano en el hombro.

—Basta de bromas. Yo soy Prudencio Robert; soy tu amigo, tu camarada.

Entónces le reconocí y le estreché las manos que me tendía.

—¿Y tú, cómo estás?

—Yo, divinamente. ¿Qué haces por aquí?

Le dí cuenta de mi visita de inspección.

—¿No estarás descontento de tu suerte?

—No del todo, ¿y tú?

Con aire de triunfo me respondió:

—Yo estoy como el pez en el agua.

—¿A qué te dedicas?

—A los negocios.

—¿Ganas mucho dinero?

—Mucho; estoy muy rico. Mañana si quieres te daré de almorzar en mi casa, calle del Gallo, número 17. Ya verás qué instalación.

Creí verle dudar un momento; luego prosiguió:

—¿Eres tan alegre como antes?

—No he variado.

—¿Ni te casaste?

—No.

—Hiciste bien. ¿Y te gustan como siempre los jolgorios y las patatas?

Me iba resultando deplorablemente vulgar. A pesar de todo, le respondí:

—Me gustan como siempre.

—¿Y las guapas mozas?

—Más que nunca.

Rióse muy satisfecho, y dijo:

—Mejor que mejor. ¿Recuerdas nuestra primera locura en Bordeaux? ¡Qué noche! En efecto, recordé aquella y otras posteriores. Reimos. El golpeaba la mesa con los puños; yo le pregunté bruscamente:

—¿Y tú no te casaste?

—Sí, hace diez años; y tengo cuatro criaturas hermosísimas. Ya las verás mañana y á su madre también.

Hablábamos á voces; los parroquianos del café nos observaban sorprendidos.

De pronto mi amigo miró la hora en su reloj, un cronómetro inmenso, y exclamó:

—¡Caracoles! Mucho lo siento, pero necesito dejarte, porque tengo que hacer esta noche.

Se levantó estrechándome las manos, y sacudiéndolas como si quisiera arrancarme los brazos, dijo:

—Hasta mañana, ya lo sabes; á medio día.

Pasé la mañana trabajando con el interventor de Hacienda, que me convidó á almorzar; pero le dije que tenía cita con un amigo. Salió acompañándome y le pregunté:

—¿Sabe usted dónde está la calle del Gallo?

—Sí, está un poco lejos; yo le guiaré.

Y nos pusimos en camino.

Era una calle ancha, hermosa, que se abría en un extremo de la ciudad. El número 17 correspondía á una especie de hotel con jardín. La fachada, adornada con frescos al estilo italiano, me pareció de mal gusto. Veíanse diosas reclinadas sobre urnas, otras entre nubes que ocultaban sus íntimas bellezas. Dos amorcillos de piedra sostenían el número.

—Esta es la casa.

Sorprendido al oirme, el interventor de Hacienda

hizo un gesto brusco y singular, pero no dijo nada, estrechando la mano que yo le ofrecí.

Llamé. Salió una criada.

—¿El señor Robert, vive aquí?

—¿Desea usted hablarle?

—Sí.

El vestíbulo estaba elegantemente adornado con pinturas debidas al pincel de un artista local. Pablo y Virginia se besaban á la sombra de las palmeras bañadas en rojiza claridad. Un farol oriental y antipático, pendía del techo. Varias puertas estaban ocultas bajo cortinajes llamativos.

Pero lo que más me chocaba de todo, era el olor. Un olor nauseabundo y perfumado, que recordaba los polvos de arroz y el moho de las cuevas. Un olor indefinible en una atmósfera pesada, abrumadora, como la de las estufas. Subí, siguiendo á la criada, por una escalera de mármol, revestida con una alfombra de género oriental, y me introdujeron en un salón suntuoso.

Solo ya, miré lo que me rodeaba. Los muebles eran ricos, pero no elegantes, y denotaban una presunción excesiva. Grabados del siglo XVIII representando mujeres muy peinadas y casi desnudas, sorprendidas en actitudes interesantes por caballeros galanteadores; una señora echada en un lecho desordenado daba con el pie á un perrillo envuelto entre las sábanas; otra resistía dulcemente á su amante cuya mano se ocultaba debajo de los vestidos; un dibujo presentaba cuatro pies, cuyos cuerpos se adivinaban, ocultos detrás de una cortina. El salón estaba rodeado de anchos y muelles divanes y todo él impregnado en el olor enervante y molesto que me dió en las narices desde el vestíbulo. Algo de sospechoso y repugnante se revelaba en los muros, en las colgaduras, en los muebles, en todo.

Me acerqué á la ventana para mirar al jardín que se extendía á espaldas del hotel. Era grande, bien sombreado y soberbio. Un ancho paseo rodeaba un macizo de verdura, en cuyo centro había un surtidor.

De pronto, entre los arbustos, aparecieron tres damas, andando lentamente, cogidas por el brazo, cubiertas con largos peinadores blancos llenos de encajes.

Dos eran rubias, y la otra morena. Luego volvieron á desaparecer entre los árboles. Quedé sobrecogido, encantado ante aquella breve y agradable aparición, que hizo surgir en mí todo un mundo poético. Se habían mostrado apenas, á una conveniente luz entre los verdores del ramaje, en el jardín secreto y delicioso, evocando en mi memoria las

hermosas damas del siglo XVIII que vagaban á la sombra de los álamos, aquellas hermosas damas, cuyos ligeros amores producían los galantes grabados del salón. Y envidié aquel tiempo dichoso, florido, espiritual y tierno en que las costumbres eran tan plácidas y las caricias tan fáciles...

Una voz atronadora me hizo estremecer. Prudencio había entrado en la sala, radiante como siempre, y me tendía las manos. Mirándome á los ojos, con solapada expresión, propia de ciertas confidencias, y haciendo un gesto napoleónico, me hizo reparar en su lujo, en su jardín y en las tres mujeres que volvieron á dejarse ver; luego con voz triunfante y llena de orgullo, exclamó:

—¡Quién diría que todo esto lo empecé con mi esposa y mi cuñada solamente!

LA DOTE

A nadie sorprendió el matrimonio de Simón Lebrumet, notario, con Juanita Cordier. El señor Lebrumet, estaba en tratos con el señor Papillon para que le traspasara la notaría. Claro que necesitaba dinero; y la señorita Cordier tenía una dote de trescientos mil francos, disponibles, en billetes de Banco y en títulos al portador.

Lebrumet era bien parecido, agradable, gracioso; todo lo gracioso que puede ser un notario, pero gracioso á su manera, cosa extraña en Boutigny-le-Revours.

La señorita Cordier, tenía la frescura y el atractivo de los pocos años; frescura un poco basta, campesina, y atractivo provincial; pero, en conjunto, era una bonita muchacha, bastante apetecible.

La ceremonia del casamiento puso en conmoción á todo Boutigny.

Fueron muy admirados los novios cuando volvían á ocultar su dicha bajo el techo conyugal, decididos á irse luego algunos días á París, después de saborear las dulzuras del matrimonio en el retiro de su casa.

Y los primeros aleteos de su amor fueron verdaderamente seductores, porque Lebrumet supo tratar á su esposa con una delicadeza, una ternura y un acierto incomparables. Era su divisa: «*Todo llega para quien sabe aguardar.*» Supo, al mismo tiempo, ser prudente y decidido. Así triunfó en toda la línea, consiguiendo en menos de una semana, que su esposa le adorase.

Juana ya no sabía vivir sin él; no se apartaba de

su lado un solo instante, agradeciéndole sus caricias. El se la hubiera comido á besos; la sobaba las manos, la barba, la nariz... Ella, sentada sobre sus rodillas, le cogía por las orejas, diciéndole:

—Abre la boca y cierra los ojos.

Simón abría la boca, satisfecho, entornaba los párpados y recibía un beso dulce, sabroso, largo, que le cosquilleaba en todo el cuerpo.

Les faltaban ojos, manos, bocas, tiempo; les faltaba todo para realizar las múltiples caricias que imaginaban.

* * *

A los pocos días, el notario dijo á su mujer:

—¿Quieres que vayamos á París mañana? Como dos amantes, recorremos los teatros, los restaurants, los cafés cantantes, los merenderos con gabinetes reservados al amor clandestino...

Ella saltaba de gozo.

—Sí, sí, sí; vayamos lo más pronto posible.

El prosiguió:

—Como es necesario atender á todas las cosas, le dirás á tu padre que hoy mismo te haga entrega de tu dote. Lo llevaremos, para pagarle al señor Papillon el traspaso de la notaría.

Ella, convencida, respondió:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—No tengas cuidado; ahora mismo, si quieres.

El beso que los unió estrechamente no acababa nunca.

Y al otro día, el padre y la madre de la novia los despidieron en la estación del ferrocarril.

El viejo razonaba:

—Me parece una imprudencia llevar tanto dinero en el bolsillo. Se os puede perder la cartera, os pueden robar...

Y el joven yerno sonreía:

—Tranquilícese usted. Estoy muy acostumbrado á llevar sobre mí valores. Ya sabe que los notarios nos vemos obligados á manejar las fortunas de los clientes, y con frecuencia viajamos con un millón en los bolsillos. Vale más hacerlo así; cuesta menos tiempo, menos molestias y se ahorran los giros. Tranquilícese usted.

Un mozo de la estación gritaba:

—¡Señores viajeros, al tren!

El matrimonio subió á un vagón en el cual había dos viejas.

Lebrumet murmuró al oído de Juana:

—¡Qué aburrimiento! No podré fumar.

Ella respondió:

—Tampoco me divierte la compañía; ya comprenderás el motivo...

Silbó la locomotora y el tren se puso en marcha. El trayecto era corto, y los novios apenas hablaron, aburridos de ver á las dos viejas con los ojos muy abiertos. No podían permitirse ninguna libertad.

Llegados á la estación, el notario dijo á su mujer:

—Si te parece, almorzaremos ahora en el bulevar, y luego volveremos tranquilamente á recoger el equipaje para dejarlo en el hotel.

A ella le pareció magnífico el proyecto.

—Sí, sí; almorzaremos en un restaurant. ¿Está muy lejos?

El respondió:

—Sí, está un poco lejos. Pero el ómnibus lleva descansadamente á todas partes.

Juana se permitió advertirle:

—¿No sería más cómodo un coche?

Y él gruñía, sonriendo:

—¡Un coche! ¡lo más caro! Por cinco minutos, ¡un coche! Hay que hacer economías.

—Tienes razón—contestó la mujer un poco avergonzada.

Avanzaba un ómnibus, al trote de los caballos; Lebrumet gritó:

—¡Conductor! ¡eh! ¡conductor!

El pesado vehículo se detuvo, y el joven notario, empujando á su mujer, le dijo rápidamente:

—Anda, entra en el interior; yo iré arriba para fumar siquiera un cigarrillo antes de que almorcemos.

Juana hubiera querido responderle, pero no pudo; el conductor, cogiéndola de un brazo, la embutió en el coche, y ella se vió de pronto sentada, mirando con asombro, por la ventanilla de atrás, los pies de su marido que se encaramaba en la imperial.

Quedóse inmóvil, sobrecogida, entre un señor gordo que olía desagradablemente á pipa sucia, y una vieja que apestaba también.

Los demás viajeros, alineados y silenciosos, eran: un dependiente de ultramarinos, un sargento de infantería, un caballero con lentes de oro y sombrero de alas enormes abarquilladas como canales, dos señoras cuya expresión altanera y arisca parecía decir: «estamos aquí, pero valemos infinitamente más que ustedes», tres hermanas de la caridad, una mocita y un enterrador; todos parecían caricaturas de un museo grotesco, de una serie de reproducciones irónicas del rostro humano, semejantes á las filas de muñecos en los «pimpampum» de las ferias.

La trepidación del coche sacudía sus cabezas haciendo retemblar sus lacias mejillas, y el ruido de las ruedas, aturdiéndolos, hacíales parecer idiotizados ó adormecidos.

Juana, inmóvil, decía para sí: «¿Por qué no ha entrado conmigo? ¿Tanto le apremiaba el deseo de fumar?»

Y una tristeza vaga la invadía.

Las hermanas de la caridad hicieron al conductor una seña para que mandase parar el ómnibus.

«Es más lejos de lo que yo supuse»—pensaba la novia.

Bajó el enterrador, y ocupó su asiento un mozo de cuadra, que olía—y no á rosas. Al irse la mozuela, entró un mozo de cordel apestando á sudor agrio.

Juana sentía cansancio, inquietud, disgusto, ganas de llorar, sin saber por qué.

Se apearon más viajeros y subieron otros; el ómnibus recorría calles y calles, deteniéndose de cuando en cuando en una estación.

«¡Qué lejos vamos!»—pensaba la novia—. «¿Se habrá distraído Simón? ¿Se habrá dormido? ¡Estaba hoy tan fatigado!»

Poco á poco fuese quedando sola. El conductor dijo:

—¡Vaugirard!

Y como la viajera no se movía, repitió:

—¡Vaugirard!

Entonces Juana comprendió que á ella se dirigía el empleado, quien al verla inmóvil, dijo por tercera vez:

—¡Vaugirard!

La novia no pudo contener esta pregunta:

—¿Dónde estamos?

Y el conductor malhumorado, contestó:

—Estamos en Vaugirard; lo he dicho veinte veces.

—¿Falta mucho para el bulevar?

—¿Qué bulevar?

—El de los Italianos.

—¡Apenas hace tiempo que pasamos por él!

—¡Oh! ¿Tiene usted la bondad de avisar á mi marido?

—¿Su marido? ¿Cómo?

—Está en la imperial.

—En la imperial no hay nadie.

Juana tembló espantada.

—¿Es posible? Yo le vi subir. Mire usted, por favor. Está, sin duda.

El empleado contestó groseramente:

—Basta de músicas; para cada hombre que pierdas, encontrarás diez. Al avío. Se acabó; en la calle hay muchos hombres; no te será difícil agarrarte á otro.

Con lágrimas en los ojos la novia insistía:

—Le aseguro á usted que se equivoca; no puede haberse ido; es mi esposo; llevaba una cartera debajo del brazo.

El conductor se puso á reir.

—Un caballero con una cartera, sí; en la Magdalena se apeó. Bien te ha plantado. Já... já... já...

Juana bajó del coche, y no pudiendo convencerse de lo sucedido, dirigió los ojos instintivamente á la imperial. No había nadie.

* * *

Rompió á llorar, y sin tener presente que la miraban, que la oían, dijo en alta voz:

—¿Qué será de mí ahora?

El inspector se acercó preguntando:

—¿Qué sucede?

Y el conductor le dijo con mucha guasa:

—Que se le ha escapado á esta señora... *su marido*, en el trayecto.

—Está bien. Andando.

Y volvió la espalda.

Entonces la novia se alejó de allí, demasiado despavorida y demasiado desesperada para comprender lo que la ocurria. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? ¿Cómo fué posible aquel error, aquel olvido,

aquel desprecio, aquella inverosímil distracción?

Sólo llevaba dos francos en el bolsillo. ¿A quién dirigirse? De pronto recordó á su primo Barral, jefe de sección en el Ministerio de Marina.

Tenía lo suficiente para una carrera de coche; tomó el primero que pasaba desalquilado, y se hizo conducir á casa de su primo. Cuando ella entraba, él salía, encaminándose al Ministerio. Llevaba, como Lebrumet, una cartera debajo del brazo.

Juana se apeó gritando:

—¡Enrique!

El se detuvo asombrado.

—¡Juana! ¿Tú aquí? ¿Sola? ¿Qué haces? ¿Qué ocurre? ¿Cómo vienes?

Ella balbució llorando:

—Acabo de perder á mi marido.

—¿Perderlo? ¿Dónde?

—Sobre la imperial de un ómnibus.

—¿En un ómnibus? ¡Oh!

Entre sollozos, Juana refirió su aventura.

El primo escuchaba, reflexionando, y preguntó:

—¿Estaba sereno esta mañana?

—Sí.

—¿Llevaba mucho dinero en el bolsillo?

—En una cartera, mi dote.

—¡Ah! ¿Tu dote?

—Sí; veníamos á pagar el traspaso de la notaría.

—Pues bien; tu marido, á estas horas, ya está camino de Bélgica.

Ella no comprendía por qué, y sollozó:

—¿Mi marido?... ¿Camino de Bélgica?

—Te ha estafado la dote. Ha huído con todo tu dinero. La cosa es clara.

Ella quedó en silencio, sofocada y aturdida; luego murmuró:

—¡Es... es... es un miserable!

Desfalleciendo, cayó en los brazos de su primo.

Como llamaban la atención de los transeuntes, que ya se detenían para observarlos, él, suavemente, la condujo hacia su casa, y la hizo subir la escalera.

La criada que les abrió la puerta, muy sorprendida, recibió este recado:

—Corre al restaurant, di que traigan pronto dos cubiertos. Hoy no iré á la oficina.

EL BIGOTE

Solles.—Lunes 30 de Julio de 1883.

Mi querida Lucía: Nada nuevo me ocurre. Vivimos en la sala, viendo llover. Como salimos apenas con un tiempo tan malo, nos distraemos haciendo comedias.

¡Qué tontas me parecen las piececitas para salón del repertorio actual! Todo es inverosímil, grosero y pesado. Los chistes, como balas de cañón, lo destruyen todo. Nada ingenioso, natural, alegre ni elegante. Los escritores que hacen tales cosas, desconocen la sociedad, ignoran cómo pensamos y cómo hablamos. Me parecería bien que despreciaran nuestras costumbres, nuestros modales y nuestras convenciones; pero me parece mal que los desconozcan. Para echárselas de irónicos y sutiles, hacen juegos de palabras que avergonzarían á un cuartel; para mostrarse vivos y graciosos, recurren

á las frases de cervecería que los bohemios repiten hace medio siglo; siempre las mismas paradojas más ó menos juveniles.

El caso es que, para distraernos, hacemos comedias. Como no hay más que dos mujeres, mi marido hace papeles de criada, para lo cual se afeitó. ¡No puedes imaginarte cómo cambia eso! No le reconozco... ni de día ni de noche. Si no se dejara crecer el bigote inmediatamente, creo que yo le sería infiel; ¡tanto me disgusta verle afeitado!

Verdaderamente, un hombre sin bigote, no es un hombre. No me gusta la barba, que suele dar un aspecto de poco pulido; pero el bigote, ¡oh!, el bigote me parece indispensable para una fisonomía varonil. No puedes imaginarte hasta qué punto esa especie de cepillo, puesto sobre el labio superior, es útil, favorece la fisonomía varonil, y las... relaciones matrimoniales. Se me ocurren, acerca del asunto, una porción de reflexiones que apenas me atrevo á escribir. Te las comunicaría de buena gana... pero

muy en secreto. ¡Es tan difícil encontrar frases para decir por escrito ciertas cosas! Algunas, imposible; no pueden indicarse con otras análogas; y son tan... brutales, que no me atrevo á escribirlas. El asunto

es tan difícil, tan delicado, tan escabroso, que se necesitarían muchos conocimientos para desenvolverlo sin peligro.

En fin; ¡peor para ti si no me comprendes! Procura leer entre líneas.

Al ver á mi marido afeitado, comprendí al momento que nunca me permitiría yo fragilidades con un cómico ni con un misionero. Luego, al hallarme sola con mi marido, fué peor. ¡Ay!, no te dejes besar por un hombre sin bigote; sus besos no tienen sabor alguno; son insípidos, absolutamente insípidos. Les falta el encanto, la suavidad... el cosquilleo... el excitante del verdadero beso; el bigote, Lucía, es la pimienta en ese guiso amoroso.

Figúrate que te aplican á los labios un pergamino seco... ó húmedo. Así es la caricia de un hombre afeitado. No produce ningún efecto...

¿Y en qué consiste la seducción del bigote?, preguntarás. ¿Lo sé yo acaso? Por de pronto, hace unas cosquillas deliciosas. Se le siente, rozando la cara, y hace vibrar todo el cuerpo, hasta los talones. En el bigote hallamos el sabor de la caricia, el estremecimiento que sacude la piel, que agita los nervios y que nos arranca una ligera exclamación... «¡Ah!...» Como si tuviésemos calor y frío á un tiempo.

¿Y en la nuca? ¿Sabes el efecto que produce un bigote rozando la nuca? Embriaga y crispa; su impresión hace sacudir los hombros, encoger el cuerpo, inclinar la cabeza; se quiere huir y se desea continuar sintiéndolo; es irritante y adorable. ¡Un encanto!

Y luego... No, eso no lo digo. Un marido que te quiera, que te adore, que se preocupe de tu felicidad, encuentra muchos rinconcitos donde poner sus besos, muchos rinconcitos que tú misma desconoces en ti.

Pues bien; sin bigote no hay detalle ni delicadeza que subyugue; todo pierde su especial sabor... Explícatelo como puedas. Yo me lo explico así: Un labio sin bigote, me parece un cuerpo desnudo, y siempre hace falta ropa que nos cubra; poquita si quieres, pero algo hace falta.

El Creador ha cuidado bien de cubrir todos los refugios que nuestra carne ofrece al amor. Una boca sin bigote, me parece un bosque arrasado, alrededor de una fuente, donde nos agradaba dormir y beber á la sombra.

Esto me recuerda una frase (de un hombre político), una frase fijada en mi cerebro hace tres meses. Mi marido, que no deja nunca de ver los periódicos, me leyó un discurso del ministro de Agricul-

tura, en el cual se decía: «No hay patriotismo sin agricultura». Yo declaro también que «no hay amor sin bigote». Parece cosa extraña, ¿no es cierto? ¡No hay amor sin bigote!

«No hay patriotismo sin agricultura»—decía el ministro—; y ahora comprendo que tenía razón.

Desde otro punto de vista, el bigote adquiere también importancia; da carácter á la fisonomía. El hombre que lleva toda la barba, oculta la mitad de su rostro. El hombre que usa bigote solamente, sin perder su aspecto varonil, descubre toda su cara.

¡Y qué diferencia entre unos y otros bigotes! Los hay puntiagudos como alfileres, amenazadores; esos indican tendencias al vino, á los caballos y á las batallas.

Los hay enormes, caídos, horrorosos; y éstos revelan, por lo general, un carácter excelente, una bondad rayana en flaqueza, una ternura que puede llegar á timidez.

Recuerdo una cosa que me hizo llorar mucho y que, al mismo tiempo, ha influído en la simpatía que me inspira el bigote.

Yo era niña, y vivíamos aquí durante la guerra. Hubo un encuentro á poca distancia de nuestra posesión. Oyéronse disparos durante muchas horas; por la tarde, un coronel alemán se instaló en casa;

pero á la mañana siguiente se fué. Avisaron á papá que había muchos cadáveres en los campos, y los mandó recoger. Poníanlos mirando al cielo, unos junto á otros, en el paseo de los Cipreses, á medida que los iban trayendo; y como empezaban á oler, echaron tierra sobre sus cuerpos mientras abrían una fosa grande. Sólo se veían las cabezas, como si brotasen del suelo, amarillas y con los ojos cerrados.

Quise verlos, y al pasar entre aquellas dos filas de rostros horribles, creí desmayarme. Luego, los examiné uno á uno, imaginando qué habrían sido aquellos hombres. No pudiendo ver los uniformes, cubiertos por la tierra, en seguida conocí á los franceses ¡en los bigotes! Algunos habíanse afeitado sin duda poco antes del combate, y todos llevaban el bigote solo y crecido, que parecía decir: «No me confundas con el enemigo barbudo, muchacha; yo soy tu hermano».

Lloré. ¡Ah!, lloré mucho ante los franceses muertos...

Hago mal en recordarlo ahora. Ya me puse triste y no puedo seguir mis divagaciones amorosas.

Adiós, Lucía; toma un beso, de todo corazón.

¡Vivan los bigotes!

JUANA

LA CAMA NÚMERO 29

CUANDO el capitán Epivent pasaba por la calle, todas las mujeres volvían la cabeza para verle. Ofrecía el verdadero prototipo del gallardo oficial de húsares. Por esto se pavoneaba y estiraba, siempre orgulloso y preocupado por sus movimientos, por sus formas, por sus bigotes. Y eran admirables en verdad sus bigotes, sus formas y sus movimientos. Los bigotes del capitán eran rubios, abundantes y largos, rizándose á uno y otro lado de la boca, para rematar en dos guías pronunciadas y gruesas; la cintura era delgada, como si llevase corsé, mientras el abultado pecho, masculino, ancho y saliente, denotaba fuerza y vigor; las piernas, de admirable corrección, parecían las de un gimnasta ó de un bailarín, dibujando su perfecta musculatura en todos los movimientos á través del pantalón rojo, ajustado

Andaba con ese balanceo propio de los jinetes, que separan las piernas y los brazos meciendo el torso; ese balanceo que da un aire conquistador al uniforme y hace más vulgar una levita.

Como no pocos militares, el capitán Epivent vestía malamente de paisano. Envuelto en un traje gris ó negro, parecía un dependiente de comercio. Pero de uniforme, triunfaba. Tenía una hermosa cabeza; la nariz, corta y fina; los ojos, azules; la frente, estrecha. Era calvo, sin haberse podido explicar nunca las causas de que se le cayeran los cabellos. Consolábase pensando que, teniendo grandes bigotes, no hace mala figura un cráneo algo desnudo.

Despreciaba en general á todo el mundo; pero tenía varios grados en su desprecio.

Desde luego para él no existían los burgueses. Los miraba como se miran los animales domésticos, y no les concedía más importancia que á los gorriones y á las gallinas. Solamente los militares eran personas atendibles; pero no sentía por todos igual estimación. No respetaba más que á los buenos mozos, creyendo que la sola virtud militar era la arrogancia. Imaginábase al soldado, forzudo, emprendedor y resistente, ¡qué demonio!, un hombre creado para enamorar y pelear. Clasificaba los generales del ejército francés por su estatura, por su porte, por el aspecto rudo y áspero de su rostro. A Bourbaki le juzgaba el mayor guerrero de los tiempos modernos.

Reíase mucho de los oficiales de infantería, bajos y gruesos, que resoplan andando; pero, sobre todo, sentía un invencible desprecio, rayano en repugnancia, por los pobres diablos, enclenques, salidos de la Escuela Politécnica, esos hombrecitos flacos y con lentes, encogidos y desgalichados, que son tan propios para vestir el uniforme como los conejos para decir misa—en opinión del capitán—. Y le indignaba que se tolerasen en el ejército esos

abortos, con las piernas delgadas, que andan como langostinos, que no beben alcoholes, que apenas comen, y que son más aficionados á las ecuaciones que á las mozas.

El capitán Epivent era un conquistador famoso, y triunfaba entre el bello sexo.

Cada vez que cenaba en compañía de una mujer, estaba seguro de pasar la noche con ella en dulce aventura; y si obstáculos invencibles lo impedían de momento, no dudaba de hallar «la continuación en la noche siguiente». Sus compañeros le ocultaban sus queridas, y los comerciantes de tienda que tenían mujeres hermosas le conocían, le temían y le odiaban rabiosamente.

Cuando pasaba el capitán, las tenderas cambiaban con él, involuntariamente, á través de los cristales del escaparate, una de esas miradas más significativas que las frases amorosas, una de esas miradas reveladoras de una pregunta y de una respuesta, de un deseo y de una confesión. El marido, instintivamente avisado y receloso, levantaba la cabeza para clavar los ojos irritados en el perfil correcto y arrogante del capitán; y cuando éste se alejaba, satisfecho de la impresión que producía, el comerciante, revolviendo nerviosamente los objetos que tenía delante, murmuraba:

—¡Cuándo acabaremos de mantener gandules! No saben más que pavonearse, arrastrando el sable. Yo, prefiero un carnicero á un militar; si lleva sangre en su blusa, es sangre de animales; desempeña un oficio útil y su cuchillo no está destinado á matar hombres. No comprendo cómo se tolera en los paseos á los enemigos de la humanidad, luciendo, pendientes de su cintura, las mortíferas armas. Es preciso que haya militares, ya lo sé; pero que los tengan ocultos; que no los vistan, como en una mascarada, con pantalones rojos y chaquetillas azules y doradas. ¿Los verdugos llevan uniforme?

La mujer, sin contestar, encogíase de hombros, mientras el marido, adivinando este movimiento sin verlo, proseguía:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—Es necesario ser muy estúpido para entusiasmarse con esas mojigangas.

La fama de conquistador que había logrado el capitán Epivent, era conocida en todo el ejército.

*
* *

Hacia 1868, estaba con su regimiento, el 102 de húsares, de guarnición en Rouen.

Pronto se dió á conocer en la ciudad. Iba todas las tardes, á eso de las cinco, al café de la Comedia, en la carrera de Boiëldieu, á tomar el ajenjo; pero antes de entrar en el café, daba un paseo por las calles para lucir su figura, su marcialidad y sus bigotes.

Los comerciantes, que paseaban también, con las manos cruzadas á la espalda, preocupados en sus negocios y hablando del alza y de la baja, le miraban al pasar, murmurando:

—¡Caramba! Qué figura tan arrogante.

Algún tiempo después, cuando le conocieron, decían:

—¡El capitán Epivent! Un gallardo mozo.

Las mujeres, al verle, hacían con la cabeza un movimiento particular, una especie de estremecimiento pudoroso, como si se hallaran débiles para resistirle, ó desnudas en su presencia. Bajaban los

ojos, dibujando una ligera sonrisa en los labios, con el deseo de parecerle agradables y de sentir sobre su cuerpo la mirada del capitán. Cuando éste paseaba con algún compañero, el compañero no dejaba de murmurar con manifiesta envidia, cada vez que se repetía igual maniobra:

—Ese maldito Epivent es muy afortunado.

Las mujeres entretenidas luchaban con encarnizamiento á ver cuál de ellas le conquistaría. Todas iban á la carrera de Boiëldieu á las cinco, la hora de los militares, de dos en dos, luciendo sus vestidos, arrastrando sus colas, mientras que, de dos en dos, tenientes, capitanes y comandantes, arrastraban sus sables antes de meterse en el café.

Pero una tarde, la encantadora Irma, cuyos lujos cargaban en las cuentas del señor Templier-Papon, rico fabricante, hizo parar su coche frente al café de la Comedia, y apeándose con la excusa de encargar en la tienda del grabador Paular papel de cartas y tarjetas de visita, lanzó al capitán Epivent una mirada, que decía: «cuando usted quiera», tan claramente, que el coronel Prune, saboreando una copa de Chartreusse, no pudo aguantarse, y le dijo á su teniente coronel:

—¡Demonio! Ese mozo tiene mucha suerte.

La frase del coronel fué repetida, y el capitán,

orgulloso del concepto emitido por su jefe, al día siguiente pasó varias veces bajo las ventanas de la hermosa.

La cual, viéndole, asomóse y sonrió.

Al anochecer, el capitán era el amante de Irma.

Se lucieron el uno al otro; se comprometieron mutuamente, satisfechos los dos de su aventura. En la ciudad no se hablaba de otra cosa, y aquellos amoríos eran asunto de todas las conversaciones. Sólo el señor Templier-Papon los ignoraba.

El capitán Epivent mostrábase radiante de gloria, y á cada momento repetía:

—Irma dijo anoche...

—Acaba de indicarme Irma...

—Comiendo ayer con Irma...

Durante más de un año desplegó con orgullo sobre Rouen aquellos amores como una bandera ganada al enemigo. Aquella conquista le había endiosado; estaba más seguro de su porvenir, de alcanzar la condecoración tan deseada; todo el mundo tenía los ojos fijos en él, y para él era muy agradable sentirse admirado.

***

Pero estalló la guerra, y el regimiento del capitán salió á campaña. Las despedidas fueron muy tristes. Duraron toda una noche.

El sable, los pantalones rojos, el quepis, el dormán juntos en el respaldo de una silla, cayeron al suelo; vestido, enaguas, medias de seda, cayeron también, mezclándose con las prendas del uniforme, todo en desorden. Irma, desolada, con el pelo destrenzado, enlazando entre sus brazos el cuello del capitán, desesperadamente, oprimíale frenética; luego le dejaba, y, llorando, se retorcía en el suelo; tiraba los muebles; arrancaba los flecos de las butacas; mordía las guarniciones, mientras el capitán, muy conmovido, pero inhábil para consolarla, repetía:

—Irma, cielo mío, ten calma, es forzoso.

Y de vez en cuando se frotaba los ojos para enjugar una lágrima.

Separáronse al amanecer. Ella siguió en coche á su amante hasta el primer alto. Allí le besó por última vez, casi en presencia de todo el regimiento. Lo cual produjo una impresión admirable; los camaradas, felicitando al capitán, le decían:

—¡Bravo! Es una mujer de corazón.

Rebosaba en todas aquellas manifestaciones una especie de patriotismo y de orgullo de clase.

***

El regimiento combatió mucho durante la campa-

ña. El capitán obtuvo, con su comportamiento heroico, la condecoración apetecida, y al terminar la guerra, volvió de guarnición á Rouen.

Al punto quiso tener noticias de Irma; pero nadie supo dárselas concretas.

Según unos, había corrido muchas aventuras con el Estado Mayor prusiano.

Según otros, habíase retirado á casa de sus padres, labradores de las cercanías de Ibetot.

El capitán hizo que su ordenanza viese en la alcaldía el registro de las defunciones. El nombre de su querida no estaba entre los de los muertos.

Sentía mucha tristeza, y no la ocultaba. Culpando al enemigo de su amorosa desgracia, y atribuyendo á los prusianos que habían invadido Rouen la desaparición de Irma, clamaba:

—Ya me lo pagarán esos miserables en la próxima guerra

Pero una mañana, cuando entraba en el comedor, á la hora de almorzar, un mandadero anciano, con blusa y gorra charolada, le dió una carta. El capitán abrióla y leyó:

«*Adorado mío: Estoy en el Hospital, muy enferma. ¿No quieres verme? Sería un placer grande para tu* IRMA».

El capitán palideció, emocionado, profundamente compadecido, y exclamó:

—¡Vive Dios! La pobrecita... Iré á verla inmediatamente.

Y mientras almorzaban, refirió á sus compañeros que Irma estaba en el Hospital; pero que la sacaría él de allí. Los prusianos tenían la culpa de todo. Ella debió encontrarse abandonada, sola, sin dinero, miserable, porque seguramente la despojaron de sus muebles y de sus joyas.

—¡Ah, los canallas!

Todos se emocionaban oyéndole.

Apenas hubo metido en el aro su servilleta arrollada, levantóse, recogió el sable, que había dejado en la percha, y echando el pecho fuera para reducir su cintura lo más posible, abrochó su cinturón, y se fué precipitado hacia el Hospital civil.

Pero le detuvieron á la puerta del establecimiento donde pensaba entrar de rondón, y vióse obligado á recurrir al coronel y darle cuenta de lo que sucedía, para que le recomendase al director del Hospital.

Este, después de hacer aguardar en la antesala mucho rato al arrogante capitán, le firmó un permiso, entregándoselo fríamente, acompañado de un desapacible saludo.

El capitán, desde la puerta, sentíase molesto en aquel asilo de la miseria, del dolor y de la muerte. Un mozo de servicio le guió.

Andaba de puntillas para no hacer ruido, atravesando largos pasadizos impregnados con hedores de moho, de enfermedad y de medicamentos. De cuando en cuando, un murmullo de voces turbaba el profundo silencio del Hospital.

Por algunas puertas abiertas, el capitán veía los dormitorios: muchas camas alineadas, cuyas ropas indicaban la forma de los cuerpos. Algunas convalecientes, sentadas junto á la cabecera, cosían, vestidas con el uniforme de tela gris y tocadas con una cofia blanca.

De pronto, su guía se detuvo ante una sala llena de enfermas, y en cuya puerta se veía, puesto con grandes letras, este rótulo: «Sifilíticas». El capitán se estremeció; luego ruborizóse. A la entrada, una enfermera preparaba un medicamento sobre una mesita.

—Yo acompañaré á usted. Es el núm. 29—dijo la enfermera.

Y echó á andar delante del capitán.

Luego añadió, señalando á una cama:

—Es aquélla.

No se veía más que un envoltorio de ropa; la

cabeza estaba también oculta bajo las sábanas.

En todas las camas alzábanse de los almohadones rostros pálidos, asombrados, que miraban el uniforme; rostros de mujeres, jóvenes ó viejas, que parecían todas horribles y vulgares bajo la humilde toca reglamentaria.

El capitán, que tenía su quepis en una mano y sujetaba el sable con la otra, muy turbado, murmuró:

—¡Irma!

Un rápido movimiento alzó las ropas de la cama, y apareció la cabeza de la moza, con las facciones tan fatigadas, tan descoloridas, tan flacas, tan cambiadas, que su amante no la reconoció.

Ella, jadeante, abrumada por la emoción, dijo:

—Alberto, Alberto... ¡Eres tú! ¡Ah!... Sí, sí, ¡eres tú!

Y brotaron lágrimas de sus pobres ojos.

Acercó una silla la enfermera:

—Siéntese usted, caballero.

Sentóse el capitán, mirando el rostro pálido y macilento de aquella mujer, á la que había dejado hermosa y fresca, y preguntóla:

—¿Qué has tenido?

Ella respondió llorando:

—Ya lo sabes, ya lo viste; lo dice claro el rótulo de la puerta.

Y escondió sus ojos bajo la sábana.

El capitán prosiguió, confuso, avergonzado:

—¿Y cómo has tenido eso?

Ella murmuró:

—Los cochinos prusianos. Me violaron y envenenaron mi sangre.

El no supo ya qué decir, y la miraba, haciendo girar el quepis sobre sus rodillas.

Las otras enfermas continuaban con los ojos puestos en él. Sentíase un hedor de podredumbre, de carne corrompida, un ambiente de infamia, en aquel dormitorio rebosante de mujeres atacadas por la enfermedad asquerosa y terrible.

Irma dijo:

—De ésta no salgo. El médico supone que la cosa es muy grave.

Luego, reparando en la condecoración que lucía en el pecho del oficial, exclamó:

—¡Ah! Ya tienes lo que deseabas; ¡me gusta! ¡Me gusta mucho! ¡Si yo pudiera besarte!...

Un estremecimiento de terror y de asco circuló por la piel del capitán á la sola idea de un beso.

Sólo deseaba salir de allí, respirar el aire libre, no ver á la moza; y, sin embargo, no se levantó, no sabiendo cómo despedirse. Después de un silencio angustioso, dijo:

—No te cuidaste, sin duda.

Irma, con los ojos encendidos, repuso:

—No; quise vengarme, aun á riesgo de morir. Y me vengué, pudriendo la sangre de muchos, de los más que pude. Mientras hubo prusianos aquí no me quise poner en cura.

El capitán, algo turbardo y hasta cierto punto satisfecho, dijo:

—Hiciste bien, hiciste bien.

Ella, animándose, con los pómulos enrojecidos, prosiguió:

—Muchos morirán por mi causa, muchos. Yo te aseguro que mi venganza cayó sobre muchos.

El capitán levantóse, diciendo:

—Mejor que mejor.—Y después de un silencio: —Te dejo, porque me aguarda el coronel á las cuatro.

Ella, muy emocionada, exclamó:

—¡Tan pronto! ¡Me dejas tan pronto! ¡Si acabas de llegar!

El estaba decidido á irse á todo trance.

—Ya ves cómo vine al momento; pero es indispensable que á las cuatro me presente al coronel.

Irma preguntó:

—¿Es el mismo coronel Prune?

—Sí, el mismo. Le hirieron dos veces.

—Y de tus compañeros, ¿han muerto muchos?

—Muchos. Saint-Timon, Savagnat, Poli, Sapreval; Robert, de Courson, Parafil, Santal, Caravan y Pivrint, han muerto; Sahel quedó manco, y á Courvoisin hubo que amputarle una pierna; Paquet ha perdido el ojo derecho.

Ella le oía, interesándose mucho; luego, de pronto, balbuceó:

—Bésame antes de irte; ahora que la enfermera no mira.

Y él, á pesar de la repugnancia que sentía, puso en aquella frente pálida sus labios contraídos por el terror, mientras ella, enlazándole con los bra-

zos, locamente, besaba el paño azul de su dormán.

Irma preguntó:

—¿Volverás, dime, volverás? Prométeme que volverás.

—Sí, te lo prometo.

—¿Cuándo? ¿El jueves?

—El jueves.

—A las dos.

—Bien; el jueves á las dos.

—¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

—Hasta el jueves, amor mío.

—Adiós.

Y se fué, abrumado por las miradas de todas las enfermas, encogiéndose para no ser tan visible.

Cuando estuvo en la calle, respiró.

*
* *

Por la noche, sus camaradas le preguntaron:

—¿Qué le ocurre á Irma?

El respondió, avergonzado:

—Tiene un catarro pulmonar, está muy grave.

Pero un teniente joven, sospechando alguna cosa, informóse, y al día siguiente, cuando el capitán entró en el comedor, fué recibido con una descarga de bromas y risas. Todos se vengaban al fin.

Súpose que Irma tuvo escandalosas relaciones con todo el Estado Mayor alemán; que recorrió toda la comarca en compañía de un coronel de húsares azules, y con otros muchos, y que la llamaban, por sus excesos, «la mujer de los prusianos».

Durante ocho días, el capitán fué la víctima del regimiento. Recibía por el correo interior referencias de médicos especialistas, recetas y hasta medicamentos indicados contra la enfermedad terrible.

Y el coronel, enterándose de todo, le dijo en tono severo:

—Bien, capitán; le felicito á usted por sus honrosas amistades.

A los doce días recibió una carta de Irma. La infeliz le rogaba que la viese; pero él, rompiendo la carta, no contestó.

Transcurrieron ocho días más, y ella volvió á escribir, avisándole que se moría sin remedio, y le rogaba que la viese por última vez.

Tampoco respondió el capitán.

Pasados algunos días, recibió la visita del capellán del Hospital. Irma Pavolín, agonizando, le suplicaba que la viese.

No se atrevió á negarse, y fué con el sacerdote;

pero entró en el Hospital rabioso, con la vanidad herida y el orgullo humillado.

No viéndola muy cambiada, pensó que le había engañado.

—¿Qué pretendes?

—Nada más decirte adiós... Voy á morir...

Pero él no lo creía.

—Por tu causa estoy siendo la burla de todos; no es posible continuar así.

Ella preguntó:

—¿Qué hice? ¿Cómo pude molestarte?

Irritóse mucho el capitán al sentir que le faltaba una razón poderosa para justificarse.

—No volveré; no pienses que vuelva; no cuentes conmigo; no me hagas con tus recados la mofa del regimiento.

Ella le contempló con sus ojos apagados, en los que asomaba la cólera, diciendo:

—¿Cómo pude molestarte? ¿No fuí siempre amante y generosa contigo? ¿Te pedí algo ni una sola vez? Sin ti, aún seguiría tan agasajada por Templier-Papon, en lugar de verme como ahora me veo. Si alguno de los dos puede reprochar algo, no eres tú; no eres tú. Yo sí...

El interrumpió violentamente:

—Nada te reprocho; pero no puedo seguir visitándote, porque tu comportamiento con los prusianos ha sido una vergüenza para toda la ciudad.

Sacando fuerzas de flaqueza, Irma incorporóse:

—¿Mi comportamiento con los prusianos? ¿No te dije que me violaron, que no me curé para vengarme? No me curé para pudrirlos á todos. Si yo hubiese querido cuidarme, no era difícil; pero más que mi salud me interesaba mi venganza; quise pudrirlos, matarlos, y he matado á muchos...

El capitán seguía de pie, y dijo:

—Bien, sí ..; pero no deja de ser vergonzoso.

Ella, sofocada y furiosa, repuso:

—¿Vergonzoso morir para exterminar á los enemigos? Dime... No hablabas como ahora cuando me conociste... ¡Ah! ¡Vergonzoso! Y te dieron una condecoración... ¡Yo la gané más que tú; hice más víctimas que tú; he matado más prusianos que tú!

El permanecía frente á Irma, dominado por violenta excitación.

—¡Cállate! ¡Calla! Ciertas cosas... no permito... No puedes hablar de ciertas cosas...

Pero ella, sin atenderle, proseguía:

—¡Mucho hicisteis vosotros contra los prusianos! ¿Me ocurriera nada si vosotros hubierais evitado que llegaran á Rouen? Contesta. Vosotros debíais impedir que llegaran. Y como no supisteis detener-

los, yo les hice más daño; yo, sí: les hice más daño con esa enfermedad, que vosotros con los fusiles... Yo muero, y tú sigues pavoneándote para conquistar mujeres...

En todas las camas alzábanse cabezas descoloridas, fijando los ojos asombrados en aquel militar que tartamudeaba, confundido bajo el peso de una irresistible acusación.

—¡Cállate!... No puedes hablar... No sabes... ¡Calla!...

Pero ella, sin atenderle, seguía vociferando:

—¡Ah! ¡Sí! Eres un buen mozo; ¡un figurín! Te conozco bien; te conozco bastante. Para lucirte, para enamorar... ¡bueno! ¡Contra las mujeres! Pero contra el enemigo. . ¡nada! ¿Qué daño les hicisteis? Llegaron aquí por vuestra culpa... Yo causé más víctimas á los prusianos que todo tu regimiento... Vete... ¡Marica!

Se fué huyendo precipitadamente, pasando entre las dos filas de camas, donde se revolvían las sifilíticas; y en sus oídos vibraba la voz terrible de la moribunda:

—He matado más que tú..., más que tú..., más que tú...

Bajó en cuatro brincos la escalera, y al llegar á su casa encerróse en su cuarto.

Al día siguiente supo que Irma había muerto.

EL CRIMEN DE BONIFACIO

AQUEL día, repasando la correspondencia el peatón Bonifacio, al salir de Correos, alegróse al calcular que su caminata sería más corta que de costumbre. A su cargo estaba toda la extensa campiña de Vireville, y al volver á su casa muchas noches, llevaba recorridos más de 40 kilómetros.

Aquel día, por ventura, el reparto era fácil; y sin apresuramientos, podría estar en su casa, descansado, á las tres de la tarde.

Saliendo por el camino de Seunemare, comenzó su correría, en pleno Junio, el mes verde y florido, el mes de los campos.

El peatón, con su blusa azul y su quepis negro galoneado de rojo, atravesaba por veredas angostas los campos de verduras, de avena ó de trigo, asomando menos de medio cuerpo sobre las mieses; su cabeza parecía flotar en un mar de espigas que una brisa ligera ondulaba.

Entrando por las puertas de las corralizas, generalmente sombreadas por dos filas de cipreses, saludaba por su nombre á cada campesino: «Buenos días, señor Chicot», y le alargaba su periódico, *Le Petit Normand*. El campesino se limpiaba la mano en el reverso de los pantalones, cogía el papel y se lo guardaba en el bolsillo, para leerlo tranquilamente después de comer, á medio día. El perro, atado á un manzano junto á un tonel que le servía de caseta, ladraba furiosamente haciendo esfuerzos para desasirse; y el peatón, sin volver la cabeza, emprendía su camino en apostura marcial, sujetando con el brazo izquierdo la cartera y balanceando el derecho al compás de sus largas zancadas.

Distribuía los periódicos y las cartas en el caserío de Seunemare, y luego, á través de los campos, le llevaba el correo al recaudador, que vivía en una casita aislada.

El nuevo recaudador, Chapatis, era recién casado y se había establecido allí ocho días antes.

Recibía un diario de París, y el peatón Bonifacio, cuando no tenía mucha prisa, daba un vistazo al impreso, antes de entregarlo al suscriptor.

Así, pues, como nada le apresuraba, sacó el periódico de la bolsa, y quitándole con cuidado de la faja, lo desdobló, leyéndolo andando. La primera

plana le interesaba poco; la política le dejaba frío; pasaba por encima los asuntos de Bolsa y Administración, pero las noticias y sucesos le apasionaban.

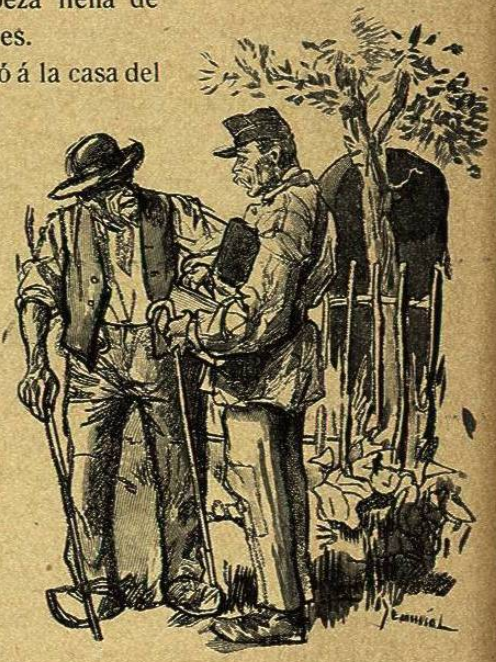
Había muchos de sensación aquel día. De tal modo le conmovió un crimen cometido en la barraca de un guarda campestre, que se detuvo en un campo de trébol para saborear los detalles de su lectura. Eran horrorosos. Un leñador, pasando muy de mañana por delante de la barraca, reparó en varias manchas de sangre que había junto á la puerta, como si le hubiera sangrado á uno la nariz. «El guarda habrá matado algún conejo esta noche», pensó; pero acercándose, observó que la cerradura estaba forzada.

Entonces corrió asustado para avisar al alcalde del pueblo, el cual se acompañó del algualcil y del maestro. Los cuatro, llegando á la barraca, encontraron al guarda degollado junto á la chimenea, á su mujer estrangulada en la cama, y una criatura de seis años que tenían, ahogada entre los colchones.

El peatón Bonifacio se impresionó de tal manera, pensando en aquel espantoso crimen cuyas terribles circunstancias imaginaba, que sintió un temblor en las piernas, y dijo en alta voz:

—¡Cristo! ¡Hay en el mundo personas muy canallas!

Luego volvió á meter el periódico en la faja y avanzó con la cabeza llena de visiones criminales.



En seguida llegó á la casa del recaudador Chapatis, y abriendo la reja del jardinillo, se acercó á la puerta.

Las habitaciones estaban todas en el piso bajo. El peatón subió los dos escalones de piedra, y echando mano al picaporte, se convenció de que la puerta estaba cerrada. Tampoco estaban abiertos los postigos de las ventanas, y esto le hizo suponer que nadie había salido aún de la casa.

Esta idea le intranquilizó, porque Chapatis, des-

de el primer día se levantaba temprano. Bonifacio sacó su reloj. Eran las siete y media; llegaba una hora más pronto que de costumbre. Sin embargo, extrañó que no se hubieran levantado los habitantes de aquella casa.

Anduvo en torno con muchas precauciones y sin hacer ningún ruido, como si temiera; nada encontró de particular, á no ser unas huellas de pisadas en un cuadro de fresas.

De pronto quedó inmóvil, petrificado por una terrible angustia, delante de una ventana. Oía gemidos apagados.

Decidiéndose, acercóse más, pasando por encima de unos tomillos, y aplicó una oreja á los cristales. No había duda; eran gemidos, y percibía después claramente suspiros dolorosos, un estertor, un rozamiento de lucha brazo á brazo. Los gemidos aumentaban, se repetían, acentuándose más; ya eran gritos agudos.

Entonces Bonifacio, seguro de que allí se cometía un crimen, corrió desesperadamente, atravesando el jardín, lanzándose á través de la llanura, á través de las mieses, corrió cuanto pudo hasta llegar extenuado, palpitante, frenético, á la casa-cuartel de los gendarmes.

El sargento Malantour arreglaba una silla rota,

clavándola algunas puntas con un martillo. El gendarme Bautier sostenía el mueble averiado y ponía la punta en el sitio donde hacía falta, esperando el martillazo del sargento, que algunas veces le daba en los dedos.

En cuanto los vió el peatón, gritó:

—¡Corriendo! ¡Asesinan al recaudador! ¡Corriendo! ¡Corriendo!

Los dos hombres interrumpieron su trabajo y levantaron la cabeza, mostrando en sus rostros la expresión de personas que se ven de pronto molestadas.

Bonifacio, creyéndolos más sorprendidos que apresurados, insistió:

—¡De prisa! ¡Los criminales aún están allí! ¡He oído los ayes de las víctimas! ¡Aún es tiempo!

El sargento, dejando el martillo, preguntó:

—¿Quién te ha comunicado el suceso?

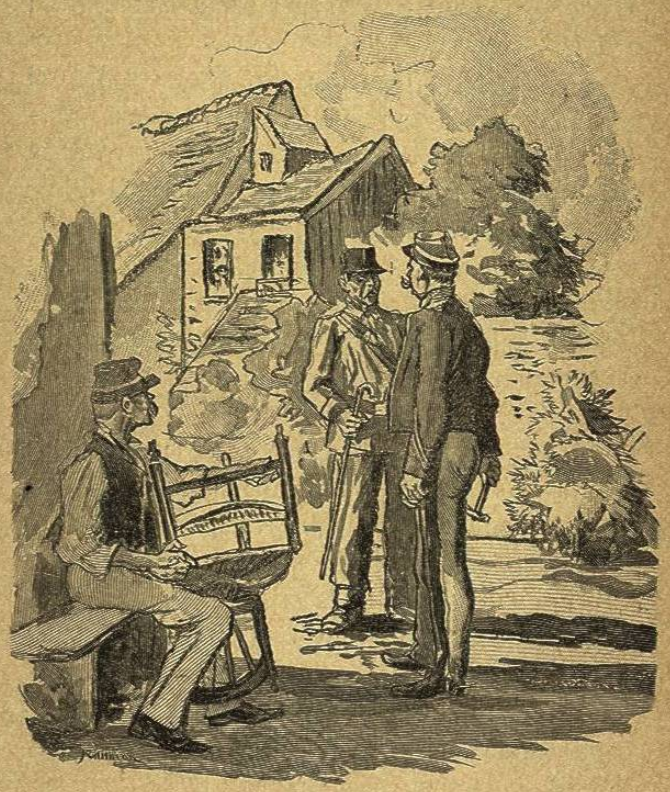
El peatón repuso:

—Iba á llevar el periódico y dos cartas, cuando reparé que todo estaba cerrado y que el recaudador no había salido aún. Dando la vuelta á la casa para cerciorarme bien, oí gemidos, como si ahogaran ó degollaran á una persona. Corriendo vine á dar aviso. Aún es tiempo.

El sargento preguntó:

—¿Y tú no has procurado auxiliar á la víctima?

—Temí que fueran pocas mis fuerzas.



Entonces el sargento, convencido, añadió:

—Voy á vestirme y armarme.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y entró en la casa-cuartel seguido por el gendarme, que llevaba la silla, el martillo y los clavos.

Pronto salieron, y los tres se encaminaron hacia el lugar del crimen á paso de carga.

Ya cerca de la casa, tomaron precauciones; el sargento empuñó su revólver, y entrando en el jardín sigilosamente, llegaron á la puerta. No había el menor indicio de que los criminales hubiesen huído; todo estaba cerrado aún.

—¡Ya los tenemos!—insinuó el sargento en voz baja.

El peatón, emocionado, los hizo aproximar á la ventana donde se oían los gemidos.

—Allí es.

Y el sargento se adelantó solo, aplicando á los cristales una oreja. Los otros dos aguardaron, dispuestos á todo, con la vista clavada en él.

Y estuvo inmóvil, escuchando; se había quitado el tricornio, que tenía en la mano izquierda.

¿Qué oía? Su rostro impasible no revelaba nada; pero, de pronto, sus bigotes se erizaron, sus mejillas se contrajeron como para contener la risa, y abandonando su espionaje se acercó á los dos hombres, que le miraban asombrados.

Luego, les indicó que le siguieran, andando de puntillas, y, acercándose á la fachada principal,

dijo al peatón que metiese por debajo de la puerta el periódico y las cartas.

El peatón, asombrado, ejecutó dócilmente lo que le ordenaban.

—Y ahora, volvámonos tranquilamente—añadió.

Cuando estuvieron en la carretera, encarándose con Bonifacio, con expresión burlona, con un gesto malicioso y los ojos brillantes de alegría, exclamó:

—¡La cosa tiene gracia!

Y el peatón, admirado, repetía:

—¿Qué? Juro haber oído sollozos y estertores de angustia. ¿Qué pasa?

Pero el sargento soltó el trapo, riéndose á carcajadas. Reía sofocándose, con las dos manos en el vientre; reía con toda su alma, gesticulando, llorando, sonándose. Y los otros dos le miraban con asombro.

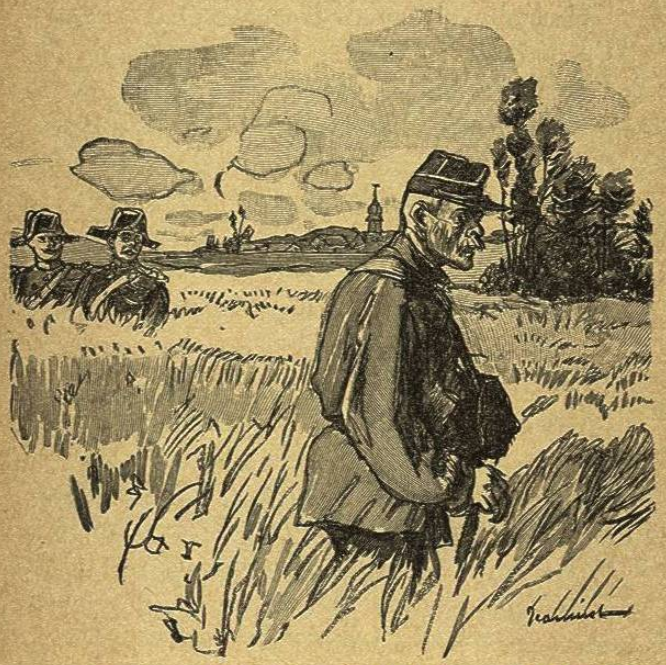
Y como la risa no le permitía hablar, ni dejaba de reir, para dar á entender á los otros lo que sucedía en casa del recaudador recién casado y recién establecido, hizo un movimiento popular y canalla.

Tampoco le comprendieron y lo repitió varias veces, designando con la cabeza la casa cerrada.

El gendarme comprendió, al fin, riéndose, como su jefe, á todo trapo.

El peatón estaba como estúpido entre aquellos dos hombres, que se retorcían de risa.

Cuando el sargento pudo hablar, dando una palmada en el vientre de Bonifacio, dijo:



—¡Bromista! ¡No me olvidaré nunca del crimen de Bonifacio!

El peatón, abriendo los ojos desmesuradamente, repetía:

—¡Juro haber oído sollozos y estertores de angustia!

El sargento, ante aquella cómica gravedad, soltó de nuevo el trapo, y el gendarme sentóse en la cuneta para reir más á gusto.

—¡Ah! Juras haber oído sollozos... Y, cuando asesinas á tu mujer, ¿no solloza?

—¿Mi mujer?...

Estuvo reflexionando, y luego prosiguió.

—Sí; cuando le zurro la badana, grita; pero son otros gritos. ¿Acaso zurraba el recaudador á la suya?

Entonces el sargento, delirante ya de alegría ruidosa, le hizo girar como un muñeco, y le dijo al oído algunas palabras, que acabaron de sorprender á Bonifacio.

El cual, pensativo, murmuró:

—No... así nunca... La mía no dice nada... Yo no hubiera supuesto jamás que... Será posible... Pero me pareció que ahogaban á uno...

Y, confuso, avergonzado, prosiguió su camino por las veredas, atravesando las mieses, mientras el sargento y el gendarme dejaban de reir algún momento para lanzarle, á gritos, bromas de cuartel, en tanto que se alejaba su quepis negro, galoneado de rojo, sobre aquel mar de doradas espigas.

ROSITA

Se hallaban sumergidas entre flores; el coche, lleno de ramos, parecía una canastilla gigantesca. Violetas de Parma, rosas, alhelíes, lirios, margaritas y azahares, parecían oprimir los dos cuerpos de mujer delicados, que apenas asomaban entre aquel hacinamiento de tan distintos colores y tan diferentes perfumes.

El látigo del cochero estaba revestido de anémonas; los arneses de los caballos y las ruedas iban adornados también; en lugar de faroles, llevaba dos magníficos ramos, como si fueran los ojos de aquel jardín ambulante.

Llegaron al bulevar de la Fonciere, donde comenzó la batalla. Una doble fila de coches, á lo largo del inmenso paseo, extendíase como una cinta de colores. Los ramos cruzaban el aire como ba-

las y caían muchas veces al suelo, donde una turba de muchachos los recogía.

Los que ocupaban los coches, llamábanse, reconocíanse, ametrallábanse con rosas. Un carro, lleno de mujeres vestidas de rojo, como diablos, atraía las miradas. Un caballero, semejante á los retratos de Enrique IV, arrojaba con alegre ardor un ramillete, sujeto á una cinta elástica. Temiendo el golpe, las mujeres tapábanse los ojos y los hombres bajaban la cabeza; pero el proyectil, suave, rápido y obediente, describía una curva y volvía luego á la mano de su tirador, que lo arrojaba pronto sobre otra cara nueva.

Las dos bonitas mujeres vaciaban á manos llenas su arsenal, y recibían una lluvia de ramos. Después de una hora de combate, cansadas al fin, mandaron al cochero que tomase la calle de ***, que tiene vistas al mar.

El sol se ocultaba detrás del Estartel, dibujando en obscuro, sobre un fondo rojo, los picos de la montaña. El mar, tranquilo, azul y claro, se unía en el horizonte con la bóveda celeste, y grandes buques, anclados en el golfo, parecían un rebaño de apocalípticas bestias, enormes y tranquilos, acorazados y ventrudos, luciendo sus palos delgados como un ligero adorno, y alum-

brando el espacio por la noche con sus ojos de luz blanca.

Las dos bonitas mujeres, recostadas en los almohadones de su landó, miraban lánguidamente.

Una dijo al fin:

—Hay deliciosas tardes en que todo agrada. ¿No es verdad?

La otra respondió:

—Sí; todo agrada. Pero se necesita otra cosa, además.

—¿Qué? Me siento completamente feliz: nada necesito.

—Acaso tú no lo sientas como yo; pero la mujer, aun cuando un dulce bienestar invada su cuerpo, necesita siempre algo... para el corazón.

Y la otra decía, sonriendo:

—¿Un poco de amor?

—Sí.

Callaron. Después una de las dos, mirando hacia adelante, dijo:

—La vida no me parecería soportable sin amor. Necesito que me quieran. Somos todas lo mismo, aunque no todas lo confiesen.

—No soy yo de tu opinión. Que me quiera quien yo quiero, sí. De los demás, nada me importa. ¿Piensas que podría serme grata la ternura de... de...

Y, buscando un término á su frase, recorría el panorama con los ojos, que al fin se fijaron en los dos relucientes botones de la levita del cochero, y soltando la risa, prosiguió:

—... la ternura de mi cochero?

La otra, sonriendo apenas, dijo en voz baja:

—Te aseguro que resulta muy divertido ser adorada por un criado. Lo sé por experiencia. Los pobres abren unos ojos tan ardientes, que hay para morirse de risa. Pero es preciso mostrarse tanto más severa cuanto más enamorados están; luego, se los despide un día con cualquier pretexto, evitando el ridículo de que note aquello alguien que pueda importarnos.

Su amiga la escuchaba, y después de reflexionar un poco, añadió:

—Te aseguro que no advertiría siquiera el cariño de mi lacayo. Cuéntame cómo reparas en que te quieren.

—Pues la cosa es de lo más elemental: se les conoce, como á nuestros amigos, en que se vuelven estúpidos.

—Un hombre de mi clase, no me parece muy estúpido cuando me desea.

—Se ponen idiotas, amiga mía, incapaces de sos-

tener una conversación, de contestar oportunamente, de discurrir...

—Pero, ¿qué gusto podía darte la pasión de un criado? ¿Te halagaba... te conmovía?

—¿Conmoverme? No. ¿Halagarme? Sí; un poco. Siempre halaga el amor de un hombre; de cualquier hombre.

— No lo entiendo.

—Sí. Voy á contarte una increíble aventura que me ocurrió. Verás cómo es curioso é inexplicable lo que sentimos en esas ocasiones.

***

Hace cuatro años, en otoño, habiéndome quedado sin doncella, probé seis ó siete seguidas, con tanta desgracia, que ninguna me sirvió. Leí entonces, en los anuncios de un diario, que deseaba colocación una joven sabiendo coser, bordar, peinar y con buenos antecedentes. Además también sabía el inglés. Dirigí una tarjeta al sitio indicado en el anuncio, y al día siguiente la joven se presentó. Era bastante alta, delgada, pálida y con expresión tímida. Tenía grandes ojos negros y buen cutis; me gustó en seguida.

La pregunté acerca de sus informes, y me dió un

certificado en inglés, porque había servido solamente á lady Rymbell durante diez años.

El papel decía que la joven salió de Londres por su voluntad para volver á Francia; que no había hecho nada punible durante su largo servicio, y que sólo podía tachársela de un poco de *coquetería francesa*.

La pudibundez de la frase inglesa me hizo sonreir, y desde luego decidí que la joven quedase á mi servicio como doncella.

Se llamaba Rosita. En un mes fué para mí necesaria, insubstituíble. Rosita era un feliz hallazgo, una joya, un fenómeno.

Sabía peinar con un gusto exquisito; adornaba un sombrero mejor que una modista, y hasta sabía también hacer vestidos.

Me asombraban sus facultades. Nunca me vi tan bien servida.

Me vestía rápidamente, con una ligereza inexplicable. Nunca rozaba con sus dedos mi piel; no hay cosa que me disguste más que las manos de una criada. Adquirí costumbres perezosas en exceso, porque me agradaba que me vistiera y me desnudase de pies á cabeza, desde la camisa hasta los guantes, con tanto primor, aquella doncella que no hablaba jamás y que siempre se acaloraba un poco

en esos quehaceres. Al salir yo del baño, me frotaba y me secaba, mientras yo, con los ojos cerrados, me adormecía en el diván. Llegó á parecerme, por su delicadeza, más que una criada, una señora pobre.

Pero una mañana el portero dijo que tenía que hablarme. Mi portero es un hombre de toda confianza, soldado viejo y antiguo servidor de mi marido.

Se atragantaba, como si fuese poco agradable lo que tenía que decirme. Al fin, rompió:

—Señora: en el portal aguarda el comisario de policía.

Pregunté bruscamente:

—¿Qué tenemos que ver con la policía?

—Quiere hacer un registro en el hotel.

Indudablememente, la policía es útil; pero yo la detesto. Me parece una profesión poco noble.

Molestada por aquel recado intempestivo, dije:

—Un registro, ¿á qué santo? No entrará.

El portero añadió:

—Asegura que se oculta un criminal en esta casa.

Esto me atemorizó, y dí orden para que dejasen pasar al comisario. Era un hombre correcto. Me pidió mil perdones, me ofreció mil excusas, y acabó

asegurándome que había entre mi servidumbre un presidiario.

Aquello me indignó. Le dije que yo respondía de la honradez de mis criados, y los fuí enumerando á todos:

—El portero, Pedro Courtín, viejo soldado.

—No es el que busco.

—El cochero, Francisco Pingau, campesino, hijo de un arrendador de haciendas mías.

—Tampoco es él.

—Un mozo de cuadra, también labriego, hijo de labriegos, y un lacayo, que usted ha visto al entrar.

—No es ninguno de los que la señora nombra.

—Ya ve usted cómo vino engañado.

—Perdón, señora; estoy seguro de no equivocarme. Como se trata de un criminal terrible, sería conveniente, para descubrirlo, que la señora me presentase á todos, absolutamente á todos los que viven en su casa.

Me parecía demasiada exigencia; pero accedí, llamando á toda la servidumbre, mujeres y hombres.

—¿No hay más?

—Una joven que no le parecerá, sin duda, un presidiario.

—¿Puedo verla?

—Sí.

Llamé á Rosita, la cual se presentó al punto. En seguida, el comisario hizo una seña, y dos policías, que hasta entonces no vi, se precipitaron sobre mi doncella, oprimiendo sus brazos y atando sus manos con un cordel.

Exaltada por semejante atropello, grité, quise defenderla.

El comisario me detuvo, diciendo:

—Señora: esta doncella es un hombre que se llama Juan Nicolás Lecapet, condenado á muerte hace tres años por asesinato y violación. Un indulto le alcanzó, reduciéndole á cadena perpetua. Se fugó del presidio hace cuatro meses.

Yo no lo creía. El comisario, sonriendo, añadió:

—Voy á dar á la señora una prueba. Tiene un tatuaje de colores en el brazo izquierdo.

Le arremangaron, y vi la señal.

El comisario pronunció entonces una frase de mal gusto:

—Conténtese usted con esta comprobación, y no exija otras más terminantes.

Y se la llevaron.

Mira: lo que me indignaba no era el engaño ni el peligro en que me vi; no era tampoco la ver-

güenza de que un hombre me hubiese vestido ni desnudado, secándome y frotándome tantas veces: lo que me indignaba era una humillación de mujer... ¿Comprendes?

***

—No del todo.

—Reflexiona. Ese mozo había sido condenado por violación... Yo pensaba... en la mujer á la cual atropelló... Aquello era humillante para mí, que le había tenido tan cerca siempre, que me había visto desnuda tantas veces, que me había envuelto en la sábana sin... ¿Comprendes ahora?

La otra no respondía. Miraba con una fijeza singular los dos brillantes botones de la levita del cochero, y en sus labios dibujábase una sonrisa de esfinge, propia de las mujeres.

LA DICHA

Era la hora del te, momentos antes de pedir luces. La *villa* dominaba el mar; la puesta del sol había enrojecido el cielo, salpicándolo con dorados resplandores; y el Mediterráneo, sin una ola, sin el menor estremecimiento, como una inmensa placa de metal bruñido, resplandecía con los moribundos reflejos de la tarde.

Lejos, á la derecha, las montañas picudas, recortaban su perfil negro sobre la rojiza claridad del crepúsculo.

Hablábase de amor, se discutía este viejo asunto, repitiendo cosas mil veces dichas. La melancolía dulce del anochecer, impregnaba las frases con ternura melancólica, y la palabra «amor», constantemente repetida, ya por la voz firme y poderosa de un hombre, ya por la vibrante y delicada voz de una mujer, revoloteaba como un pajarillo, influía en todos como aparición misteriosa.

«¿Se puede querer mucho tiempo? ¿Es posible que un cariño viva muchos años?»

—¡Sí!—decían unos—; y afirmaban otros: ¡no!

Se precisaban singulares circunstancias, hacíanse notar numerosas diferencias y se referían ejemplos varios. Todos, hombres y mujeres, recordando sus propias emociones, no se atrevían á confesarlas, conteniéndolas á flor de labio, temerosos de que fueran de sobra transparentes, conmovidos al sentirlas revivir, y hablando con emoción profunda y ardiente interés de aquel asunto vulgar y soberano.

De pronto, alguien, señalando á lo lejos, advirtió:

—Mirad: ¿Qué veis en el horizonte?

Limitando el mar, aparecía una masa gris, enorme y confusa.

Las mujeres habíanse levantado y todas miraban.

Uno respondió:

—Córcega; es Córcega. Dos ó tres veces al año, aparece así, gracias á ciertas condiciones atmosféricas, poco frecuentes.

Distinguíanse vagamente las crestas de las montañas, y algunos creyeron ver cómo blanqueaba en las cumbres la nieve. Todos quedaron sorprendidos, casi aterrados, por la brusca é incomprensible aparición de una tierra fantástica, surgiendo en el mar. Aquellas impresiones eran acaso parecidas á las que debieron sentir los navegantes que atravesaban el Océano con rumbos desconocidos.

Un caballero anciano que hasta entonces callaba, dijo:

—He conocido en esa isla que ahora se ofrece á nuestros ojos (como si quisiera responder á lo que hace poco decíamos, despertando mis memorias con su aparición), un ejemplo hermoso de amor constante y feliz. Escuchen ustedes.

* * *

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Fuí, hace seis años, á Córcega. Esa isla, ruda y agreste, á pesar de hallarse tan cerca de nosotros, que surge de cuando en cuando en el horizonte, como ahora sucedió, es menos conocida y menos frecuentada que las regiones vírgenes de América.

Figúrense ustedes un mundo en el caos, un terreno montañoso cortado por desfiladeros y torrentes; ninguna extensión plana; inmensas olas de granito, gigantes ondulaciones del suelo, donde crecen jarales bravíos y bosques frondosos. Un suelo virgen, inculto, desierto; rara vez se descubre un pueblecito, como un montón de rocas, en la cumbre de un monte. Ningún cultivo, ninguna industria, ningún arte. Ni un madero esculpido, ni una piedra labrada; no aparece jamás el gusto infantil ó refinado, que pudieran tener por las formas bellas, los antepasados.

Italia, donde cada palacio, lleno de obras maestras, ya es por sí una obra maestra; donde los mármoles y las maderas, los bronces y el hierro, atestiguan el poder creador del hombre, allí donde los más insignificantes objetos encontrados en las casas antiguas, revelan la divina preocupación de la forma, es, para nosotros, la sagrada cuna del esfuerzo de la grandeza, del poder triunfante de la inteligencia creadora.

Y frente á ella, la Córcega ruda, se conserva salvaje en su origen. El hombre habita una cabaña tosca, indiferente á todo lo que no sea la satisfacción de necesidades imperiosas y disputas de familia; tiene las cualidades y los defectos de las razas incultas: violento, rencoroso, inconscientemente cruel, y al mismo tiempo, generoso, agradecido y hospitalario; abre sus puertas y ofrece asilo al caminante; el más pequeño favor despierta en su alma profunda simpatía.

Estuve un mes recorriendo la isla, como si me hallara en los confines del mundo. Ni posadas, ni carreteras. Caminar por vericuetos, descansando en miserables caseríos, desde donde se dominan los profundos y tortuosos torrentes, cuyo mugido incesante resuena en las alturas; pedir cena y abrigo para la noche; sentarse á una mesa humilde y desconocida; dormir bajo un pobre techo; y á la mañana siguiente, despedirse del huésped y estrechar su mano, que ofrece leal y afectuoso: tal era mi vida.

Pero una tarde, llegué á una casita solitaria, en un estrecho valle, no lejos del mar, después de nueve horas de camino. Dos vertientes montañosas, cubiertas de jaras, peñascos y árboles, cerraban, como gigantescas murallas, aquel espacio angosto y triste.

Alrededor de la casita, un viñedo, un jardincito, y algunos castaños, aseguraban la existencia de sus moradores, constituyendo una verdadera fortuna, en aquel miserable país.

La mujer que me recibió era bastante anciana, grave y limpia. El hombre, sentado en una silla de paja, se levantó para saludarme; luego volvió á sentarse y no dijo palabra. Ella indicó:

—Se ha quedado sordo; tiene ya ochenta y tres años.

Me sorprendió que hablara en correcto francés, y la pregunté:

—¿Ustedes son de Córcega?

—No; somos del continente; pero hace ya cincuenta y dos años que vivimos aquí.

Una sensación de angustia y espanto me sobrecogió al pensar en medio siglo de vida en aquel triste paraje, tan lejos de las poblaciones en que se agrupan las gentes civilizadas.

Llegó un pastor viejo, y empezaron á servir la única vianda que tenían: una sopa espesa, con patatas, grasa y coles.

Terminada la frugal comida, me senté á la puerta, con el corazón oprimido por la melancólica tristeza de aquel paisaje, con el abatimiento que se odera del espíritu en ciertas ocasiones y en cier-

tos lugares. Parece que todo se consume, que todo acaba, y llega el fin del Universo. Siéntese de pronto el horrible abandono de la vida, el aislamiento, la nada, la soledad que acongoja nuestro pensamiento.

La mujer se acercó á mí, preguntándome:

—¿Ha venido usted de Francia?

—Sí; viajo por gusto.

—¿Será usted parisiense acaso?

—No, señora; soy de Nancy.

Emocionóse profundamente, y repitió:

—¿De Nancy?

El hombre presenciaba la escena, impasible, sin enterarse de nada; la mujer prosiguió:

—¿Conoce usted familias de Nancy?

—A todas.

—¿Conoce á los de Sainte-Allaize?

—Sí; mucho; eran amigos de mi padre.

—¿Cómo se llama usted?

Cuando supo mi nombre, dijo en voz baja, como si despertase lejanas memorias:

—Ya sé, ya sé. ¿Y qué se hicieron los Brisemare?

—Todos han muerto.

—¿Y los Sirmont? ¿Los ha conocido usted?

— Sí; el último es general.

Entonces ella, estremecida por la emoción, angustiada por algún sentimiento confuso, poderoso y sagrado, por el ansia de confesar aquello que tuvo guardado en su corazón durante medio siglo, me advirtió:

—Enrique Sirmont es mi hermano.

Clavé los ojos en ella, sorprendido, asombrado. Y de pronto, recordé la vieja historia: un escándalo entre las nobles familias de Lorena. La señorita Susana de Sirmont, hermosa, rica y joven, había huído con un sargento de húsares del regimiento que mandaba el padre de la muchacha.

El sargento era un guapo mozo, hijo de labriegos; vestía con arrogancia el uniforme. ¿Cómo pudo Susana enamorarse? ¿Cómo se lo dió á entender? ¿Cómo hablaron?

Fué un secreto para todos; nada se pudo saber ni sospechar. Una tarde, huyeron. Los buscaron inútilmente. No se tuvieron jamás noticias de Susana, y la creyeron muerta.

Después de tanto tiempo se me aparecía en aquel triste valle.

— Lo recuerdo todo: es usted Susana Sirmont.

Su cabeza se inclinó para contestar afirmativamente; asomaron lágrimas á sus ojos. Y señalándome al viejo inmóvil, dijo:

—Es él.

Comprendí cuánto le quería; su amor era inextinguible.

—¿Ha sido usted dichosa?—pregunté.

—¡Muy dichosa! Mucho. Ni un instante pude arrepentirme de quererle.

La miré con tristeza, sorprendido, maravillado.

Una señorita enamorada ciegamente de un labriego podía ser dichosa con él, viviendo en la soledad: el amor puede tanto. La vida sin ostentosos lujos y sin delicadezas mundanas, el apartamiento y la escasez, no la vencieron: le quería mucho, le quería siempre. Vestía pobremente, comía patatas en una cazuela sobre un banco rústico, dormía en un jergón junto á él.

Su pensamiento se redujo á él. Nunca sintió haber huído renunciando á comodidades y elegancias; nunca lamentó carecer de blandos muebles y de habitaciones lujosas. El, sólo él, constituía su felicidad.

En su primera juventud abandonó á sus iguales, á su familia; renunció á los goces de los ricos para vivir pobremente, sola con él allí, en un valle angosto.

El, para Susana, lo era todo; todos los deseos, todas las ilusiones, todos los delirios y esperanzas reducíanse á él; su amor llenaba su existencia.

De ningún modo hubiera sido más feliz.

Toda la noche, oyendo la fatigosa respiración del viejo soldado, medité aquella sencilla historia, viendo la felicidad completa, realizada con tan poco.

Al amanecer, me despedí afectuosamente de los dos viejos amantes.

*
* *

El narrador había terminado. Una señora dijo:

—Ella se contentaba con muy poco. Resignándose á tanta escasez, demostró sus modestísimas aspiraciones: era una simple.

Otra señora replicó pausadamente:

—¿Una simple? Acaso. Pero fué dichosa.

Y á lo lejos, en el horizonte, la isla de Córcega borrábase, desvanecíase como una leve aparición, que se hubiera ofrecido solamente para recordar la historia de aquellos humildes enamorados.

UNA VENGANZA

La viuda de Paolo Saverini vivía sola con su hijo en una pobre casa de las afueras. La ciudad, construída en un saliente de la montaña por algunos puntos cortada á pico sobre el mar, domina por la parte más rocosa y erizada de escollos, la costa de Cerdeña, de la cual la divide una lengua de agua. A sus pies, rodeándola completamente como un gigantesco pasadizo, una hendedura de la escarpada costa le sirve de puerto, al cual se acogen los barquichuelos de pescadores italianos ó sardos y, cada quince días, el viejo vapor desvencijado que lleva el correo de Ajaccio.

Sobre la montaña blancuzca, las viviendas forman una mancha blanquísima; parecen nidos colgados en la roca. El viento azota el mar sin descanso, y azota la costa virgen de toda vegetación. Los penachos de espuma que sin cesar se alzan so-

bre los picos de las rocas parecen lienzos flotantes.

La pobre casa de la viuda Saverini, construída en el borde mismo de la costa escarpada, abre sus tres ventanas sobre aquel horizonte silvestre y miserable.

La mujer vivía sola, con su hijo Antonio y su perra *Ligera*, grandota y flaca, de pelo áspero y crecido, cruzada de mastín. Ese animal servíale al mozo para cazar.

Una tarde, y después de una disputa, el joven Antonio Saverini fué asesinado traidoramente con un cuchillo por Nicolás Ravolati, el cual huyó aquella misma noche á Cerdeña.

Cuando la madre vió el cuerpo de su hijo, que le llevaron unos hombres, lloró, pero estuvo largo rato mirándole fijamente; después, tendiendo su mano derecha sobre el cadáver, juró vengarse. No consintió que nadie la hiciera compañía, y encerróse aquella noche con su hijo muerto y con su perra *Ligera* en la pobre casa.

Aullaba el animal continuamente al pie del lecho, con la cabeza tendida hacia su amo, y la cola baja, escondiéndola entre las patas. No se movía. Tampoco la madre se movía; inclinada sobre su hijo, mirándole con los ojos muy abiertos, lloraba silenciosa.

El cadáver, vestido con un traje de paño burdo, rasgado en el pecho, parecía dormir; pero en todo su cuerpo había rastros de sangre: sobre la camisa, en el chaleco, en los pantalones, en la cara y en las

manos. Cuajos de sangre se hallaban prendidos en la barba y en el pelo.

Sollozando, la pobre madre le habló. Al oirla, cesó de aullar la perra.

—Yo te vengaré; te vengaré, hijo mío. Duerme, duerme; tu madre te vengará. ¿Oyes? Tu madre te lo promete, y siempre te ha cumplido sus promesas. Ya lo sabes.

Y lentamente, inclinándose más, posaba sus labios fríos en los labios muertos.

Entonces *Ligera* gemía de nuevo, con un aullido monótono, desgarrador, terrible.

Así estuvieron la mujer y el animal junto al cadáver, hasta que se hizo de día.

Enterrado Antonio Saverini, se habló algo de su muerte, pero muy pronto á nadie preocupó aquel asunto, no teniendo más familia que su madre, ni hermanos, ni siquiera parientes.

***

Ningún hombre que pudiera vengarle. Pero su madre se lo había propuesto.

La infeliz mujer, desde la puerta de su casa, veía un punto blanco al otro lado del mar, sobre la costa. Era el pueblo de Longosardo, en el cual se refugian los criminales corsos, formando casi por entero aquella población, frente á las costas de su patria, y aguardando el momento de volver. En ese pueblo se había refugiado también Ravolati. La madre de Saverini lo sabía.

Sola desde que Dios amanece, mirando á lo lejos, pensaba en vengarse. ¿Cómo? Enferma, casi moribunda, ¿qué hacer? Lo había prometido, lo había jurado en presencia del cadáver. No podía olvidarlo, pero tampoco podía esperar auxilio de nadie. ¿Qué hacer? No descansaba, obstinándose, buscando un medio. La perra dormía echada junto á la mujer, ó aullaba extendiendo el cuello.

Desde que su amo había desaparecido, ladraba con frecuencia, como si quisiera llamarle, como si quisiera decirle que guardaba su recuerdo.

Una tarde, oyendo aullar á *Ligera*, la madre concibió un pensamiento salvaje, feroz y vengativo.

Lo meditó hasta la mañana del siguiente día, toda la noche. Levantóse al amanecer y se fué á la iglesia. Rezó arrodillada en el suelo, postrándose para recibir las bendiciones de Dios, rogándole que la compadeciera y ayudara, dando á su pobre cuerpo consumido la fuerza necesaria para resistir, hasta que pudiera vengar á su Antonio.

Volvió á su casa. Tenía en el patio un tonel viejo que servía para recoger el agua del canalón. Lo vació, lo volcó, lo afirmó entre piedras, y atando á la perra en aquel tabuco, volvió á entrar en su casa.

Recorría sin descanso las habitaciones, mirando siempre por las ventanas hacia Cerdeña. Estaba en aquella costa el asesino.

La perra ladró todo el día y toda la noche. La mujer la dió agua, pero agua solamente; ni un pedazo de pan. *Ligera*, extenuada, se durmió. Al otro

día, su ojos brillaban, su pelo se erizaba, y furiosamente sacudía su cadena.

La mujer continuó dándole agua; ni un pedazo de pan.

Al tercer día, la mujer fué á casa de un vecino, pidiendo por favor dos sacos de paja; y con ropas viejas de su marido, rellenándolas, hizo un muñeco.

Clavando una estaca en el suelo, ató el muñeco en ella, y le puso una cabeza de trapo.

La perra, sorprendida, miró al hombre de paja sin ladrar, dominada por el hambre.

La mujer compró una morcilla negra, y asóla sobre las brasas. Con el olor, *Ligera*, excitándose, ladraba y saltaba.

Luego la mujer cosió fuertemente la morcilla en torno del cuello del muñeco, y cuando la hubo asegurado bien, soltó á la perra.

De un salto formidable se abalanzó *Ligera* al cuello del muñeco, y con ferocidad mordisqueaba la morcilla. No pudiendo arrancarla tomó nuevo impulso y saltó segunda vez, deshaciendo á dentelladas el corbatín del hombre.

La mujer, inmóvil y muda, miraba muy atentamente. Luego, ató al animal en el tonel que le servía de caseta, y lo tuvo en ayunas otros dos días, al cabo de los cuales, repitió aquel extraño ejercicio.

Durante algunos meses *Ligera* se acostumbró á conquistar su escaso alimento en esa especie de lucha, tirando fieras dentelladas. Ya no la tenía sujeta, y á un gesto de la mujer, el animal se lanzaba contra el muñeco.

Aprendió á desgarrarle, á devorarle sin que tuviese prendido al cuello ningún comestible. Y después de haber achuchado á *Ligera* contra el muñeco, la mujer premiaba con una golosina la rapidez y la violencia del ataque.

En cuanto veía de lejos á un hombre, *Ligera* estremecíase, y miraba con inquietud, esperando la orden de su ama: un «á él» pronunciado con aguda vocecilla y alzando el dedo.

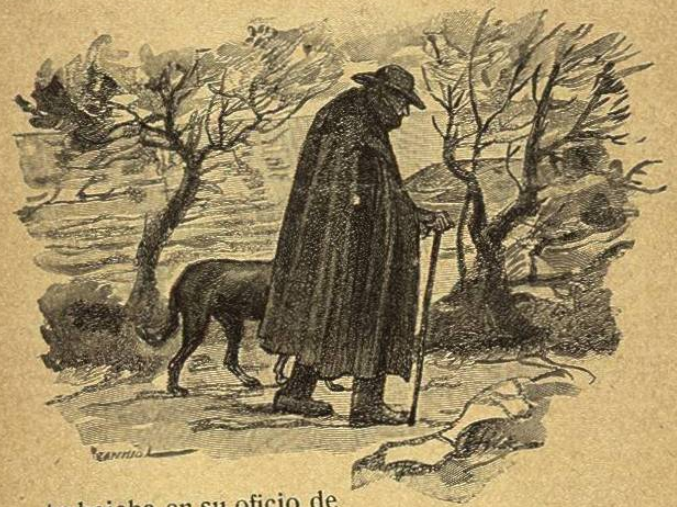
***

Creyendo llegada la ocasión oportuna, la mujer confesó y comulgó un domingo por la mañana, con un fervor extático. Después, vistiéndose con un traje de hombre, trató con un pescador sardo para que, de regreso, la llevara en su lancha.

En una bolsa puso un gran pedazo de morcilla. *Ligera* estaba en ayunas desde el día anterior, y la mujer, de cuando en cuando, la dejaba olfatear la bolsa para exasperar el apetito.

Pasaron de Córcega á Cerdeña, y entraron en

Longosardo. La mujer cojeaba; en una panadería preguntó por la casa de Nicolás Ravolati. Éste, que



trabajaba en su oficio de carpintero, estaba solo en su taller.

Ella le llamó desde la puerta:

—¡Eh! ¡Nicolás!

El carpintero volvió la cabeza, y entonces la mujer, soltando á *Ligera*, gritó:

—¡A él! ¡A él! ¡Destrózale!

Hambriento, exasperado el animal, arrojóse á la garganta del hombre, que no pudo huir ni defenderse. Cayó al suelo, alzando las manos, y durante unos

momentos agitóse, queriendo luchar. Pero muy pronto quedó inmóvil, mientras *Ligera* le destrozaba el cuello, arrancándole á mordiscos la garganta.

Dos vecinos, que se hallaban sentados á la puerta de su casa, recordaron al día siguiente haber visto salir de la carpintería á un viejecillo caduco y á un perro, el cual recibía de su amo unos trozos de morcilla negra.

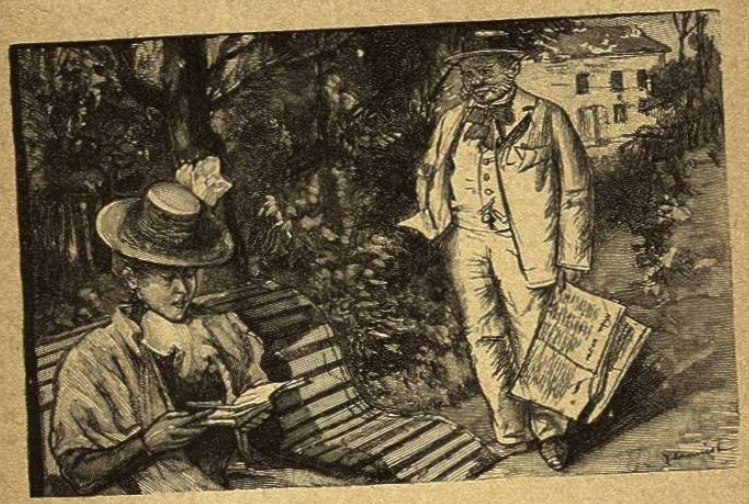
La mujer, volviendo á su casa, durmió aquella noche muy tranquila.

EL EJEMPLO

El señor y la señora Lerebour tenían la misma edad; pero el señor parecía el más joven, siendo el más débil de los dos. Vivían cerca de Nantes, en una bonita casa de campo que habían adquirido y acondicionado al retirarse de los negocios.

La vivienda estaba rodeada por un hermoso jardín y tenía corrales, kioscos chinos y un invernadero en comunicación con las habitaciones de la casa.

El señor Lerebour era rechoncho y jovial; su mujer, delgada y voluntariosa; pero no pudo vencer el buen humor de su marido con su carácter desapacible de mujer mal satisfecha. Se teñía el cabello, leía novelas, y aunque aparentaba despreciarlas, muchas veces la turbaron las emociones de sus lecturas. Creíanla muy apasionada, pero no hizo nunca la menor cosa que justificara esta opi-



nión. Su esposo decía de cuando en cuando: «¡Buena está mi mujer!» y el tono de sus palabras daba lugar á sospechas.

Hacía tiempo que la señora se mostraba siempre agresiva con el señor Lerebour, siempre irritada y violenta, como si una tristeza íntima é indecible la torturase; de lo cual resultó una desavenencia continua. Se dirigían apenas la palabra, y la señora, que se llamaba Palmira, abrumaba sin cesar al señor, que se llamaba Gustavo, con alusiones molestas, finuras intemperantes y palabras irónicas sin razón aparente.

El marido encogíase de hombros, y todas las triquiñuelas de su mujer no bastaron para nublar su buen humor; sin embargo, á veces meditaba qué motivo pudo agriar á su compañera, porque aquella irritabilidad tenía seguramente alguna causa oculta y difícil de adivinar.

Gustavo preguntaba con frecuencia:

—Vamos, dime lo que te sucede: ¿por qué te muestras disgustada contra mí? No disimules; repróchame lo que tengas que reprocharme.

Y ella contestaba invariablemente:

—Nada, no tengo nada; y después de todo, si hubiera un motivo de disgusto, tú debieras adivinarlo. No me gustan los hombres obtusos, de tal modo incapaces de comprender, que necesitan para enterarse de algo, una explicación minuciosa.

Y él murmuraba desalentado:

—Ya veo que no quieres hablar claramente.

Las noches, sobre todo, eran molestas para él, porque aún compartían el mismo lecho, como lo hacen los matrimonios honrados y sencillos. Palmira entonces agotaba el repertorio de vejaciones, reservándose para cuando se hallaban acostados el uno junto al otro, las burlas más vivas y las molestias más insinuantes. Principalmente se lamentaba con irónicas frases de la gordura de su marido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

—Tanto engordas, que poco á poco vas necesitando toda la cama para ti. Y tu sudor cae sobre mi espalda pegajoso como si fuera manteca derretida. Ya supondrás que no resulta esto muy agradable.

Le obligaba á levantarse con el menor pretexto, para que le subiera un periódico que había dejado en el comedor ó la botella de agua de azahar que Gustavo no encontraba porque Palmira la guardó bajo llave. Y le decía en tono furioso y sarcástico:

—Deberías tener cuidado y saber dónde se dejan las cosas.

Cuando él había recorrido toda la casa durante una hora, volviendo con las manos vacías, ella murmuraba:

—Vamos, acuéstate, paseos así te convienen para ver si adelgazas, porque bien lo necesitas. Te vas poniendo blando como una esponja.

Le despertaba con frecuencia, diciendo que la dolía el estómago y haciéndose dar fricciones con una franela empapada en Agua de Colonia. Gustavo hacía todo lo posible para curarla, desconsolado al verla sufrir, y si el supuesto ataque duraba mucho, proponía despertar á Consuelo, la criada. Pero ella enfurecíase, vociferando:

—No se te ocurren más que tonterías. ¿Para qué

despertar á nadie? Ya no me duele, ya puedes dormirte como un borrego.

El buen hombre preguntaba:

—¿Ya no sientes ningún dolor?

Y ella le decía bruscamente:

—Ninguno; cállate y déjame dormir. No me fastidies. Eres inútil para todo. No sabes hacer nada.

Gustavo, desconsolándose, insistía:

—Pero mujer, ¿qué quieres?...

Y ella, exaltándose, gritaba:

—¿Qué voy á querer de un hombre como tú? Déjame dormir en paz.

Y le volvía la espalda.

Pero una noche le sacudió tan bruscamente, que Gustavo saltó de la cama y se puso en pie con una ligereza desacostumbrada, balbuceando:

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

Palmira, oprimiéndole dolorosamente un brazo, le dijo al oído:

—Alguien anda por las habitaciones.

Acostumbrado á las frecuentes alarmas de su mujer, se tranquilizó en seguida, preguntando con calma:

—¿Qué dices? ¿Qué sospechas?

Palmira, temblorosa, turbada, prosiguió:

—Oí andar, no lo dudes. Alguien anda por ahí.

El no la hizo mucho caso.

—¿Alguien? ¿Eso imaginas? Sin duda oíste mal. ¿Quién puede andar á estas horas por la casa?

Ella, estremecida, murmuró:

—¿Quién, quién?... Ladrones, ¡imbécil!

Gustavo hizo intención de cubrirse de nuevo con la sábana.

—Lo soñaste sin duda; no hay ladrones.

Pero Palmira saltó de la cama frenética, diciéndole:

—Eres tan cobarde como incapaz. Yo me defenderé sola. No me dejo asesinar porque tú seas pusilánime.

Y cogiendo las tenazas de la chimenea, se quedó en actitud de combate junto á la puerta, cerrada con pestillo.

Arrebatado por aquel ejemplo de audacia, el marido se levantó de nuevo, y cogiendo la pala se puso junto á su mujer.

Aguardaron veinte minutos en el más completo silencio y en la más triste figura.

Ningún ruido turbó el reposo de la casa en ese tiempo, y acostándose otra vez la señora, dijo con rabia:

—Estoy segura de haber oído pasos.

Para evitar cuestiones, al día siguiente Gustavo no hizo la menor alusión á este suceso.

Pero por la noche, la señora Lerebour despertó á su marido con más violencia que en la víspera, y ahogándose, murmuró:

—Gustavo, Gustavo, acaban de abrir la puerta del jardín.

Sorprendido por la insistencia creyó á su mujer sonámbula, y cuando se resolvía tranquilamente á demostrárselo, le pareció también oir un ligero ruido junto á los muros de la casa.

Se levantó, corrió á la ventana y vió, en efecto, una sombra que atravesaba el jardín.

—Sí, hay gente, dijo angustiándose; pero recobrando su brío, sintióse arrebatado por la cólera del dueño que ve allanada su finca, y exclamó:

—Que me aguarden; ya verán...

Abrió el secreter, sacó el revólver y se lanzó á la escalera rápidamente.

Su mujer le seguía diciendo:

—Gustavo, Gustavo, no me abandones. Gustavo, no me dejes aquí sola, Gustavo...

Pero él no la escuchaba, dirigiéndose hacia el jardín, y ella volvió á su alcoba con miedo, encerrándose...

Aguardó cinco minutos, diez minutos, un cuarto

de hora; víctima ya de un terror invencible, creyó que le habrían asesinado. El silencio la enloquecía; hubiera preferido que sonaran seis tiros de revólver, saber que, luchando, él se defendía...

Llamó al timbre; la doncella no acudió; desfallecía llamando segunda vez. La casa entera estaba sorda.

Aplicó á un cristal su frente, mirando con avidez hacia fuera, queriendo adivinar lo que le ocultaba la noche obscura; pero sólo distinguió, como grandes masas negras, los macizos y los paseos confusos y grises.

Era la media noche. Hacía ya cuarenta y cinco minutos que Gustavo salió, y no volvía. No le vería más. No. Seguramente no le vería más...

Cayó de rodillas, gimoteando.

Suaves golpecitos dados en la puerta la hicieron erguirse rápidamente. Su esposo la llamaba.

—Yo soy, Palmira, yo soy: abre.

Abrió y con los puños en las caderas, balanceándose fieramente y aún llenos de lágrimas los ojos, vociferó:

—¿De dónde vienes, animal? Me dejas muerta de miedo, y no te preocupas de tu mujer... Como si no existiera...

Gustavo había cerrado la puerta y reía, reía como

un loco, abriendo mucho la boca y sujetándose con las dos manos el vientre.

Palmira, extrañada, calló; su esposo decía entre carcajadas:

—Era... era... Consuelo... que había dado... dado una cita... en el invernadero... Si tú supieras... qué cosas... qué cosas he visto...

Palmira palideció, ahogándose indignada...

—¿Eh? Qué dices... ¿Consuelo?... ¿En mi casa?... ¿En mi... en mi... casa... en mi... en el invernadero? ¿Y no has matado al hombre? ¿Tenías un revólver en la mano y no le mataste... y consentiste que hicieran... en mi casa... en mi casa?...

No podía más y tuvo que sentarse para no caer.

Gustavo, tan alegre, tocaba las castañuelas con los dedos, contoneándose, relamiéndose, y riendo sin cesar.

—Si tú supieras... Palmira... si tú supieras ..

Bruscamente la estrechó entre sus brazos dándola un beso.

Palmira, empujándole indignada, repetía:

—No quiero á esa moza en mi casa ni un día más, ¿oyes? ni un día... ni una hora... la echaremos en seguida... en seguida...

El señor Lerebour, agarrando á su mujer por la cintura, la besaba en el cuello con entusiasmo. Pal-

mira calló, y él, sin dejar de acariciarla, iba empujándola dulcemente hacia la cama...

***

A las nueve, asombrada Consuelo de no ver á sus amos, que se levantaban siempre muy tempra-

no, dió unos golpecitos á la puerta de su alcoba.

Estaban acostados todavía y hablaban alegremente.

—Señora, el desayuno—dijo Consuelo extrañando lo que veía.

La señora Lerebour, inclinándose dulcemente hacia ella, murmuró:

—Tráelo, hija mía; estamos un poco fatigados; hemos dormido mal.

Apenas la muchacha se fué, Gustavo, riendo mucho y haciendo cosquillas á Palmira, insistió:

—¡Ah! Si tú supieras... ¡Ah! Si tú supieras.

Ella le cogió las manos.

—No rías tanto, maridito mío; tranquilízate un poco... Basta, basta, que puede hacerte daño.

Y le besó en los ojos amorosamente.

Desde aquel día, la señora Lerebour no se mostró nunca desapacible y en las noches claras algunas veces el matrimonio avanzaba sigilosamente hacia el invernadero. Allí estaban en silencio muy juntitos largo rato, como si á través del cristal vieran cosas interesantes y extrañas.

Aumentaron el salario á Consuelo.

El señor Lerebour enflaquecía.

UN DUELO

Ya no se luchaba; los alemanes invadían el territorio francés, palpitante como un hércules vencido que siente sobre sus hombros la rodilla del vencedor.

Salían del París enloquecido, hambriento, desesperado, los primeros trenes, atravesando con lentitud los campos y las ciudades. Los viajeros, asomados á las ventanillas, miraban las llanuras asoladas, los caseríos incendiados. En las puertas de las casas que no fueron destruídas, algunos prusianos fumaban tranquilamente su pipa, sentados á horcajadas. Otros hablaban ó trabajaban con los naturales del país, ayudándoles como si fueran de su propia familia. En los alrededores de una ciudad maniobraban regimientos enteros, y las voces de mando se oían roncas y enérgicas.

***

El señor Dubuis, que había pertenecido á la Guardia Nacional de París, mientras duró el sitio, iba en uno de los primeros trenes á Suiza, donde le aguardaba su mujer y sus hijos, enviados allí prudentemente, al iniciarse la invasión.

El hambre y las fatigas no habían disminuído su abultado vientre de comerciante acaudalado y pacífico. Sufrió terribles privaciones y la desventura que á todos lastimaba, con una resignación desconsoladora y con amargas frases, maldiciendo el salvaje instinto de los hombres. Acercándose á la frontera en el tren, cuando había terminado toda lucha, veía con intranquilidad á los prusianos, desconocidos para él hasta entonces, pues no se ofrecieron á sus ojos mientras cumplió con su deber en las murallas y estuvo de centinela durante noches muy frías.

Aquellos hombres barbudos y armados, invadiendo el país, habitándole como su propia casa, le producían un terror irascible, y sentía en su corazón una fiebre de patriotismo exaltado, á la par que una instintiva prudencia.

En su mismo departamento viajaban dos ingleses, dos turistas curiosos, y contemplaban los estragos de la guerra con ojos tranquilos. Eran también gruesos, y hablaban en su idioma, hojeando

con frecuencia la Guía, leyéndola en alta voz, tratando siempre de reconocer los lugares indicados.

El tren se detuvo en una estación humilde, y un oficial prusiano subió al mismo departamento, arrastrando el sable, que golpeaba ruidosamente los estribos del coche: un hombre robusto y gigantesco, embutido en el uniforme y barbado hasta los ojos.

Los ingleses le miraban con insistencia, y contraía sus facciones una sonrisa complaciente y halagadora, clara manifestación de una curiosidad satisfecha; pero el señor Dubuis, apelotonado en su rincón, detrás del periódico extendido—que sostenía más para cubrirse que para leer—sentíase turbado como un criminal en presencia de un gendarme.

Se puso en marcha el tren. Los ingleses continuaron sus observaciones, precisando lugares de batallas; y, bruscamente, mientras uno de ellos tendía el brazo hacia el horizonte, señalando un villorrio, el oficial prusiano dijo, en francés, echándose cómodamente y estirando las piernas:

—Yo maté doce franceses en esa población, y les hice más de cien prisioneros.

Interesó vivamente á los ingleses aquella noticia, y exclamaron:

—¡Ah! ¿Cómo se llama ese villorrio?

El prusiano respondió con solemnidad:

—Farsbourg—y añadió con impertinencia—: He

zarandeado á muchos cobardes franceses, tirándoles de las orejas.

Y al decir esto miraba despreciativamente al señor Dubuis.

Avanzaba el tren, atravesando el territorio militarmente ocupado por los alemanes. Veíanse los cascos negros con punta dorada, en todos los caminos, en todos los campos, en todas las estaciones; cubrían aquel país como una plaga de langosta.

El oficial, tendiendo los brazos, vociferó:

—Si yo mandara, hubiera destruído París y hubiera fusilado á todos los habitantes. ¡No más Francia!

Los ingleses, por cortesía, respondieron sencillamente:

—Sí, sí.

El militar, prosiguió:

—Dentro de veinte años, dominaremos en toda Europa: todo será nuestro; Prusia es invencible.

Los ingleses, disimulando la inquietud que sentían, callaron. Sus rostros impasibles, como de cera, no transparentaban emoción alguna. El prusiano soltó una carcajada, burlándose descaradamente de todo; recostado en el asiento, profería insultos contra Francia vencida, recordando que Austria fué también derrotada por ellos, poco antes; inspirábale risa y desprecio la defensa obstinada é impotente de las provincias, los voluntarios y los artilleros; anunciaba que Bismarck se proponía construir una ciudad de hierro con los cañones capturados. Y, de pronto, levantando una pierna, dió con el pie al señor Dubuis, el cual aplicó á la ventanilla su rostro enrojecido hasta las orejas.

Los ingleses habíanse refugiado en una indiferencia impasible, como en un islote apartado por completo del bullicio mundanal; eran dos estatuas.

El prusiano sacó la pipa, y encarándose desvergonzadamente con el francés, le dijo:

—Deme tabaco.

El señor Dubuis, respondió:

—No fumo, caballero.

El alemán estirándose, repuso:

—Cuando el tren se detenga, baje á comprar tabaco.

Y soltó una carcajada, satisfecho de añadir:

—Le daré propina.

La máquina silbó, disminuyendo su velocidad; pronto se detuvo ante las ruinas de una estación incendiada.

El prusiano abrió la portezuela, y cogiendo al señor Dubuis por un brazo le dijo:

—Haga el recado que le indiqué. De prisa, ¡de prisa!

Un destacamento alemán ocupaba el andén.

La máquina silbó de nuevo. El señor Dubuis, apeándose, pasó al departamento inmediato, mientras el tren se ponía en marcha.

***

Solo ya, libre, jadeante, desabrochó los botones del chaleco, para desahogar su corazón oprimido, y se pasó el pañuelo por la frente.

Llegaron á la estación inmediata; el tren se detuvo, y el prusiano, asomándose á la portezuela, se metió en el departamento donde iba solo el señor

Dubuis. Los dos ingleses le seguían, impulsados por una curiosidad irresistible..

Sentándose frente al francés, dijo el alemán riendo:

—No hizo usted mi encargo.

—No, caballero.

El tren corría, y el prusiano añadió:

—Le arrancaré los bigotes para llenar mi pipa.

Y adelantó una mano hacia el rostro de su víctima.

Los ingleses no pestañeaban.

El prusiano completó su atrevimiento, agarrándole una guía, y el señor Dubuis, lanzándose de pronto sobre su verdugo, lo agarrotó. Ciego de cólera, congestionado, iracundo, sujetándole bien con una mano, con la otra le golpeaba el rostro fieramente. Intentó el prusiano librarse de los garfios que le retenían, de la mole que se le vino encima; pero el señor Dubuis le aplastaba con su enorme vientre. Le tenía sujeto con una mano crispada, golpeándole sin descanso con el puño libre. La sangre corría; el prusiano, ahogándose y escupiendo los dientes, hacía esfuerzos para librarse de aquella mole que le aprisionaba y martirizaba.

Los ingleses habíanse levantado para observar mejor la escena. De pie, complacidos y curiosos, á punto estuvieron de cruzar apuestas.

Fatigado, el señor Dubuis, incoporóse, y dejando su presa, volvió á sentarse.

Trastornado y dolorido el alemán, ya libre, no tuvo coraje para vengar inmediatamente su afrenta. Después de tomar aliento, dijo:

—Si no se bate usted, si no me ofrece una reparación por las armas, ¡le asesino!

El señor Dubuis respondió:

—Cuando usted quiera; estoy á sus órdenes.

El alemán se obstinaba:

—Llegaremos pronto á Strasburgo. Dos oficiales me apadrinarán; cerca de la estación, á pistola. El tren se detiene bastante.

Resoplando como una locomotora, el señor Dubuis preguntó á los ingleses:

—¿Querrán ser mis testigos?

Ambos respondieron:

—¡Sí!

El tren se detuvo; el prusiano saltó del coche, habló con dos oficiales, y en un momento quedó acordado todo, llevaron pistolas y eligieron lugar.

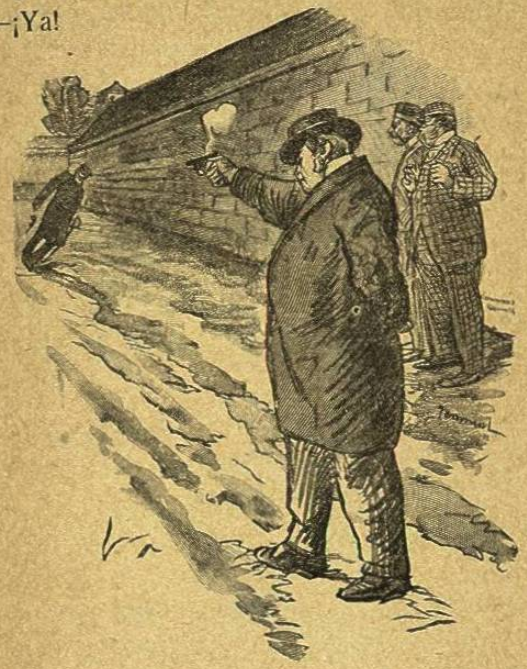
Los ingleses miraban con frecuencia sus relojes, apresurando los preparativos para no perder el tren, inquietos por la hora.

El señor Dubuis no había empuñado jamás un arma.

Le colocaron á diez metros de su enemigo.

—¿Están dispuestos?

—¡Ya!



Uno de los ingleses abrió el paraguas para librarse del sol.

—¡Fuego!

El señor Dubuis disparó, sin darse cuenta de lo que hacía, sin ver á donde apuntaba; y el prusiano

tambaleándose, levantó los brazos, y cayó de bruces muerto.

Los ingleses no pudieron contener una exclamación de su vibrante curiosidad satisfecha. Uno, cogiendo al señor Dubuis por un brazo, á paso de carga, encaminóse á la estación; el otro iba delante, con los puños cerrados y los codos unidos al cuerpo, marcando el paso:

—¡Uno! ¡dos! ¡Uno! ¡dos!

Los tres avanzaban, al trote, como grotescas figuras de un periódico festivo.

El tren se ponía ya en marcha; saltaron al coche y se dejaron caer sobre los asientos, respirando con satisfacción. Después, los ingleses, levantándose, con el sombrero en alto, repitieron tres veces:

—Hip, hip, hip ¡hurrah!

Y habiendo estrechado gravemente la mano derecha del señor Dubuis, volvieron á sentarse cada uno en su rincón, silenciosos, impasibles.

DESDICHADA CURIOSIDAD

El señor Saval, notario de Vernón, era muy aficionado á la música. Joven todavía, calvo ya, y siempre cuidadosamente afeitado, bastante grueso, llevando lentes de oro en vez de las antiguas gafas, era galante, vivo, alegre, y pasaba en Vernón por un artista. Tocaba el piano y el violín, y en sus veladas musicales interpretaba las óperas nuevas.

Además, tenía lo que se llama «un hilito de voz», un hilito solamente, pero la manejaba con tanto gusto, que los «¡Bravo! ¡Exquisito! ¡Sorprendente! ¡Admirable!» salían de todas las bocas en cuanto lanzaba la última nota.

Un editor de música de París le mandaba todas las novedades, y de cuando en cuando, la buena sociedad de Vernón recibía tarjetas redactadas en esta forma:

«*Ruego á usted que se digne asistir el lunes por la noche, en casa del señor Saval, notario, á la primera audición en Vernón de...* (tal ó cual partitura).»

Algunos militares que tenían buena voz hacían los coros. Y dos ó tres damas cantaban también.

El notario dirigía la orquesta y las voces con tanta seguridad, que el músico mayor del regimiento número ciento noventa de Infantería, dijo una vez en el café de Europa:

—El señor Saval es un verdadero maestro; lástima que no se haya dedicado exclusivamente á las artes.

Cuando alguien citaba su nombre, no faltaba otro que declarase:

—No es un aficionado; es un artista, un verdadero artista.

Dos ó tres personas repetían con profunda convicción:

—Sin duda: un verdadero artista.

Y recalcaban mucho la palabra «verdadero».

Cada vez que una obra nueva era interpretada en un teatro de primer orden de París, el señor Saval hacía un viaje.

Ultimamente quiso asistir á una de las primeras representaciones del *Enrique VIII*. Tomó el expreso que llega á París á las cuatro y treinta de la tarde,

resuelto á regresar en el de las doce y cuarenta y cinco, para no dormir fuera de casa. Fuése ya vestido de frac y corbata blanca, disimulándolos bajo un sobretodo con el cuello levantado.

En cuanto pisó la calle de Amsterdam, fué dicho so y se dijo;

—No hay duda: el ambiente de París no se parece á ningún otro; hay algo en él de activo, excitante y embriagador, que anima y hace concebir muchos deseos. En cuanto llego á la estación me parece que apuro una botella de Champagne.

¡Qué vida tan agradable aquí, en medio de un mundo artístico! Felices los grandes hombres, los elegidos que gozan de fama en esta capital del Arte. ¡Qué vida la suya!

Y hacía proyectos; hubiera querido conocer á alguno de aquellos hombres célebres para pasar en su compañía, de cuando en cuando, una velada en París y contarlo después en Vernón.

De pronto tuvo una idea. Había oído hablar de las cervecerías á donde acuden pintores ya conocidos, literatos y hasta músicos, y se dirigió hacia las alturas de Montmartre, lentamente.

Le sobraban dos horas antes de la de ir al teatro. Podía ver alguna cosa. Pasó por delante de las cervecerías donde se reúnen los bohemios desarra-

pados, contemplando sus cabezas, tratando de adivinar cuáles eran los artistas. Al fin se decidió á entrar en la «Rata Muerta», sugestionado por el rótulo.

Cinco ó seis mujeres con los codos sobre las mesas de mármol, hablaban de sus asuntos amorosos, de las disputas de Lucía con Hortensia, y de las tunantadas de Palmira. Eran ya maduras, demasiado gordas ó demasiado flacuchas; todas fatigadas y gastadas. Se adivinaban las calvas en sus peinados; bebían tanta cerveza como los hombres.

El señor Saval fué á sentarse á distancia de las mujeres, y esperó, confiado en que no tardarían en llegar los artistas, porque se acercaba la hora del ajenjo.

Un gallardo joven, llegó pronto y tomó asiento cerca de Saval. Saludando al recién llegado, la señora del mostrador le llamó Romantin.

El notario sintió una emoción agradable. ¿Sería este Romantin el que acababa de obtener primera medalla en la Exposición de Pintura?

El joven llamó al mozo y le dijo:

—Dame de comer en seguida, y que lleven pronto á mi nuevo estudio, bulevard de Clichy, núm. 15, treinta botellas de cerveza y el jamón que tengo encargado. Vamos á celebrar la nueva instalación.

Saval pidió también que le sirvieran un cubierto. Se quitó el sobretodo, mostrando el frac y la corbata blanca.

Su vecino de mesa, que sin duda no reparaba en él, había cogido un periódico y leía.

Saval le miraba de reojo ardiendo en deseos de hablarle.

Otros dos jóvenes con la barba en punta á lo Enrique III, y vestidos con cazadoras de pana, entraron, sentándose junto á Romantin.

Uno dijo:

—¿Será esta noche?

Romantin le dió la mano:

—Sí, esta noche. Allí estarán Bonat, Guillemet, Gervex, Biraud, Hebert, Díez, Clairin, Jean-Paul Laurens. ¡Una hermosa fiesta! ¡Con mujeres! Todas las actrices que no trabajen esta noche.

El dueño del establecimiento se acercó, diciendo:

—Inaugura usted el estudio con mucha frecuencia.

—Verdad que sí. Cada trimestre hay mudanza; en cuanto el casero se obstina en cobrar.

El notario, no pudiendo ya contenerse, metió baza en la conversación.

—Ruego á usted que me perdone, caballero; pero antes oí su nombre y desearía que me dijera si es usted el pintor cuya obra he admirado tanto en la última Exposición.

El artista dijo:

—Soy, en efecto, Romantin, el pintor premiado con primera medalla.

El notario estuvo muy oportuno en las frases elogiosas que pronunció y que le acreditaban de hombre culto.

El pintor, halagado, contestó finamente á tantas finezas.

Y hablaron.

Romantin volvió á tratar de su fiesta, que sin duda sería magnífica.

Saval, después de preguntarle algo de todas las celebridades que asistirían, añadió:

—Para un forastero sería una fortuna extraordinaria conocer de un golpe tantos hombres famosos en casa de un artista eminente.

Romantin ofreció:

—Si le agrada, vaya usted.

Saval aceptó con entusiasmo, pensando: «Queda tiempo de ver el *Enrique VIII*.»

Uno y otro acabaron de comer. El notario tuvo empeño en pagar los dos cubiertos, deseando corresponder de algún modo á las atenciones del artista. Pagó también lo que bebieron los de las cazadoras de pana.

Luego salió de la cervecería con el pintor.

Se detuvieron frente á una casa muy grande y de poca altura, sobre cuyo primer piso había una galería de cristales interminable. Seis estudios en fila tomaban luz del bulevar.

Romantin pasó delante, subió la escalera, abrió la puerta, encendió una cerilla primero y después una vela.

Se hallaron en una habitación inmensa y destartalada cuyo mobiliario consistía en tres sillas, dos caballetes y algunos bocetos clavados en la pared. Saval, estupefacto, quedó inmóvil junto á la puerta.

El pintor dijo:

—Espacio tenemos bastante; pero falta lo demás.

Después, examinando el aposento destartalado, cuyo techo de gran altura se perdía en la sombra, añadió:

—Se podría sacar mucho partido del estudio. Mi querida pudo ayudarnos. Para estas cosas, las mujeres no tienen precio. Pero la envié al campo esta mañana con objeto de librarme de su presencia esta noche. No porque me aburra, sino porque no tiene maneras finas y sus brusquedades podrían desagradar á mis invitados.

Cuando hubo reflexionado un momento, añadió:

—Es una buena muchacha; pero con un carácter imposible. Si hoy supiera que recibo en mi casa, me arrancaría los ojos.

Saval continuaba inmóvil sin comprender todo aquello.

El artista se acercó á él.

—Ya que vino usted, ayúdeme.

—Sírvase de mí como quiera. Estoy á sus órdenes.

Romantin se quitó la cazadora.

—Bien, ciudadano, ¡á trabajar! Primero se impone un poco de limpieza.

Y de detrás del caballete donde había un lienzo con un gato pintado, sacó una escoba muy usada.

—Tome usted; haga el barrido mientras yo me ocupo de la luz.

Saval cogió la escoba, la miró y empezó á frotar con ella el suelo, tan desmañadamente, que levantaba nubes de polvo.

Romantin, indignado, le detuvo quitándole la escoba.

—¿No sabe usted cómo se barre? ¡Caramba! Mire, mire usted cómo lo hago yo.

Y empezó á mover la escoba con ligereza, reuniendo un montón de basura, como si no hubiera hecho en toda su vida más que barrer. Luego devolvió el instrumento de limpieza al notario, el cual procuró imitarle.

A los cinco minutos habíase levantado tanto polvo, que Romantin preguntó:

—¿Dónde se ha metido usted, que no le veo?

Saval se acercó al pintor, y éste le dijo:

—¿Cómo se las compondría usted para improvisar una araña?

El notario, sorprendido, repitió:

—¿Una araña?

—Sí; para la iluminación; una araña con bujías.

El notario dijo:

—No lo sé.

El pintor, haciendo castañetear sus dedos, paseaba:

—Pues bien, ya he resuelto la manera de hacerla.

Luego, reposadamente, prosiguió:

—¿Tiene usted cinco francos?

Saval dijo:

—Los tengo.

El artista replicó:

—Pues vaya en seguida y compre cinco francos de bujías mientras yo voy á casa del cubero.

Y empujó al notario hacia la puerta.

Volvieron pronto, el uno con las bujías y el otro con un aro de cuba. Luego, Romantin sacó de un armario de pared veinte botellas vacías y las ató en el aro. Fué á pedir una escalera de mano á la portera, explicando á Saval que la tenía propicia por haberle retratado la gata.

Al subir con el artefacto preguntó á Saval:

—¿Es usted un hombre ágil?

Sin comprender el objeto de la pregunta, el notario contestó:

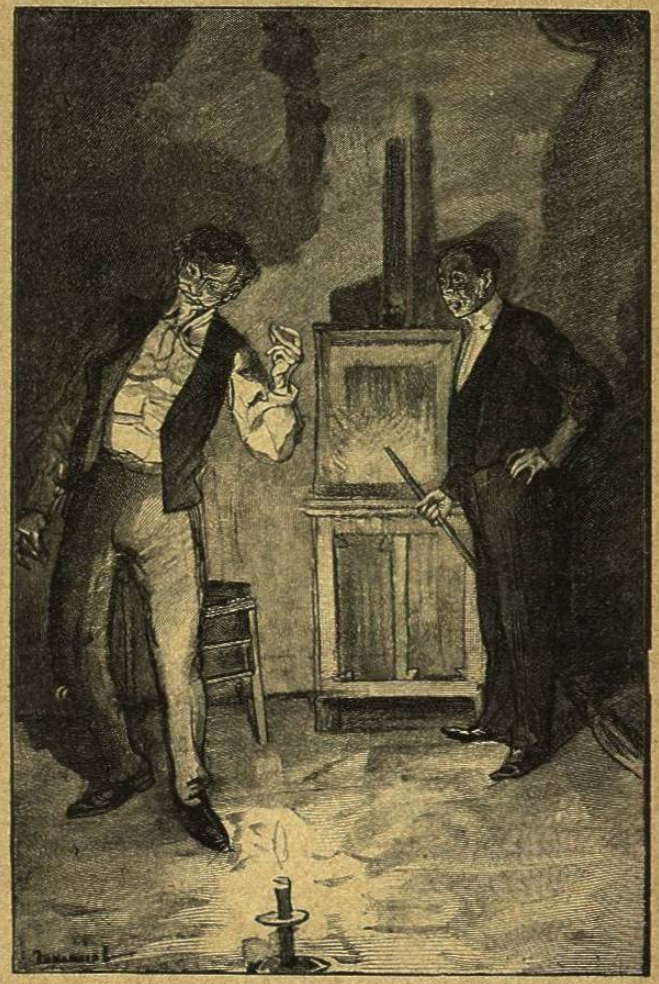
—Creo que sí.

—Me alegro; usted puede subir á colgar mi araña en el techo, y poner luego en cada botella una bujía. Tengo la vena de la iluminación. Pero, ¡caramba! Quítese usted el frac para esto.

Abrióse la puerta bruscamente y apareció una mujer con los ojos muy brillantes.

Romantin la miró asustado.

La mujer estuvo inmóvil y silenciosa, con los brazos cruzados y la mirada fija; luego, con voz vibrante, exasperada, gritó:



—¡Ah! ¡Cochino! ¡Sinvergüenza! ¿Por qué me has engañado?

Romantin permanecía silencioso. Ella prosiguió:

—¡Ah! ¡Canalla! Y aún presumías de obsequioso, mandándome al campo. Ya verás cómo arreglo yo tu fiesta. Sí. Voy á recibir á tus amigos yo misma...

Se animaba gradualmente.

—Les tiraré á los morros las botellas y las bujías... Ya verás...

Romantin dijo, con dulzura, queriendo apaciguarla:

—Matilde...

Pero ella, sin hacerle caso, proseguía:

—Ya verás, canalla, ya veréis todos una cosa buena.

Romantin se acercó á la mujer intentando acariciarle una mano:

—Matilde...

Pero ella estaba furiosa, vomitando frases groseras, insultos, reproches de todas clases que brotaban de sus labios como un torrente de inmundicia. Las palabras atropellábanse para salir. Tartamudeaba, barboteaba, se atragantaba, mezclando injurias, amenazas y juramentos. El pintor le había cogido las manos sin que ella se diese cuenta. Ni parecía verle, ocupada sólo en vaciar su corazón. De pronto lloró. Sus lágrimas caían y se mezclaban con sus quejas; pero su voz tomaba inflexiones tristes y sentimentales hasta que se convirtió en un lamento. Quiso insistir en sus provocaciones dos, tres, cuatro veces, pero sus lágrimas acabaron por imponerla silencio, desbordándose.

Y el pintor enternecido la oprimió entre sus brazos y la besó en los cabellos.

—Matilde, mi querida Matilde, óyeme, sé razonable. No ignoras que necesito festejar la medalla que me han dado en la Exposición. Hay compromisos inevitables. No es una fiesta de mujeres. Deberías comprenderlo. Los artistas no somos como todo el mundo.

Ella balbuceó entre lágrimas:

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no te disgustaras. Vamos; ahora te llevaré á tu casa; y serás muy buena y muy prudente y te acostarás para esperarme; yo iré pronto.

Ella murmuró:

—Bueno. ¿Me prometes que no se repetirán estas cosas?

—Te lo juro.

Y dirigiéndose al notario que acababa de arreglar la araña, le dijo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV... "ALFONSO REYES"
...údo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Antes de cinco minutos volveré; pero si alguien viniera en ese tiempo, hágale usted los honores de la casa.

Y se fué llevándose á Matilde que se limpiaba con el pañuelo los ojos y las narices alternativamente.

Solo allí, Saval acabó de ordenar las cosas, encendió las bujías y aguardó.

Aguardó un cuarto de hora, media hora, una hora, sin que volviera Romantin.

Después, de pronto, resonó en la escalera una gritería horrible, una canción vociferada por cien bocas; y un paso rimado como el de un regimiento en marcha. Las sacudidas acompasadas de los pies hacían retemblar el edificio. La puerta se abrió y una muchedumbre se precipitó en el estudio. Mujeres y hombres, de dos en dos, avanzaban gritando:

Entrad en mi barraca, entrad.
Criadas y niños, entrad.

El notario, sorprendido, quedó inmóvil debajo de la lámpara. Los recién llegados, al verle, dando gritos comenzaron á girar á su alrededor, encerrándole en un círculo de vociferaciones. Luego se cogieron todos por la mano y bailaron en corro desaforadamente.

El notario trataba de explicarse:

—Señores... Señores... Señoras...

Pero nadie le oía. Todos giraban, saltaban y alborotaban.

Al fin la danza se detuvo, y Saval dijo:

—Señores...

Un joven rubio le interrumpió:

—¿Cómo se llama usted, amigo?

El notario, molestado, respondió:

—Soy el señor Saval.

Una voz dijo:

—Quieres decir, Bautista.

Una mujer añadió:

—Dejadle tranquilo. El mozo acabará enfadándose. Le han pagado para que nos sirva y no para que nos burlemos de él.

Entonces reparó Saval que todos los invitados llevaban provisiones. Uno, vino; otro, pasteles; aquél, pan; éste, jamón.

El joven rubio le puso en las manos un salchichón enorme, ordenándole:

—Prepara el bufé convenientemente. Pon las botellas á la izquierda y los comestibles á la derecha.

Saval, desesperado, exclamó:

—Pero, señores, yo no soy un mozo de café: soy un notario.

Hubo un instante de silencio; luego estalló una carcajada brutal.

Un desconfiado le dirigió esta pregunta:

—¿Por qué vino usted aquí?

Saval dió explicaciones, relatando su proyecto de asistir á la Ópera, su salida de Vernón, su llegada á París. Cuanto le había ocurrido.

Se habían sentado todos á su alrededor para escucharle, y de cuando en cuando le interrumpían con frases irónicas; algunos le llamaban Schehera-zada, recordando las *Mil y una noches*.

Romantin no volvía. Llegaban invitados y los primeros, presentándoles á Saval, pedían que les repitiese la historia. Él se negaba, pero á fuerza de ruegos é insistencias, le hacían ceder. Le ataron en una de las tres sillas, entre dos mujeres que le ofrecían vino á cada instante.

El notario bebía, reía, charlaba y hasta llegó á cantar. Quiso levantarse y cayó.

A partir de aquel momento perdió el sentido. Sin embargo, le pareció que le desnudaban, que le acostaban y que le dolía mucho el estómago.

Era casi medio día cuando despertó en una alcoba estrecha, en una cama desconocida.

Una mujeruca, empuñando una escoba, le miraba furiosamente, y al fin le dijo:

—¡Sucio, más que sucio! No es decente ni decoroso emborracharse así.

Saval se incorporó, sintiéndose incómodo y dijo:

—¿Por qué me trajeron aquí?

—Por borracho, ¡sucio!; porque no se podía tener

de borracho. ¡Arre allá! y váyase lo antes posible. ¡Pronto, pronto!

Quiso levantarse, pero estaba desnudo y no vió su ropa en parte alguna.

—Señora, yo...

Recordando, preguntó:

—¿El señor Romantin no ha vuelto?

La portera dijo vociferando:

—¿Quiere usted callar? Largo de aquí. Al menos que no le vea cuando entre.

Saval turbado, murmuró:

—Pero si me han quitado mi ropa...

Fué preciso avisar á unos amigos, pedirles dinero y comprarse ropa. Tomó el tren de la noche.

Y cuando se habla de música en sus tertulias de Vernón, dice con el aplomo de quien sabe muy bien lo que se dice, que la pintura es un arte secundario, de poco más ó menos.

EL VENGADOR

CUANDO Antonio Leuillet se casó con Matilde, la viuda de Souris, hacia ya diez años que se hallaba enamorado de ella.

Souris era el amigo, el viejo camarada de colegio de Antonio Leuillet, quien le quería mucho, encontrándole, sin embargo, un poco simple, y decía con frecuencia:

—Este pobre Souris no ha inventado la pólvora.

Cuando supo que Souris se casaba con Matilde, quedó Leuillet sorprendido y un poco molesto, porque sentía mucha inclinación hacia ella.

Era la hija única de una señora de su vecindad, retirada del comercio con un insignificante capital. Matilde, bonita, delicada, inteligente, apechugó sin duda con Souris por verse rica.

Entonces Leuillet concibió esperanzas de otro género, pretendiendo á la mujer de su amigo, y, á

pesar de que tenía buena figura, talento y tanta renta como Souris, nada consiguió. Lo imposible de sus propósitos fué causa de que se apasionara

verdaderamente, siendo un enamorado discreto, prudente y tímido.

La señora de Souris, convenciéndose de que ya no la pretendía con deseos voluptuosos, correspondió sinceramente á sus atenciones con una verdadera y noble amistad.

Pasaron así nueve años, hasta que una mañana un recadero llevó á Leuillet, escrita en el respaldo de una tarjeta una frase desconsolada de la pobre señora. Souris acababa de morir de repente.

Lo primero que sintió Leuillet fué la sacudida desagradable que una peligrosa noticia produce, pues los dos amigos eran de una misma edad. Pero al instante borraron sus temores destellos de profundas alegrías: Matilde no tenía ya dueño.

Sin embargo, supo mostrarse afligido como lo exigían las circunstancias, y aguardó el tiempo necesario para no faltar á las usuales conveniencias.

A los quince meses contrajo matrimonio con la viuda.

Este suceso pareció cosa natural y hasta un arranque generoso.

Al fin hallaba su felicidad.

Vivieron cordialmente, íntimamente, comprendiéndose y estimándose desde el primer día. No tenían secretos el uno para el otro, y se comunicaban sus más íntimos pensamientos. Leuillet sentía por Matilde un amor tranquilo y confiado. Pero le quedaba un resentimiento singular, inexplicable, contra el difunto Souris, que había gozado antes á la

mujer que le sacrificó el primer perfume de su juventud y de su alma. Este recuerdo nublaba un poco las dichas del segundo marido.

Celoso y soliviantado, hablaba con frecuencia de Souris, queriendo conocer mil detalles íntimos de sus costumbres; y todo le inspiraba ironías y burlas, recalcando sus defectos y poniendo más de relieve sus ridiculeces.

Llamando á su mujer cuando se encontraba en otras habitaciones, la decía:

—Ven, que deseo preguntarte una cosa.

Y ella se acercaba sonriente, segura de que le hablaría del difunto y halagando esta inofensiva preocupación de su nuevo esposo.

—Dime, ¿recuerdas que un día Souris quiso demostrarme que las mujeres gustan más de los hombres de mediana estatura que de los altos?

Y se perdía en divagaciones que honraban poco al difunto, poniéndole á él en buen lugar; Matilde, que le daba la razón en todo, reía graciosamente.

Así eran felices, muy felices, y Leuillet no dejaba de probar á Matilde su amor inagotable, con todas las manifestaciones de costumbre.

Pero una noche, hallándose desvelados los dos, Leuillet, que acariciaba muy apasionadamente á su esposa, le dijo:

—Escucha.

—¿Qué quieres?

—Hacerte una pregunta... bastante difícil: ¿Souris era muy... cariñoso?

Ella, besándole con ternura, balbuceó:

—No tanto como tú, rico mío.

Satisfecho en su amor propio, el marido insistió:

—Debía ser bastante... soso, ¿eh?

Matilde no respondió, y riendo maliciosamente apoyaba el rostro en el cuello de su marido. Este insistía.

—Debió ser muy soso... y también algo torpe...

Ella hizo un gesto afirmativo. El prosiguió:

—Y algunas noches debería molestarte, aburrirte con sus...

Matilde respondió viva y francamente:

—¡Oh! ¡Sí!

Leuillet la besó con entusiasmo, añadiendo:

—Era un poco bruto; incapaz de hacerte feliz.

—No me hizo feliz.

Leuillet estaba encantado, comparando en su imaginación el primer matrimonio de Matilde con el segundo y deduciendo, naturalmente, un juicio muy favorable para él.

Estuvo sin hablar un rato; y luego exclamó satisfecho:

—Dime.

—¿Qué?

—¿Vas á responderme con franqueza? ¿Con absoluta franqueza?

—Sí.

—Dime, ¿no sentiste nunca tentaciones de... de engañarle?

Matilde lanzó una exclamación de sorpresa pudorosa, ocultando la cara en el pecho de su marido; pero él, notando que reía, insistió:

—Confiésalo. El pobre hombre tenía cabeza de cornudo. ¡Sería tan gracioso! Dímelo, anda, no dudes. A mí no me lo debes ocultar. A mí...

Suponía que si alguna vez pensó en engañar á Souris fué con él, con Antonio Leuillet, su adorador constante, su amigo de confianza, y el gusto de oir aquella confesión le obsesionaba, estando convencido de que, á no ser por la gran virtud de Matilde, la hubiera gozado ya en tiempo del otro. Pero ella no respondía, riendo sin cesar, como si recordara un suceso muy cómico.

También Leuillet comenzó á reir, porque le cosquilleaba la idea de que los deseos refrenados y las intenciones de Matilde habían hecho moralmente cornudo al primer marido. ¡Qué jugarreta! ¡Qué burla!

Y balbuceaba, estremecido por su alegre risa:

—El pobre Souris... ¡ah! ¡ah! tenía la cabeza... ¡ah! ¡ah!... de predestinado... ¡ah! ¡ah!... Sí... ¡ah! ¡ah!...

Matilde retorciéndose, muerta de risa, no podía más.

Y Leuillet insistía.

—Cuenta, cuenta. Sé franca. Comprenderás que la cosa no puede molestarme.

Ella, que seguía riendo, balbuceó:

—Sí... Sí...

—Sí... ¿Qué? Vamos; dilo todo.

Matilde, acercando los labios al oído de Leuillet, que aguardaba impaciente una deliciosa confidencia, murmuró:

—Sí; le había engañado.

Su marido sintió un estremecimiento como si se le hubiera helado la medula, y balbuceó:

—¿Tú... tú... le has engañado... completamente?

Matilde, creyendo que aún le alegraba la confidencia, prosiguió:

—Sí... ¡Completamente!

Leuillet tuvo que incorporarse porque se ahogaba. Le hizo tanto daño adquirir aquella certeza como si fuera engañado él mismo. Calló de pronto y al cabo de un momento lanzó un profundo suspiro.

Matilde ya no reía, segura de que su alegre aturdimiento la hizo cometer una imprudencia.

Al cabo Leuillet preguntó:

—¿Y con quién?

Hubo unos instantes de silencio.

El marido repitió:

—¿Con quién?

Y la mujer dijo:

—Con un joven.

Leuillet, inclinándose hacia ella bruscamente, hablaba con sequedad.

—Ya me figuro que no sería con la cocinera. Pero lo que yo te pregunto es quién era ese joven.

Matilde no respondió. El marido, tirando de la sábana con que ella se cubría la cabeza, repitió:

— Lo que yo te pregunto es quién era ese joven. ¿Has entendido?

Y ella, esforzándose vanamente para disimular su angustia, dijo:

—Fué una broma.

—¿Cómo? ¿Una broma?—exclamó el marido furioso—. ¿Querías divertirte conmigo? No es una broma. Dime lo que te pregunto.

Ella seguía silenciosa, inmóvil.

Cogiéndola de un brazo y sacudiéndola violentamente, Leuillet gritó:

—¿No quieres contestarme? Pues yo exijo que me contestes á lo que te pregunto.

Matilde murmuró nerviosamente:

—Calla. Te has vuelto loco.

Leuillet furioso, desesperado, zarandeándola, re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA MONTERREY, MEXICO

—¿Me oyes? ¿Me oyes?

Ella quiso desasirse con un movimiento brusco y con la punta de los dedos tocó á la nariz de su marido. Este, creyendo que su mujer había intentado pegarle una bofetada, la emprendió á golpes con ella, sopapeándola muy lindamente.

—¡Toma! ¡toma! ¡descarada! ¡maldita! ¡mujerzuela! ¡mujerzuela!

Cuando estuvo cansado, levantóse, y acercándose á la mesa, tomó un vaso de agua con azúcar y azahar.

Matilde lloró amargamente, sintiendo que se derrumbaba toda su dicha.

Y entre abundantes lágrimas, repetía sollozando:

—Escúchame, Antonio, no me abandones, ven; te juro que fué un engaño; tú sabes que no puede ser verdad. Acércate, Antonio; escúchame...

Preparando su defensa con explicaciones y mentiras bien hilvanadas, Matilde se incorporaba humildemente.

Y Antonio se acercó á ella silencioso, avergonzado ya de sus furores, pero sintiendo en su corazón de marido un odio inextinguible contra la mujer que había engañado al otro, contra la casada que faltó á sus deberes de buena esposa.

LAS PRIMERAS NIEVES

El camino de la Croisete curvándose, bordea el agua límpida y azul. A la derecha y en los confines del horizonte, avanza el Estertel cortando el mar, y limita el panorama con sus cumbres pintorescas, agudas y numerosas.

A la izquierda, las islas de Santa Margarita y San Honorato, aparecen cubiertas de pinos; y en las faldas montañosas de Cannes, las blancas *villas* parecen dormir al sol. Se descubren desde muy lejos, diseminadas, y semejantes á copos de nieve salpicando el verdor obscuro.

Las más próximas á la orilla del mar, abren su verja de hierro junto al camino que del otro lado bañan las olas tranquilas.

Apenas un ligero escalofrío turba la placidez encantadora de un día de invierno. Sobre las tapias de los jardines asoman los naranjos y limoneros

sus ramas cubiertas de frutos dorados. Algunas damas pasean lentamente, atentas á los juegos de los niños ó á la conversación de los caballeros que las acompañan.

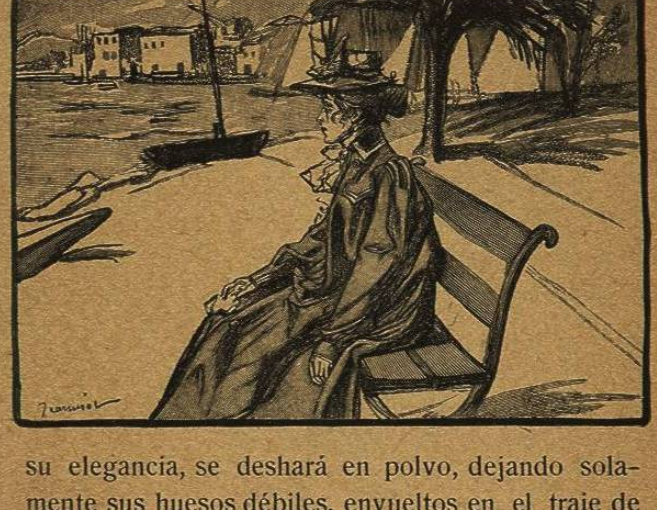
***

Una señora joven, al salir de una casita preciosa, detiénese un instante mirando á los transeuntes; luego, risueña y abrumada, se sienta en un banco, frente al mar. Aquellos veinte pasos la fatigan, su pálido rostro parece de una muerta. Se ahoga, y tose, llevándose á los labios una mano delgada y transparente.

Contempla el cielo inundado en resplandores del sol, mira revolotear las golondrinas, y sus ojos, que se posaron antes en las cumbres caprichosas y lejanas del Estertel, descansan luego en el mar, tan azul, tan plácido, tan hermoso.

Sonriendo, murmura: «¡Qué feliz soy!»

Y sabe que muere, sabe que no verá la primavera; que al año siguiente, cuando vuelvan al mismo lugar todos aquellos que á su vista pasean, para respirar el aire tibio y sano de aquel país, con los niños un poco mayores y el corazón henchido siempre de esperanzas, de ternuras, de alegrías, en una caja de madera, la pobre carne que aún luce



su elegancia, se deshará en polvo, dejando solamente sus huesos débiles, envueltos en el traje de seda que ya eligió para sudario.

No existirá. Todas las cosas, la vida, continuarán para otros. Para ella, no. Acabará todo para ella; todo, todo. Ella no existirá.

Y sonríe, respirando lo más posible, con el esfuerzo de sus pulmones doloridos, el aire que se perfuma en los jardines.

Recuerda.

***

La casaron con un caballero de Normandía. Era un buen mozo, fuerte, barbudo, ancho de espaldas,

bullicioso y satisfecho; pero de inteligencia no muy cultivada.

Los unieron por conveniencias que la esposa no comprendía. Ella hubiese dicho con gusto: «no»; dijo «sí», por no contrariar á sus padres. Vivía en París, alegre y dichosa.

La llevó su marido á una posesión señorial de Normandía. Un edificio de piedra, junto á un bosque de pinos corpulentos. Por delante, sólo se veía el verdor obscuro del monte; por detrás una llanura estéril; un caminito los ponía en comunicación con la carretera que distaba de allí tres kilómetros.

¡Oh! Lo recuerda todo: su llegada, el primer día que pasó en su nueva residencia, su vida silenciosa y aislada.

Viendo los viejos muros, al apearse del coche, había dicho sonriendo:

—No es muy alegre nuestra casa.

Y su marido, sonriendo también, había contestado:

—Ya verás: á todo se acostumbra uno; á mí nunca me aburrió esto.

Pasaron aquel día besándose y acariciándose; á ella no se le hizo largo ni aburrido. Al día siguiente y toda la semana, el hombre la devoró á fuerza de caricias.

Luego, ella organizó á su gusto la casa. Entretenimiento para un mes.

Pasaba los días en ocupaciones insignificantes, y, sin embargo, absorbentes. Pudo apreciar el valor y la importancia de los pequeños accidentes de la vida. Comprendió que puede interesar el precio de los huevos, los cuales cuestan, según la estación, unos céntimos más ó menos.

Era en verano. Iba por las tardes á ver segar las mieses, y la viva luz del sol alegraba su espíritu.

Llegó el otoño. Su marido iba de caza, saliendo al amanecer con sus dos perros, *Medor* y *Mirza*. Ella quedaba sola, sin que la entristeciesen mucho las ausencias de Enrique. Le quería, pero no llegaba su cariño á tanto que le fuera imprescindible su presencia. Los perros la inspiraban mil cuidados. Al verlos llegar, jadeantes, los acariciaba con afecto maternal, diciéndoles muchas ternezas que no se le ocurría jamás decir á su marido. El cual, invariablemente, le contaba las peripecias de la caza, indicándola dónde había encontrado perdices y sorprendiéndose de no haber podido levantar una liebre; ó se quejaba de la conducta indigna del señor Lechapelier, quien le seguía constantemente á corta distancia, para matar las piezas que él, Enrique de Parville, levantaba.

Y ella, pensando en otra cosa, respondía:

—Claro; no está bien.

Llegó el invierno; el invierno de Normandía, frío y lluvioso. Los interminables aguaceros hacían crujir las pizarras; los caminos parecían ríos de agua turbia; el campo era una balsa de lodo. Solamente se oían los chapoteos del agua; solamente se veían aletear los cuervos, cayendo en bandada, como una tempestuosa y negra nube, sobre los campos.

A eso de las cuatro de la tarde se posaba el ejército lúgubre, lanzando graznidos ensordecedores, en las gigantescas hayas, á la izquierda del caserón señorial. Durante más de una hora revoloteaban de copa en copa, cruzándose y tropezándose, como si combatieran unos con otros.

Ella, con el corazón oprimido, los veía cada tarde, aterrada por la melancolía lúgubre del anochecer en aquel desierto.

Luego llamaba, pidiendo luces, y acercándose á la chimenea, quemaba leños y más leños, no logrando nunca templar las inmensas habitaciones, invadidas por el frío y la humedad exterior. Helábase todo el día en la sala, en el comedor, en su gabinete y en su alcoba; el frío traspasaba su carne, llegando hasta la medula de sus huesos.

A Enrique lo veía sólo á las horas de comer, porque si daba un descanso á la caza, era para cuidar de sus graneros y de las labores del campo. Regresaba siempre alegre y enlodado; restregándose las manos repetía:

—¡Condenado tiempo!

Y otras veces:

—¡Da gusto acercarse á una buena lumbre!

Cuando no:

—¿Qué decimos hoy? ¿estamos contentos?

Él estaba siempre contento, limitando sus aspiraciones á vivir de aquel modo.

Hacia Diciembre, cuando empezó á nevar, enfrióse de tal manera el caserón, que la mujer, no pudiendo resistir más, dijo al marido:

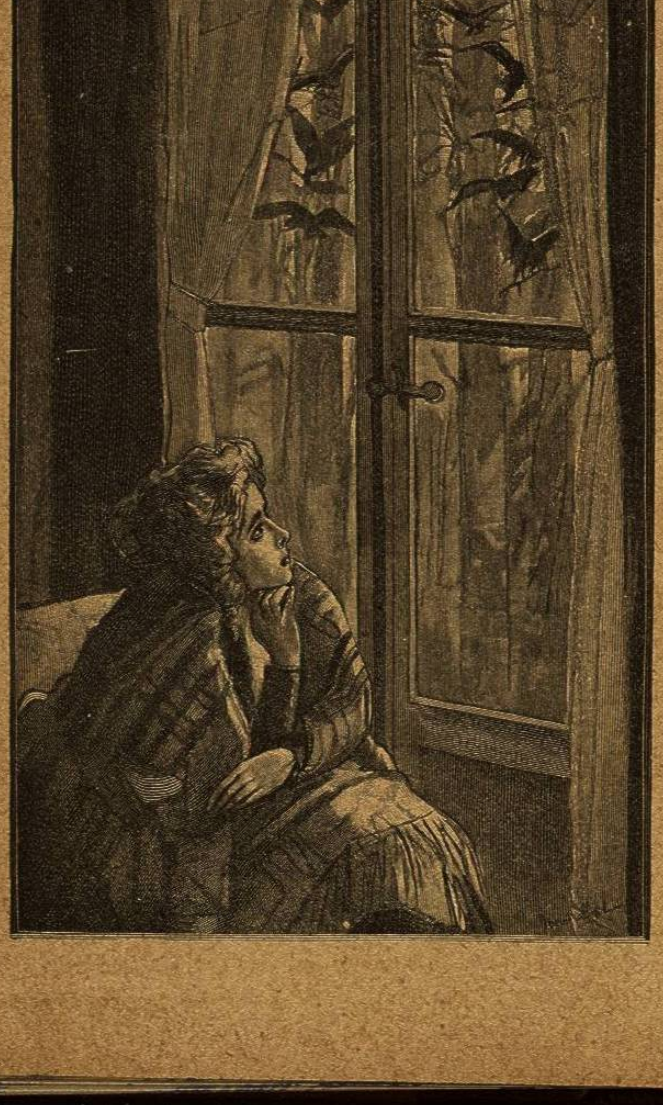
—¿Por qué no mandas traer una estufa? Secaría las paredes. Te aseguro que no entro en calor ni un instante.

Sorprendió á Enrique la idea. ¡Poner una estufa en un caserón solariego! Le hubiera parecido más lógico servir á sus perros la comida en fuentes de plata.

Y no pudo contener una enorme carcajada:

—¡Qué ocurrencia! Una estufa... un pegote aquí... En este caserón ¡una estufa!

Ella insistía:



—Sí; hace mucho frío; tú no lo notas porque sales, porque te mueves... Yo me hielo.

—Ya te acostumbrarás. El frío es muy sano; robustece. Aquí no somos parisienses ¡ira de Dios! para vivir entre algodones ó metidos en estufas. El invierno es corto, y en seguida viene la primavera.

*
* *

A principios de año, una desgracia terrible la sorprendió; sus padres murieron víctimas de un trágico accidente de carruaje, y ella fué á París unos días. La tristeza invadió su espíritu durante cuatro meses. El buen tiempo la hizo revivir algo, y pasó, lánguidamente, hasta el otoño.

Los nuevos fríos la presentaron por vez primera el espectro de un porvenir angustiado. ¿Qué haría? Nada. ¿Qué ilusiones podían reanimar su corazón? Un médico, á quien ella consultó, la dijo que nunca tendría hijos. Ni esa esperanza.

Más duro, más penetrante aún que en el invierno anterior, el frío la invadía. Se acercaba mucho á la lumbre, y mientras las movedizas llamas abrasaban su rostro, sentía en la espalda estremecimientos glaciales. Por todas las aberturas, por todas las rendijas, pasaban corrientes de aire, filos helados, amenazadores, irónicos, implacables como enemigos

crueles. Asediábanla en todas partes, rozando su piel entumecida, con aliento mortal.

Habló nuevamente de la estufa; pero su marido la escuchaba como si le pidiera una cosa imposible; instalación de un aparato semejante le parecía tan absurdo como el descubrimiento de la piedra filosofal.

Habiendo ido á Roan para negocios, llevó á su mujer un braserillo de cobre, al cual llamaba riendo «estufa portátil», y pensó haber hecho lo bastante para que la infeliz no se quejara más de frío.

A fines de Diciembre, la mujer, comprendiendo que le sería imposible vivir siempre de aquel modo, mientras comían, se atrevió á preguntar dulcemente:

—Oye: ¿No iremos á París una semana ó dos antes de la primavera?

La pregunta produjo en Enrique una sorpresa enorme.

—¿A París? ¿A París? ¿Para qué? ¡Ah, no! Aquí estamos divinamente; aquí estamos en nuestra casa. ¡Te ocurren de cuando en cuando unas ideas!

Ella balbuceó con timidez:

—Nos distraeríamos un poco.

—¿Qué distracciones te hacen falta? ¿Bailes, tertulias, teatros, banquetes? Cuando te casaste conmigo, ya sabías que aquí no hay esas cosas.

La mujer adivinó un reproche amargo en aquella frase y en la manera de ser pronunciada. Calló; era tímida y dulce, sin rebeldías de la voluntad.

En Enero hubo grandes heladas; luego, la tierra se cubrió de nieve.

Una tarde, mientras la nube de cuervos aleteaba, posándose en las copas de los árboles, ella, sin poder contenerse, rompió á llorar.

Viéndolo su marido, la preguntó:

—¿Por qué lloras? ¿Qué tienes?

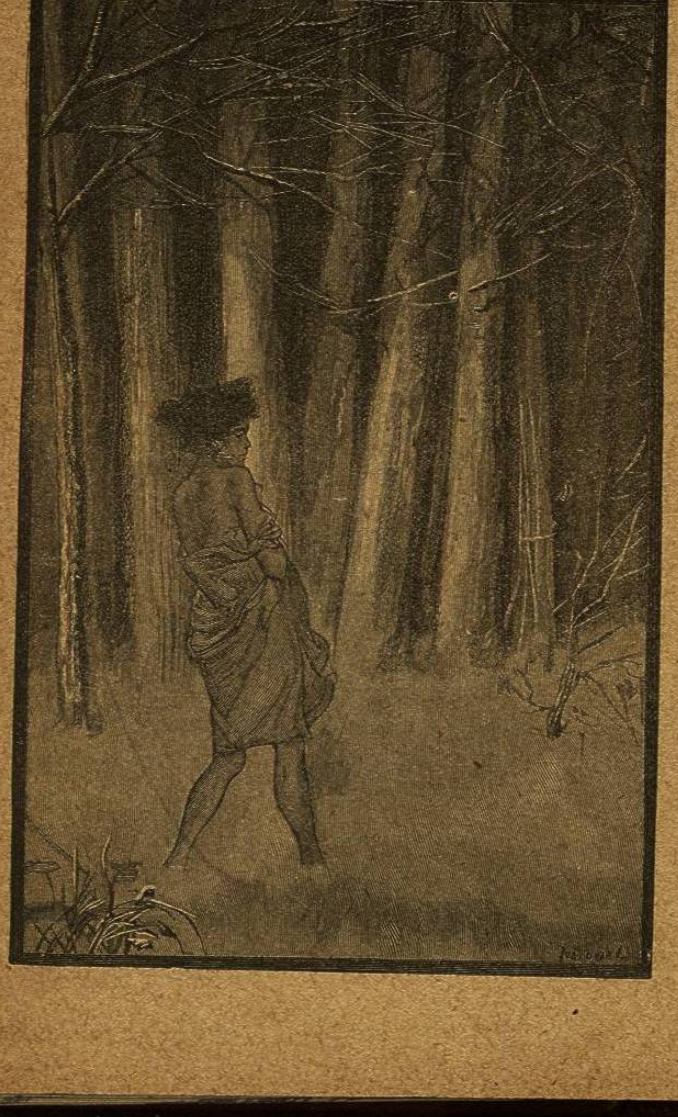
El era dichoso, absolutamente dichoso, no habiendo imaginado jamás otra vida ni otros placeres. Nacido y criado en aquella triste región, hallábase á gusto en su casa, y ni su cuerpo ni su espíritu le pedían otra cosa.

No sospechaba siquiera que se pudiesen desear otros goces, otras venturas; no comprendía que algunas almas necesitan sorpresas y variaciones; que la primavera, el verano, el otoño y el invierno tienen, para una infinidad de personas, dichas nuevas en lugares distintos.

No sabiendo qué responder ella, secaba su llanto, y al fin balbuceó entre sollozos:

—Me siento... algo... triste. Me aburro... un poco.

Se horrorizó de lo que había dicho, y añadió inmediatamente:



—Porque... tengo... frío.

Estas palabras irritaron á Enrique.

—¡Ah, sí! ¡Otra vez la idea de la estufa! ¡Es una manía! Ya lo ves; desde que vives en esta casa, no has tenido siquiera un catarro; nada.

*
* *

A la hora de acostarse, la mujer se retiró á su alcoba (dormían separados). Hasta en la cama tenía frío, y pensó:

—Lo mismo siempre; será lo mismo siempre, siempre, siempre...

Su marido alegaba como razón poderosa que «no había tenido ella ni un solo catarro en su casa».

Es decir, que sólo tosiendo, estando enferma, le convencería.

Y sintió una indignación muy grande; la indignación desesperada propia de seres débiles y tímidos.

Era necesario enfermar para ser atendida. ¡Bien! Estaba resuelta; la tos, mucha tos; el médico... ¡ya vería! ¡ya vería él!

Se levantó, en camisa, con los pies desnudos, y sonriendo á su infantil propósito.

—Quiero una estufa, y la tendré. Tosiendo, la tendré; ya verá si la instala ó no cuando me oiga toser mucho.

Y sentada en una silla, sin abrigarse, aguantó el frío una hora, dos horas. Tiritaba, pero no se acatarraba, y decidióse á emplear un recurso extremo.

Salió de su alcoba sin ruido, bajó la escalera y abrió la puerta del jardín.

La nieve cubría la tierra, como un sudario cubre un cadáver. Hundió sus pies desnudos en aquella especie de congelada y blanquísima espuma, sintiendo en el pecho una sensación de frío, dolorosa como un pinchazo.

—Iré hasta los pinos—murmuró avanzando.

Y, fatigosa, llegando hasta el primer pino, lo tocó, para convencerse de que había cumplido su propósito; luego retrocedió, tambaleándose; apenas podía sostenerse; estuvo á punto en dos ó tres ocasiones de desplomarse; desfallecía. Sentóse y se restregó el cuello con puñados de nieve.

Ya satisfecha, entró en su casa, y subiendo á su alcoba, se acostó. Sentía un hormigueo en la garganta; estremecíase toda su carne. Sin embargo, durmió.

A la mañana siguiente no pudo levantarse; tosía mucho.

Tuvo una pulmonía; deliraba, y en su delirio pedía una estufa. El médico exigió que instalaran allí

una estufa, y Enrique tuvo que ceder, muy contrariado.

No curó. Los pulmones, lacerados profundamente, ponían en peligro su vida.

—En esta casa no resiste: se muere—dijo el médico.

Y la mandaron al Mediodía.

Estuvo en Cannes, recibiendo las caricias del

sol; contemplaba el mar y respiraba el aire impregnado con los perfumes de los naranjos floridos.

En primavera volvió al Norte.

Y vivía, con miedo á sanar, con miedo á que no se acabaran pronto para ella los horribles inviernos de Normandía. Por eso, en cuanto se aliviaba un poco, abría de noche la ventana, como si quisiera respirar el aire del Mediterráneo.

*
* *

Al fin, seguramente no hay salvación posible para ella. Lo sabe, y con esa certeza es dichosa.

Desdoblando un periódico, recorre con la vista las columnas de apretada letra y lee: «Primeras nieves en París».

Un escalofrío la estremece; y sonríe. Mira el Estertel, enrojecido con los oblicuos rayos del sol poniente; mira el cielo azul ¡tan azul!, el ancho mar azul... y levantándose lentamente, se retira; tose; tiene frío; un poco de frío.

Recibe una carta de su esposo, y abriéndola, sin dejar de sonreir, lee:

«Cariño mío: Supongo que ya estarás mejor, y contenta. Las heladas anuncian abundantes nieves. A mí esto me agrada, y comprenderás que no hago encender la maldita estufa...»

Interrumpe su lectura satisfecha, recordando que al fin satisfizo su deseo, tuvo la estufa que pedía. Su mano derecha, que oprime la carta, cae lentamente sobre sus rodillas, mientras la izquierda, llegándose á la boca, procura sofocar la tos incesante, que desgarra el pecho.

FIN

INDICE

	Págs.
Rollo de manteca	5
Especulaciones amorosas	87
La dote	99
El bigote	111
La cama núm. 29	119
El crimen de Bonifacio	143
Rosita	155
La dicha	167
Una venganza	179
El ejemplo	189
Un duelo	201
Desdichada curiosidad	213
El vengador	231
Las primeras nieves	241